

Cuentos de lejanía

José Pérez



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

Cuentos de lejanía



José Pérez

Cuentos de lejanía



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

Cuentos de lejanía

© José Pérez

EDICIÓN Y CORRECCIÓN:

Nagdy Guevara V.

DIAGRAMACIÓN:

Odalís C. Vargas B.

IMAGEN DE PORTADA:

Branch of the Seine near Giverny (Mist), 1897. Claude Monet
Óleo sobre tela, 89.9 × 92.7 cm. Instituto de Arte de Chicago

DISEÑO DE PORTADA:

Greisy Letelier

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, municipio Libertador,

Apartado Postal 1010, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 482.8989

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL N.º DC2022001598

ISBN 978-980-01-2349-2

El oro de Yumbimbá¹

El negro Yumbimbá no era un negro cualquiera del montón de sacadores de oro de El Callao, de los mujeriegos de postín, de los sanadores de enfermos ni de los come culebras de las selvas del trópico. Su cuerpo tenía algo extraño y fascinante que solo percibían los animales, principalmente los perros y los monos. Le gustaba comer monos asados con yuca, y se presumía que los animales advertían el peligro al presentir sus pasos bajo los árboles robustos. Usaba un silbido muy fino, como de ave invisible, cuando se metía al monte, pero también los hombres sentían el escalofrío del sonido, y muchos hasta se meaban.

Algo tenía el negro Yumbimbá que no era normal.

Decían que en el estómago cargaba al diablo, y que nunca hacía su necesidad para no lanzar llamas infernales capaces de quemar a un pueblo entero. Según que el diablo sacaba la

1 Traducido al alemán como «*Das Gold des Yumbimbá*» por Eva Srna para la revista *Podium Literatur* N.º 175/76 Lateinamerika, abril 2015, Viena (Austria). Concurso de Narrativa Latinoamericana.

lengua por el ombligo de Yumbimbá, y los perros asustados ladraban como locos y los monos huían despavoridos, pero la gente solo veía aquella barriga enorme que sobresalía debajo de la camisa, siempre hirviendo como una caldera, siempre templada como a punto de explotar; y el brillo en los ojos de Yumbimbá era como de un volcán bañado en lava.

Yumbimbá no tenía edad, no tenía hijos, no tenía padres, rastro conocido ni estela posible. Era como una sombra con fuego que todos miraban con recelo, y era el que más sacaba oro con solo rasguñar la tierra, con solo hundir las manos en el fango, y siempre tallaba el oro en su barriga y pronunciaba unas extrañas sílabas: «*Yatá-Yatá*».

Algunos decían que Yumbimbá se comía el oro, y otros, que se lo entregaba a Brígida, su misteriosa acompañante, quien no hablaba español, siempre descalza, de pies firmes, cuarteados; también negrita y con los ojos rojos. Ambos compartían una tienda de lona retirada del campamento, que olía mal, a verraco, a vaho de boa, a calabaza podrida. A menudo sonaba algo metálico allá dentro como si afilaran cuchillos. Otras veces salía humo oscuro, fétido como el carburo, al conjuro de unas voces también misteriosas: «*Ye-tui*», «*Ma-kuá*», «*Te-ti*», «*Kamí-Patá*».

Los mineros lo traducían a capricho y se mofaban al señalar que Yumbimbá se estaba bregando a Brígida, pero otros lo descartaban aduciendo que en realidad eran hermanos, y que provenían de una tribu primitiva escondida hace siglos en la espesura selvática de la Guayana Esequiba.

Un minero de Bélgica, embriagado con ron y cervezas tibias sorochas, quiso pasarse de listo e intentó meterse en la tienda de Yumbimbá. Una enorme serpiente negra lo enrolló por las piernas y lo lanzó contra los árboles con una fuerza brutal. Un poderoso viento estremeció el monte y llenó el campamento de polvo amarillo durante varios minutos, y

dicen que sintieron los pasos de una fiera gigante que sacudía el suelo. Asustados todos, esa tarde nadie salió de sus tiendas y el silencio fue absoluto. El belga recogió sus aperos cuando amaneció, esperó el *jeep* de pasajeros que venía una vez al día y se quedó a vivir en El Callao como revendedor de oro, pero nunca más regresó a las minas.

Un domingo que llovía recio, un grupo de mineros se fue al pueblo a comprar provisiones en el *jeep* de Ernesto, uno de los transportistas, y se trajeron a un cura que quería bendecir la mina de Casablanca. Para que descifrara el misterio de Yumbimbá y lo exorcizara, lo sobornaron al llegar, con algunas piedritas doradas. Además, vistieron al cura con botas de seguridad, camisa gruesa y sombrero de faena para que Yumbimbá creyera que se trataba de otro obrero que buscaba trabajo en la mina.

Esa noche nadie sintió a Yumbimbá ni a Brígida.

Los jornaleros hicieron ruido hasta tarde, bebiendo ron y asando carnes, pero la tienda lejana permaneció oscura y silenciosa. Al padre Nicasio Noriega lo apertrecharon en un chinchorro cerca de los depósitos de agua, hacia el camino del río, donde dormían los perros. Sin embargo, no amaneció ahí, ni lo sintieron salir al amanecer.

A las cinco de la madrugada ya todos preparaban sus herramientas de trabajo y la comida del almuerzo. La mujer de un minero, Lucho Pérez, fue quien avisó que había un hombre muerto cerca de la letrina común, colgado con bejucos en las ramas más altas de un roble. Justo por donde Yumbimbá salía a cazar monos.

Al padre Nicasio Noriega le habían sacado las tripas y lo habían guindado en lo alto para que se lo comieran los zamuros. Yumbimbá fue el único hombre que salió ese día a trabajar, y ni se dio por enterado del incidente, aunque a decir verdad, nadie se atrevió a acercársele ni a mencionar su nombre.

Los sanadores de enfermos eran en realidad unos yerbateros con mañas, especializados en rezos y pócimas para combatir las epidemias y vender productos de elaboración propia contra las hinchazones, infecciones locales y las fiebres. Una vez al mes llegaban a la mina de Casablanca en un viejo camión Ford que parecía de la Segunda Guerra Mundial. Un modelo 42 a decir de Chigüe, el mecánico encargado de reparar las máquinas de los caporales y, eventualmente, cualquier otro vehículo accidentado en la vía, incluidos los del ejército, cuando pasaban por el lugar para las inspecciones de rutina; un verdadero matraqueo chantajista: «Mi general les manda a pedir su parte del oro y que no se hagan los locos», decía un sargento panzón masticando goma, la mano derecha empuñando la cache de su pistola.

Hacían la coleta y le entregaban más de medio kilo de oro, y aprovechaban para comprarles cigarrillos, rones y armas que los mismos soldados vendían como patrimonio de sus decomisos y otras suertes. «¿Quién es ese negro?», preguntó cierto día el sargento cuando miró pasar a Yumbimbá hacia su tienda. «¿Por qué no saluda a la autoridad?». Ese negro es un misterio, sargento, déjelo quieto si no quiere que le pase algo malo, le respondieron. El sargento mandó a un soldado que lo siguiera, al tiempo que apuntaba sus dos ojos con los dedos índice y medio en señal de cautela. El soldado asintió y se marchó detrás de Yumbimbá. Este lo ignoró y se metió en su tienda.

El soldadito regresó dando gritos, con la bota izquierda entre las manos, a saltos como un canguro, pidiendo que le sacaran lo que traía en el pie. Después de auxiliarlo, extrajeron un ciempiés color carbón de más de veinte centímetros. «Es un ciempiés ciego, amigo, va a tener que amarrarse los pantalones», le dijo un minero al soldado y, efectivamente, lo estremecieron el eritema, la ansiedad, los vómitos y el

entumecimiento de la pierna, ante lo cual el sargento decidió llevárselo de prisa a El Callao.

Le untaron algo de aquellas pócimas y le dieron a beber un carato amarillento para calmar el dolor, pero el soldado igual se desmayó en el camino, aunque un mes después regresó a Casablanca, pálido y nervioso, mirando alrededor de sí, pero Yumbimbá andaba en el monte espeso desde el amanecer y no regresó hasta la noche.

Los comeculebras no eran indios extraños ni depredadores compulsivos, sino cinco hermanos retacos que iban y venían a Casablanca, reconocidos por su coraje, la unión entre partes, la manía de matar serpientes de río, y asar aquellos tubos gruesos de carne morada para comérsela con picante hecho de bachacos grandes y yare, ají bravo y suero de res.

Aquel menú ancestral les daba fuerzas y los hacía inmunes a sabañones y tábanos, al rigor del sol y al paludismo, a las pestes y los males del mercurio. Hablaban su lengua caribe en lo habitual y mascullaban un español esquemático, elemental, aderezado con la fonética inglés del *oquei*, claro que *yes*, *baibai men* y otras simbiosis de francés y portugués brasileño, entremezclado con neologismos del oficio minero y otros términos casuales que a nadie importaban.

«*A negro no amoloñen tanto, no gusta de eso*», dijo uno de los indios un día que alguien del grupo quiso llevarle una presa a Yumbimbá para ganarse su confianza. Por boca de otro se llegó a creer que el negro no dormía en la choza sino debajo de la tierra, y que seguro había una gran cueva dentro de la carpa de lona, y que durante la noche Yumbimbá enterraba el mismo oro que sacaba en el día. Carique, que así se llamaba el indio, basaba su teoría en la falta de luz del rancho y que ni Brígida ni Yumbimbá salían nunca del sueño para hacer sus esfinteres. Sin embargo, todos se sorprendieron una noche de luna nueva, cuando vieron una fogata dentro del cobertizo,

que duró hasta el amanecer. Aunque los perros ladraban hacia la humilde morada, no pasó nada extraño allá al fondo; y el reflejo de luz se extinguió en silencio después que unas aves mabitas entonaron cantos fúnebres cuando se ocultó completamente la luna.

Al siguiente día, al despuntar el sol y someterse todos al proceso de vacunación colectiva obligatoria dentro del autotobús, que para tal fin trajeron unos galenos de El Callao; cayeron en cuenta de que la tienda de Yumbimbá estaba cundida de una escarcha azul que solo el viento borró al paso de las semanas. Esa mañana lo vieron ir al río a buscar agua, con su pausado andar, su enorme estatura, sus pies de acero y aquellas pantorrillas que parecían las de un tronco de puy milenario.

Carique también señaló otro día que había oído decir que un chamán muy sabio había predicho que cuando los hombres lograran ver al fin al gran espíritu de las montañas, hasta ese día verían la luz del sol, porque él se molestaría si le sacaban a la tierra su jugo negro y su candela amarilla. Pero nadie se tomó en serio la fábula de que Yumbimbá fuera de cierto el espíritu sagrado del oro y del petróleo. Mucho menos le dieron crédito a semejantes poderes.

Después de una sequía tardía que imposibilitó la labor de la mina durante más de seis semanas, el cielo desparramó toda el agua del mundo y le sobrevino una furia de plagas al campamento. Los hombres trataban de combatir los gusanos de monte que brotaban de ampollas en la cabeza, brazos y piernas, inyectándose penicilina, o con tapujos de chimó masticado y esperma caliente; pero los gusanos sobrevivían dentro del organismo y se agrandaban hasta crear un cuerpo largo con pelos, que dejaban cicatrices de por vida, difíciles de borrar. A pesar de las recetas de los yerbateros y los parches de resina sobre el respiradero de los gusanos de monte,

los mineros más frágiles parecían vacas de pantanales, como las hay en Apure y en El Meta colombiano, con los granos encima.

Yumbimbá observó detenidamente a algunos de aquellos seres y les dio suaves golpecitos con unas ramas de palma, al tiempo que decía «*Yatá-Matá*», mientras los gusanos salían del cuerpo y caían tiesos a tierra. Entendieron así que *Yatá* era una especie de dios que Yumbimbá asociaba con la acción respectiva: el oro, la salud, el viento, la lluvia, la luz o el destino. *Yatá* nunca sonaba aislada y sin que nada sucediera. Era, por tanto, el hilo conductor del mundo, la fuerza mayor de aquel ser. Sin embargo, ese dios misterioso parecía salir de dentro del negro, puesto que no hacía invocación, no gesticulaba nada, no buscaba el cielo y era solo un sonido ronco, profundo, que paraba los pelos nada más de oírlo. Los hombres sentían escalofríos y hasta apuraban los tragos de ron o bajaban las caras.

El misterio de la lava brava en los ojos de Yumbimbá podía ser un rasgo de estirpe, si la tenía, un signo genético, un patrón visual desconocido, por ejemplo, para los humanos, tal vez dotado de visión nocturna como las lechuzas, los perros o cualquier otra especie. Tal vez tenía una óptica más fotoeficiente en sus ojos que la nuestra, una *tapetum lucidum* prodigiosa y única.

Un ingeniero químico de una empresa brasilera que trabajaba en Casablanca especuló con sus alardes de ciencia, mostrando una cámara termal infrarroja de uso militar, con la cual «lo miraba todo» si él quería. Una noche hizo una prueba que lo desconsoló por completo y lo sometió al escarnio, a la jocosidad y las burlas de sus compañeros. Enfocó a Yumbimbá entrando a la choza, pero este no aparecía en el espectro. «Es como si su cuerpo estuviera vacío por dentro, sin huesos, sin nada, sin calor, sin temperatura; ni siquiera el

oro de su barriga aparece en los focos». No faltó quien alegara que tal vez el negro era de otro planeta y se estaba adaptando al nuestro, pero enseguida lo relacionaron con el cine y la ciencia ficción, restándole seriedad al asunto.

El origen y la procedencia de Yumbimbá habían traspasado ya las preocupaciones locales, y hasta en otras partes se tenía conocimiento de su figura. Cierta día, mientras despanzaba un mono, le oyeron decir «*Yatá Chi-Chi*», y se creyó, erróneamente, que estaba nombrando una aldea guayanesa ubicada cerca del Esequibo, que podía ser su pueblo natal, pero un minero originario de allá lo descartó: «*Neugro, no sé de Chi Chi. No hablar mesmo yo*». Otras veces pronunció sufijos mineros lejanos que nadie entendía en aquella lengua loca: «*Yatá Omai*», «*Yatá Potaro*», pero que eran localizables en la memoria revuelta de aquellos hombres condenados al infierno.

Un nativo de Botanamo de Abati cuenta que Yumbimbá guindó por el cuello a un garimpeiro perteneciente a una banda que llegó a Casablanca buscando cupo para una compañía extranjera que pretendía explotar la mina con «aparatos *sotificados*». Se sospechaba, además, que los garimpeiros habían cometido una masacre a yanomamis de Haximu y envenenado a otros de Wareta Parima con un *liquio extraño*. Se les echó del sitio y Yumbimbá marcó orden y disciplina tan solo con una mano, aunque a decir verdad, ni su carácter ni su figura parecían tener relación alguna con el comportamiento colectivo.

La muerte del cura Nicasio Noriega también se intuyó como ley natural de Yumbimbá, pero el ejército reveló que ese hombre que guindaron del árbol era un exconvicto que usurpó la identidad del sacerdote, quien apareció estrangulado en el púlpito de su iglesia, sin los documentos de identidad, sin sotanas, sin el dinero de las limosnas litúrgicas; y sin

el baúl de los milagros, ni reliquias de plata y oro que guardaba celosamente en aquel lugar santo. «Acostúmbrense, que esta mina es peor que un manicomio», les dijo aquella vez el sargento que buscaba las mesadas para el general.

La muerte del cura no era un asunto trascendente en aquel mundo confuso y arbitrario de Casablanca. Realmente no tenía importancia la presencia de un personaje de fe en un nido de serpientes. Solo Yumbimbá parecía un dios y una fuerza que sacudía la tierra, que venía de otros mundos tal vez, de cuando huyeron esclavos africanos durante la colonia y se hicieron inmortales en medio de las montañas. De esas razas de ayer, de nunca, del más allá era Yumbimbá.

Nadie compraba su oro y nadie se lo veía. Brígida tampoco hacía vida social ni roce alguno junto a aquellas mujeres del lugar, y menos con las meretrices que llegaban los viernes para el desenfreno nocturno. Muy poca atención prestaban ambos al vicio de los alcoholes y otros vicios, así como a los crímenes que a menudo suscitaban aquellos seres por ambición y traición, por avaricia e indecoro. Pero un día, a un minero le pareció extraño que Yumbimbá se lavara los pies en el río y se diera latigazos con unas palmas por todo el cuerpo, y arrojara un polvo extraño al agua, y brotaran mil serpientes borboteando; mientras Yumbimbá las palmeaba para atontarlas del mismo modo que el timbó sirve para pescar pavones.

«Seguro convirtió el oro en serpientes», dijo el minero.

Esa noche no paró de llover y los truenos y relámpagos estremecían la selva, y los perros se callaron; solo el tronío de la tempestad y los latigazos de los relámpagos hacían crujir el monte. Al amanecer pocos se fijaron que la choza de Yumbimbá y Brígida había desaparecido. En su lugar no había nada: ni cueva, ni lona, ni cenizas.

Solo encontraron aquellos olores penetrantes a vaho de culebras y un montoncito de huesos de monos a un costado, y

un cuchillo viejo sin cache completamente oxidado. Es como si Yumbimbá jamás hubiese vivido ahí, o como si hubieran pasado quinientos años sobre el lugar, y solo quedaran las borraduras. Un mes después, ya no había nadie en Casablanca.

«El oro desapareció, se fue, no lo encontrábamos ni que hiciéramos lo que hiciéramos», confesó un minero en El Callao. «Se lo tragó ese negro», dijo otro bebiendo ron. Ni en Sua Sua ni en El Dorado ni en Bochinche ni en Purgatorio ni en La Reforma ni en Tumeremo se tuvo noticias jamás de Yumbimbá, y lo común era oír que nadie lo había conocido, que era invento de la gente, o que si realmente existió, seguro se lo tragó la tierra.

Sobre Augusto Monterroso

*Para Enrique Pineda,
bombero de Pariaguán.*

La primera explosión fue la del choque de los dos barcos por efectos del humo. Una parte del puerto ardía desde poco más de la medianoche debido, quizás, a fuga de gasoil o gas producida en la fábrica de plásticos de la empresa Botellas y Embasados Plásticos Barrera y Asociados, filial de la transnacional Form Fill Seal Company, líderes en el Caribe en técnicas de envasado de termoformado, llenado y sellado, con aplicaciones rigurosas al campo de la conservación de alimentos esterilizados. Precisamente en esa empresa, Augusto Monterroso había laborado cinco años, hasta hacerse experto en termoformar polímeros semicristalinos que aventajó además con otros cursos de diseño gráfico industrial, lo que se tradujo en su invención de una máquina de decoración por impresión, que denominó Full Sleeve World Sistem —nombre universal según cánones internacionales de patentes de industria y comercio—, que le dio reconocimiento internacional y dineros extras.

En menos de un año había sido invitado a Francia, Alemania, España y Canadá, hasta que terminó por asociarse con la

empresa brasileña Brazilplas & CO (con ramificaciones para la producción y venta de cacao en polvo, extracto de malta y cajas, bolsas y demás envases de papel) del estado Río Grande Do Sul, con cuyos socios compró un avión ejecutivo, aprovechando las ventajas del Tratado de Libre Comercio entre las dos naciones.

Como un rayo vertiginoso, de dicha y casualidad, toda su vida se disparó como un cohete, alimentado su espíritu por la práctica que de niño tuvo de inventar objetos raros y poner a andar peroles desvencijados con las pilas en desuso de la radio de su abuela Ana. Su humilde título de técnico superior universitario en química no le prometía más que una oficina adjunta en algún ministerio de pobres, o acaso un salón de clase de profesores mal pagados en educación media rural o pueblerina. Los prodigios de la ciencia solo estaban y habían estado siempre, en su imaginación.

Otros compañeros de juventud desbordaron sus preciosas horas de vida en mirar la televisión y seguir series animadas bobas, y ya más grandes se dedicaron a pasarse sus momentos de vigilia pegados de las computadoras jugando al ocio electrónico y navegando laberintos inútiles en la internet, sin hacerse de un oficio útil. Cuando él les pasó por un lado a bordo de un BMW Serie 6, que importó cero kilómetros desde las arcas alemanas, y los encontró tomando ron criollo en una esquina diagonal a la casa de la abuela Ana, pudo sentir en sus miradas la triste resignación de quienes admiten el desuso de sus propias voluntades.

—El termoformado por láminas con base de PP quedó atrás, señores embajadores —exponía Augusto Monterroso meses atrás en una junta de asesoría multinacional para las inversiones conjuntas, convocada por el ministerio de industrias y exportaciones—. Nuestras máquinas ofrecen propiedades organolépticas insuperables que impiden la transferencia

de sabores de nuestros envases a los alimentos. Eso es garantía absoluta para su higiene a corto, mediano y largo plazo.

Uno de los embajadores era acérrimo defensor del uso de la lámina de polímero, por cuanto su país tenía altos niveles de exportación de la misma, y ya había suscrito una carta de entendimiento previa con el gobierno para sellar el pacto de ventas. Ahora esta piedra en el zapato ponía en riesgo la cuantiosa transferencia. Sin embargo, Augusto Monterroso parecía un sable en el aire. Hablaba como un experto en finanzas, como un ingeniero dotado de experiencia, como un general de mil guerras, aunque su cara menuda, perfil pálido y seco, su voz contrastante con las proporciones del cuerpo y su ligereza de pensamiento hacían entrever que dentro de sí había otro ser exponiéndolo todo con aplomo y convicción. No era, como aparentaba, un gallo en botón, sino un gallo shamo veterano, un pura raza de combate; un asil, un canario, un sumatra, un calcuta, un tuzo, un sevillano.

Los barcos debían permanecer inmóviles hasta nuevo aviso y la capitanía de puerto había dado órdenes tajantes de impedir atracos en condiciones de riesgo hasta tanto se despejase el humo en la bahía. Un primer reporte señalaba al menos cuatro muertos en la fábrica de plástico, uno de ellos tal vez, era Augusto Monterroso, tan trabajador, tan pegado a aquellas máquinas, tan sin descanso. Las llamas habían alcanzado una vivienda de veraneo, pero el mayordomo logró escapar a tiempo y por suerte los daños eran solo materiales: La casa había desaparecido junto al bote de sus señores, y un auto todo terreno de reciente adquisición que guardaban en el garaje como regalo sorpresa para cuando el hijo mayor regresara de Santiago de Chile de luna de miel, se hizo cenizas. Sin embargo, la perrita *cocker spaniel* que tenían ahí de mascota eventual había quedado aplastada por una viga que trituró su collar contra el piso. El cuerpo de bomberos había intentado su mejor esfuerzo. El desastre estaba consumado.

Ocho marinos habían muerto en el choque, según el primer reporte. El amanecer había sorprendido al país con aquellas tragedias. Había confusión y expectativas. La foto de Augusto Monterroso en la TV lo daba como desaparecido.

Se temía su muerte pero aún no se podía acceder al lugar interno del siniestro por temor a los gases y alguna explosión con químicos. En la calle de la abuela Ana se había creado una junta de curiosos, dentro de un café. Masticando panes lentamente o tomándose un con leche tibio, sus antiguos compañeros estaban en mutis. No lo podían creer. Aquello no era cierto. Augusto estaba muerto. De seguro asado, para mayor pena.

El buque de carga repleto de contenedores había embesitado a un barco de turistas trinitarios que habían venido por compras de ropas y zapatos esa madrugada, estando a escasos trámites del desembarco. Aún no se cuantificaban los heridos. Los socorristas lograron evacuar el barco a tiempo, pero el buque se estaba hundiendo irremisiblemente. Estaba a ciento cincuenta metros de la costa, justo sobre la Cueva del Sapo, que es la zona más profunda del muelle. En esa fosa, dicen que la dictadura lanzaba con grillos los cadáveres de sus víctimas hace unas décadas, y que es un lugar maldito.

Ahí salen muertos desnudos echando candela por la boca desde el mismo fondo del agua. Una turista alemana se lanzó a bucear, a plena luz del día y nunca subió a flote. La sonda que bajaron para rastrearla regresó explotada, como si un extraño animal prehistórico la hubiese mordido. Ahora el buque se iba a pique justo en ese lugar.

La segunda explosión la produjo un rayo confundido con un trueno que removió el suelo del coletazo, justo cuando la cola del buque hacía una línea vertical y se quedaba en esa posición de una manera eterna, como en las reproducciones fílmicas sobre el Titanic. La tempestad del cielo llegaba

anunciada desde el día anterior. Una onda intertropical movida por vientos enrarecidos tocaría las costas del país, según lo proyectaba el satélite nacional para estudios del ambiente. El rayo incidió en las turbinas eléctricas de la subestación que alimentaba al puerto, dejando sin electricidad todo el perímetro.

En medio de la vaharada de la fábrica y el chirriar de las sirenas de las ambulancias se temía el fin del mundo. Mujeres trabajadoras del puerto que habían extraviado a sus hijos los buscaban a pancadas, hilarantes hasta la exageración. Los escasos militares presentes trataban de resguardar los puntos más vulnerables al tiempo que un ruido de avión se acercaba sobre el flanco noreste. O tal vez era un helicóptero.

Situado a varios metros de distancia, lloroso aún por el humo, el mayordomo de la casa inexistente reconoció enseguida el ruido de la aeronave. Habitado a lo menudo, y a los vaivenes que le imponía su oficio en resguardo de la propiedad ajena, sabía distinguir entre un alarido de perro herido y la algarabía de una pelea de perros por celos. Lo mismo de un disparo de pistola que uno de revólver, o el ronroneo de un remolcador del resuello fatigoso de los buques de carga. Y ese avión que se acercaba era el de Augusto Monterroso, el señor de la fábrica —también inexistente—, como le decían cariñosamente.

El avión pasó muy cerca de las ruinas humeantes, pero nadie lo vio. Su eco alejándose se perdió en el laberinto del caos del puerto. Los bomberos ya habían sofocado las llamas con las mangueras de agua, y se aprestaban a tomar la autopista desde la encrucijada del peaje, cuando aquella bala de plata mandada en directo desde el cielo regresó como una flecha maldita. El ruido era atronador segundo a segundo. El mayordomo se encontraba parado frente a una garita de vigilancia del puerto, hasta donde había ido para solicitar prestado un teléfono, cuando el tronido de las hélices le despertó del

marasmo de la tragedia. Lo buscó a diestra y siniestra hasta que cayó en cuenta de que la aeronave venía desde sus espaldas. El avión pasó como una ráfaga a pocos metros de tierra y se estrelló secamente contra las cenizas humeantes de la empresa Botellas y Embasados Plásticos Barrera y Asociados, filial de la Form Fill Seal Company.

Media hora más tarde llegó un convoy del ejército y se dio el parte de que había un ataque criminal contra la integridad del país. Se pensó que Augusto Monterroso pilotaba el avión, y que podía haber muerto por segunda vez ese mismo día. Nuevamente, la TV magnificó el hecho del personaje y aquella bodega con dispendio de ron criollo sirvió de tribuna para sus antiguos amigos de crianza, que seguían sin comprender lo que estaba sucediendo, casi borrachos ya.

Las experticias revelaron que era un chino quien pilotaba el avión, y no se hallaron razones aparentes para justificar tal suicidio. La gente de emigración reveló que Augusto Monterroso había salido del país con destino a Caracas, cuarenta y ocho horas antes de tales hechos, sin embargo, un agente de seguridad de la empresa juraba que le vio entrar a la fábrica a la medianoche, acompañado de dos damas, y que hasta le regaló unos cigarrillos. Por eso, dos tesis al menos cobraban fuerza: una, la del sabotaje por parte de la competencia de polímeros y derivados, dados los éxitos de la industria nacional; y la otra, sabotaje interno, a capricho, para encubrir algún interés particular.

Se descartaban como fortuitos los tres incidentes: el incendio, el choque de los barcos y la caída en picada del avión. Solo el relámpago y el trueno, como señales de una tempestad anunciada, tenían un rango de objetividad precisa.

Las nueve víctimas derivadas de los hechos trágicos no pesaban tanto como la incertidumbre del cadáver de Augusto Monterroso. Era un hombre que vivía solo, sin esposa ni

hijos, y solo eventuales parejas salían a relucir a su lado, a pesar de tanta fama. La doméstica de su casa, el esposo de esta y un ayudante que le hacía mantenimiento al extenso patio, adornado con un caballo que nunca montaba y que cuidaba como a un bebé; dijeron que el señor Monterroso tenía dos días sin venir al hogar.

La vivienda era modesta y limpia, ordenada y tranquila. Estaba al pie de una colina con un riachuelo cristalino y silencioso que desaparecía hacia una parcela vacía. Tampoco usaba choferes, y el BMW Serie 6 estaba guardado en la cochera, porque la última vez que salió de casa lo hizo en una limusina blanca con una bandera extranjera. Se llevó en mano un pequeño maletín de cuero, y no dijo palabra alguna.

El Augusto Monterroso que salió de viaje según los de emigración era un comerciante panameño del sector textil. Bastó comparar los números de pasaportes para salir de dudas. La directiva de la empresa Botellas y Embasados Plásticos Barrera y Asociados, filial de la Form Fill Seal Company, convocó una junta de urgencia en un salón VIP del puerto. Si habían perdido a su trabajador estrella y aquella explosión de la fábrica se debió a un sabotaje extranjero, las repercusiones serían extremas. El chequeo de las finanzas reveló que las cuentas se mantenían invariables, y nada hacía pensar en dolo o corrupción interna. Las cuatro víctimas del incendio eran trabajadores medios, y ninguno tenía la identidad de Monterroso. Las pérdidas estructurales eran del ochenta por ciento. Se pensó entonces en el secuestro y asesinato de Monterroso por grupos paranacionales contratados por algún embajador de pacotilla. El vicepresidente de la República comisionó al canciller las tareas de la investigación, ante la insistencia de la directiva de la empresa.

A siete millas náuticas, unos pescadores consiguieron el paracaídas de la aeronave de Augusto Monterroso, por lo que

cabía la posibilidad de que haya saltado del avión suicida y se haya salvado. Sin embargo, esa zona costera es montañosa y empedrada. Si sobrevivió, debía estar en malas condiciones de salud. O tal vez ya había muerto —por tercera vez— maldonado por algún animal, por el hambre, las heridas o la extenuación. Cinco días tardó una comisión en permear la zona, y solo encontraron unas gafas antiguas de cuando el tiempo de las guerrillas y la dictadura.

Gallo o gato, Augusto Monterroso tenía sus vidas entrelazadas a una secuencia sin fin de perecimientos y renaceres, y nada extraño parecía que una fatalidad de fábrica o un chispazo del cielo lo fulminara una vez más para levantarse cual ave fénix.

Durante su año de gira por Europa dejó inolvidables estrellas de sus derroteros más inverosímiles. En un viaje por tierra en Francia, desde Boulogne-Billancourt hasta Longuyon, para calibrar unas de sus máquinas avanzadas en las empresas del grupo PPE Polymers Global, concretamente en el área de films plásticos, tapones y reciclaje de pulgas, su auto de alquiler explotó por una filtración del combustible en la tubería inferior, después de roscar un borde rocoso por el cansancio, y también se le dio por muerto; aunque esta vez la víctima resultó ser un ciclista que habían arrollado horas antes en ese mismo lugar sin que nadie lo advirtiera en medio de la neblina.

Las complicaciones jurídicas y el sueño profundo en que quedó Monterroso luego de lanzarse del auto, cincuenta metros antes de la explosión, en absoluto estado de ilesabilidad; ni siquiera figuran en su hoja de vida empresarial. Igual desliz mundano le pasó en el viaje de Wittstock a Wolfen en aquella Alemania indescifrable, cuando un remolque de varias toneladas impactó la furgoneta de la TKPP Innovative Kunststoffaufbereitung & CO, que lo transportaba, justo en la salida 11-Dessau-Süd hacia B184, en dirección Wolfen-Nord.

El borde de la puerta le amputó un dedo de un pie, que no impidió la buena marcha de sus pasos gloriosos para la asesoría técnica en procesos de rendimiento industrial que fueron capitales durante la crisis económica general europea para los fabricantes de monómeros acrílicos, éster y acrilatos, ácido acrílico glacial y propénico, así como fabricantes de sap y de gaa, y los nada despreciables superabsorbentes para artículos de higiene femenina.

Para los ojos de Augusto Monterroso, la vida no le ponía nada extraño delante de sí que lo conmoviera, excepto aquel grupo de contertulios de su barrio germinal junto a la casa de la abuela Ana, que nunca dejaban de beber ron criollo a bocajarro, aunque ahora no paraban de ver la TV para encontrarlo vivo en algún lugar, algún día, alguna hora, en algún momento.

Si algo se pierde, irremisiblemente, cuando se vive de pie a cabeza metido en una fábrica, es la propia condición del vivir. Y aquel grupo de amigos locos salvaba esa circunstancia como ninguna otra cosa en el mundo, excepto la paz y el relincho de su caballo en la pradera del patio, y el placer de bañarlo en el río. Lo demás, decía, es aditamento. Y esto lo sentía y lo vivía a menudo, cuando partía de casa y de la fábrica hacia destinos cambiantes y lugares disímiles, durante lapsos de tiempo también variables; a veces llevando sobre sí solo su cuerpo y su voz, como en aquel sueño profundo de la campaña francesa. Así ha sido siempre tras cada derrotero.

Augusto Monterroso se pone de pie frente a la fábrica, ahora invisible, sin forma ni estructura, y no ve un alma viva en derredor. Ha muerto tres veces en tan pocos días y se le mira íntegro. Si algo ha cambiado en el mundo, esos cambios no parecen reflejarse en él. No entiende qué ha pasado, qué se hizo la gente, a dónde fueron, y qué hace la cola de su avión enterrada en los depósitos de la fábrica. Tampoco hay barcos

en el puerto, y solo la cola a medio hundir de un buque azul con franjas blancas, se divisa en la distancia. A lo lejos ve el saetazo de un relámpago que cae al mar, seguido de un trueno bobo que parece alejarse de tierra; mientras una gota de sudor baja por su mejilla izquierda. No tiene ni la más remota idea de qué ha pasado aquí y mucho menos qué puede hacer ahora.

De vinos y una pena

*Para Benigno Amago,
en la Cervecería Titanic de Oviedo.*

Antonio no quiso hablarme del crimen, de su frustración, de su dolor y sus determinaciones durante las 18 horas del viaje. Sin oír sus palabras, París se me antojaba una nube lejana, el riel perdido de un tren a medianoche o un camino en el olvido, mientras el bus de Alsa mantenía su serena vibración sobre las costillas de las sombras. Alguien que dormía al fondo parecía un tigre en la selva. Suspiraba a brincos y farfollaba un nombre o una sílaba tónica. La señora a su lado, tal vez su madre o su tía, quizás su mujer o su hermana, le movía el hombro izquierdo. Afuera el aire parecía decir algo también. «Heleno, Heleno» repetía la voz femenina mientras el felino sacaba sus garras en la selva, y devoraba todo a su paso. Gruñía salvajemente y luego descansaba. Dos puestos más adelante, un par de chavalos no paraban las lenguas. Se contaban algo relacionado con la electrónica, la tableta, un juego de combate, o algo así. El tono era muy bajo, casi imperceptible, pero suficiente para ventilarse sobre las cabelleras de los pasajeros.

A mi lado, Antonio quería llorar, y es probable que haya llorado sin mi consentimiento, pues, me prometí darle ánimos y valor. Desde antes de abordar el bus en la terminal de Oviedo y sentir la tracción de las ruedas bajando hacia Pola y Llanes, su rostro se empañó de tristeza. En un semáforo, mientras una pareja de enamorados jugaba a los pellizcones sobre un banco, le ofrecí vino de mi botella y no aceptó. «Perdóname, pero no puedo tomar». Más que una confesión, parecía una queja.

Una pareja de ancianos comía manzanas y tomaba agua. Se les veía serenos y entusiasmados. Parecían jubilados que iban de visita a donde algún hijo que trabaja o estudiaba en París; o quizás tenían un par de amigos allí para pasarse unos días, comer, caminar, disfrutar la belleza de la ciudad. Afuera las luces aparecían por todos lados: en las casas de las colinas de Asturias, en los valles y costas de Santander, en la autovía y en los cielos.

Por alguna razón recordé el cuento «La autopista del sur», de Julio Cortázar. Dentro del bus podían ocurrir tantas cosas como las que ocurren en ese relato. Solo que no teníamos a bordo un Peugeot 404 que describir, y ni siquiera había la certeza de que algún ingeniero o un médico, un abogado o un poeta fuera de pasajero en este tránsito, pero sí logramos ver en una esquina un auto último modelo de belleza singular: un Toyota Mr2, color blanco, de apenas dos plazas y una maletera inusualmente extendida hasta las enormes lunas traseras debido, quizás, a su motor central. El coche parecía un haikú de metal, un verdadero roaster WTi 1.8 del año 2000. A cualquiera se le hacía agua la boca. Para los entendidos en coches, este Mr2 era similar al Lotus Elise o Speedster, con discos ventilados y 143 caballos de potencia, nada despreciables considerando el peso del auto: 975 kg. Pero bien, Antonio no estaba interesado ni en los coches ni en «La autopista

del sur» ni en el Fiat 600 ni en el Caravelle ni en el Peugeot 203 de Cortázar ni en nada.

Afuera pasaban en todos los sentidos los Seat, los Volkswagen, los BMW, los Mercedes Benz y los Audi y los Ford y los Opel y los Daewoo y todos los coches del mundo, signo de que en el país la economía había cogido por fin al nuevo siglo con holgura, pero cada sentido de Antonio rodaba sobre las llantas inimaginables de su tragedia particular. Había sido violado dos meses antes.

Hasta Torrelavega la noche era como una cena familiar. Se oían confesiones y hasta algún reproche conyugal, discursos de negocios, el plan de empleo de una joven de 22 que se dirigía a Londres para trabajar en un hotel junto a su hermana, y no pocas almas andaban sueltas en medio de la nada, y el vacío del suave movimiento del bus. Los cambios de la caja eran constantes, sintiéndose la fuerza de los frenos en las pendientes. El relieve de la vía así lo demanda, pero Antonio no aceptó ni siquiera una sola vez algo de beber de mis botellas de vino. Llevaba sobre las piernas un libro que no podía leer en la oscuridad: *Rabos de lagartija*, de Juan Marsé, en edición de Lumen-Areté, del año también. Le pregunté si había leído de Carlos Fuentes *Los cinco soles de México*, o *Memorias de un milenio*, en edición de Seix Barral, que yo recién había comprado en 2.800 pesetas en la Feria del Libro de Gijón, del Paseo Francisco Tomás y Valiente, pero me gesticuló con la cabeza que no.

De más está entender que Antonio no tenía ya palabras, sino solo su dolor. Por tanto, lo dejé dolerse en silencio mientras llegamos a Bilbao y pasamos el peaje. Sentí una gran emoción de solo imaginar lo cerca que estaba la bella comarca de Pau, y lo bonita que es la casa de Philippe Pierre y de su esposa Nery, tan amiga y tan hermana mía como cuando comíamos pizzas en Pampatar y tomábamos cervezas en playa

Guacuco, en mitad del sol ardiente de Venezuela, de ese Caribe nuestro. Nery fue mi alumna en los talleres de Iniciación al Cuento, que en algún momento dicté. Fue en una playa de esas que tanto amor despiertan en la isla de Margarita que Philippe se apareció como un ave fénix, porque decidió abandonar Caracas durante el fin de semana antes de volver a París, a dedicarse a sus tareas personales en la IBM Industry de Francia. Ahí se conocieron, y ahí nos conocimos. Una bella historia que no interesa a Antonio.

En Saint-Jean-de Luz lo vi comer galletas y se tomó una gaseosa. No tenía sueño. Su sicólogo le había recomendado viajar lejos con algún amigo y, ciertamente, yo tenía el compromiso de ir a París. En Elsa se viaja bien, le dije para animarlo, y es económico. Tendríamos once días libres antes de regresar a Oviedo, a por la revisión de las tesis de Filología, y tanto su tutor como el mío necesitaban tiempo para revisar y precisar cosas. Antes lo invité a Granada y rehusó ir. Ni siquiera La Alhambra le conmovió ni las teterías de Albaicín ni la dureza de este verano del 2000 que parecía quemar al mundo. Cuando regresé le conté cosas que tampoco apreció.

En la ida a Granada se accidentó el bus de la empresa BMG, pero pude ir a la casa natal de García Lorca y a la Costa del Sol, a quemarme la piel adrede y tomar todas las cervezas frías que pude conseguir, junto a unos médicos amigos que me brindaron hospitalidad sincera. Pero nada pudo entrar en la cabeza de Antonio. Él tuvo su mala noche dos meses antes. Debió pedir un taxi y no caminar en medio del parque en completa soledad. Los tres tíos se drogaban de seguro. Ya habían violado a una señora, sin que esta gritara o denunciara lo ocurrido, solo lloró y contuvo la violencia de los bárbaros, después huyó como pudo. Antonio no lo sabía. Eso ocurrió a las 23:52 del sábado 29 de abril, en mala hora, como todo infortunio. Lo suyo pasó a las 2:17 am del domingo 30.

Antonio intentó huir, pero lo atraparon y lo ataron de manos. Con un trapo lo amordazaron, y en menos de diez minutos ya lo habían derribado contra el césped, arrancándole su pantalón para embestirlo hasta el total sangramiento. Intentó levantarse aplicando todas sus fuerzas, pero otro de los sujetos le pasó el filo del cuchillo por el antebrazo derecho y sintió el ardor de la herida y perdió el conocimiento.

Cuando despertó estaba en el hospital rodeado de enfermeras, bombonas y cables; y pudo advertir que su rostro tenía hematomas pronunciados. No tenía un solo hueso de su cuerpo que no se resintiera. La peor pesadilla la padeció en el ano y las hemorroides. «Tiene suerte de estar vivo, señor», le dijo una doctora que parecía venir de otra galaxia.

Mientras el bus enfilaba mansamente hacia Bordeaux, sus lágrimas parecían recapitular tales hechos. Hechos que jamás deberían ocurrir a nadie en ningún lugar. Pero la vida tiene estos destinos en su largo viaje hacia el fin. Para consuelo suyo supo que la policía logró matar a uno de sus victimarios cuando estos dispararon ante la voz de alto. Los otros cómplices huyeron para siempre. Eso le creó un dolor adicional. El dolor de la impunidad. La tragedia de las injusticias. Por ello intenté hablarle de todo cuanto pude, y después de la cuarta botella de vino, le dejé solo en su asiento, pero ignoro si durmió. Al amanecer, ya París era una cercanía que por la *Guide météo-jeux* que aparecía en la prensa del día nos anticipaba un clima con la mínima de 16° y máxima de 25°, sin mayores variaciones desde Toulouse hasta Amiens o de Nantes a Besançon. Era un buen clima según como se le mirase, y era un magnífico viaje según como se le sintiera.

El de Antonio era sin dudas un viaje perdido. Su posterior suicidio a los ocho meses cumplidos de su violación, justo la noche del 29 de diciembre de 2000, no sorprendió a nadie, ni siquiera a su sicólogo. Nunca vi a un hombre más triste en

París que a él, y nunca un viaje tuvo tan pocas palabras con un compañero de travesía. De tanto oír su silencio, tengo la sensación de que lo oigo pensar todavía, mientras el bus avanza y avanza en la alta noche, rumbo al cielo o a algún otro paraíso perdido.

Mal de ojo

*Para Gustavo Pereira,
cerca del Guayamurí.*

Arnaldo trotaba de arriba a abajo por la única calle de su pueblo, saludando a los animales, siguiendo el ritual doméstico de adivinar su propia vida a través de una retina desgastada por los imprevistos del azar. Su abuela lo consintió, desde la crianza infantil hasta la madurez, besándolo en la boca y tapándole eventualmente el ojo izquierdo con su índice, para diagnosticarle su más difícil entramado existencial.

Cada mañana, antes de que Buena se levantara de la cama, él salía al trote, y se le vio perseguir caballos, gatos de monte, puercoespines, ardillas, culebras bejucas, guacharacas empujadas y hasta un morrocoy que salió a comer después de una leve lluvia.

Su cuerpo era inconfundible. Un poco largo, un poco encorvado. Gris la piel (ni blanco ni negro), de escasos bigotes, las manos grandes y pies pequeños. Aminta (nombre verdadero de Buena) lo estudiaba día a día como a un mapa, no solo corporal, sino psicológico, por si una parte física u oculta le había cambiado después de cada dormir. La abuela miró

aquel ojo pálido con detenimiento y vislumbró las huellas y cicatrices de antiguas lágrimas de amor o tristezas. Luego miró también su mano derecha y rozó su mejilla como tenue consuelo. «Naciste para sufrir, Arnaldito», pensó.

La cara de aquel hombre de 38 parecía la de un árbol sacudido por el viento en un atardecer de verano. No expresaba sencillez, tampoco gloria. Sin emplear escalímetro alguno ni cinta métrica ni regla escolar, sino el estudio profundo de aquel ojo derecho, que algunos días era de color marrón guarapo, otros de negro cenizo, otros marrón verdoso y así sucesivamente, ella era la dueña absoluta de sus revelaciones oculares.

«A ti lo que más te creció del cuerpo fue el corazón. Aunque para nada. A veces pareces un gato asustado». En efecto, Aminta reconocía los temores de Arnaldo con mucha precisión. Temores ondulantes y temores cerrados, del vivir y de la muerte. Temores en blanco y negro, y temores a colores. Cromatismo nervioso tal vez.

Arnaldo tardó años en comprender la analogía de aquel ritual de Buena. Ella lo visitaba cada día al amanecer para mirarle el ojo derecho, o él la visitaba a ella tras el mismo proceso. «No entiendo por qué veo una vela encendida dentro de tu ojo», dijo preocupada.

Arnaldo tenía nueve años. Buena escondió los fósforos, las latas de gasolina, cerillas y todo objeto de ignición. Nada impidió que Arnaldito le quemara su cuarto principal, en cuyo escaparate ella guardaba la ropa íntima, y no tan íntima, de su difunto marido, el abuelo de Arnaldito, don Pablo Buenacaña. Con el incendio se volvió cenizas el paltó del matrimonio con los ahorros de emergencias en un bolsillo, además de un escapulario de buena suerte y bonanza, traído de China por algún marino bienandante, amigo de la familia. Buena cree que Arnaldito se quedó mirando el paltó y lo prendió con la

vela ocular. Su historia fue parecida a la de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada, de García Márquez.

«Debí echarte agua en el ojo para apagarla. En realidad no tienes culpa de nada». Como salido del azar, su ojo creó toda suerte de infortunios hasta que aprendió a controlarlo, justo en el vértice que hay entre el instinto y el no-instinto; que no es más que una breve ranura neuronal cerebro-vibratoria ágil, y serena a la vez, que conecta el imposible con lo posible, la razón con la sinrazón, el ser con el no ser. Por ahí encontró Arnaldito, entrado a la adolescencia, su propio control ocular. De suerte suya, podía dar con un método simple para reparar los daños causados, en una enmienda lúdica que permitiera a la Buena de su abuela ganancias en las loterías. «Déjame ver qué número va salir hoy en la lotería, mijito».

Mijito puede parecer una palabra menuda, diminutiva y apostémica, cuando no se le pronuncia con ternura, y cuando la boca no la entrega al oído como canto de dicha, abrazo y arrullo. Arnaldito la oía como el agua que apaga el fuego cuando se ha consumado una desgracia, por eso aprendió ligerito que aquel ojo suyo revelador y pitoniso le podía servir de útil instrumento para alegrar, para crear felicidad, para compensar faltas, para aportar dinero a la casa pobre de la familia; no solo acertando a las loterías que jugaba Aminta, sino en otros menesteres de inciertas providencias (rifas, carreras de caballos, certámenes de belleza, carreras de Fórmula Uno, boxeo, tenis y fútbol).

«El día que te peles me vas a joder, por eso debes tener el ojo pelao, muchachito», le reprochó. La verdad verdadera es que Arnaldito no entendió el retruécano, pero sí entendió el sermón el día en que Buena cogió la platica que tenía reservada para comprar una gallina para la sopa del sábado, y lo invirtió con desatino en un número fatal: el 313. «No sé por qué carajo confundí los ocho con los tres. La culpa fue mía».

Aquel 818 persiguió los remordimientos de Arnaldito muchos días después, porque la semana siguiente se acentuó la carencia en el humilde hogar, y la falta de dineros, hizo que cortaran la luz, el agua y el gas, y la tristeza anduvo por los rincones hasta que pudo reparar el desacierto con el 155.

Una mañana, el fálico órgano del adolescente exigía alguna cueva humana cálida, y por su ojo pasó una mujer desnuda. Empezó así una táctica de cacería que le traería toda suerte de guiños. La abuela entendió prematuramente que aquel aprendiz de hombre iba a desatar muy pronto una larga historia de amor, no solo en el pueblo, sino en cuanto camino consiguiera a su paso. El muchacho le preguntó que cuál de las chicas que tenía metidas en el ojo le parecía a ella la más recomendable. «Como mujer no tengo gusto para las mujeres. Tendrás que aprender tú mismo a estudiar tu erotismo con un espejo», le respondió.

Él lo ensayó de todas las formas posibles, y por mucho que se tapó el ojo izquierdo, jamás pudo verse más allá de sí mismo en cuanto cristal tuvo a mano. Así, Aminta lo fue ligando a mujeres cuyos desaciertos crearon en Arnaldito una inmerecida fama de mujeriego, de hombre que no aguantaba mucho tiempo con las amantes. «Veo en tu ojo a una mujer mayor, mayor incluso que yo que soy tu abuela, y es una mujer casada, con mucho dinero, pero falta de hombre. Debes cuidarte. Te voy a dar algo». Algo es algo siempre, y aquella tarde, Buena le entregó un paquetico azul con una piedrita dentro, cuyo fin era precisamente el del amparo contra los amores ajenos y sus peligros. Arnaldito descubrió las febriles batallas de la experiencia mayor y aquella dama le deparó una madurez anticipada a su cuerpo de 17, y entendió el erotismo más allá de sus límites extremos.

Después de tres años de combate, pudo apuntar, con puntería de artillero, a objetivos femeninos de menos o de más de

veinte años, sin fallo alguno, entendiendo así el doble sabor de los celajes de la edad. «Ahora te tengo que cuidar de las brujerías, porque las mujeres y las brujerías son siempre la misma cosa». La misma cosa no le dijo nada a Arnaldito, a pesar de coleccionar amuletos contra la envidia, el desamor, las traiciones, el mal de ojo, las enfermedades y otras menudas incertezas de la vida.

Sin embargo, a la caída prematura del cabello se le sumó una culebrilla en las caderas, y a estas una posterior aparición de manchas de colores (algo inusual en la piel humana) en las piernas y brazos. Por esto último, dejó de usar pantalones playeros durante un tiempo. También cambió las franelas juveniles y las camisas mangas cortas por jerseys, chaquetas y camisas de mangas largas.

El cambio de atuendo trajo al joven muchacho una edad indescriptible que también apareció en su carácter. Solo la sabia astucia de Buena y las artes esotéricas de un chamán amazónico le limpiaron la dermis de ese traje de guacamaya y una venustez postiza que no habría sabido sobrellevar más allá de los treinta años. Como contrapartida le quedó la necesidad permanente de sudar a diario, lo cual le iba bien con sus trotes vespertinos o matutinos.

En determinado momento le dio por beber cuantos licores pudo saborear en cada vuelta de la vida. Los bares, las taguarras, las tabernas, los mundillos nocturnos y otros albergues de la locura y el ocio etílico, le fueron consustanciales, consuetudinarios, extravagantemente familiares. Aminta lo reprobó de un arponazo, con tosquedad sentenciosa: «Solo una pepita bien brava de una buena hembra te quita a ti esa bebedera inútil y te amarra la bragueta de una buena vez».

El amarre habría de llegar de manera imprecisa, como suelen aparecer en la vida algunas cosas del corazón y de la suerte. Durante una campaña electoral del país, Arnaldito se

sumó a la corriente de una joven abogada que aspiraba a ser alcaldesa del pueblo. Era hija de un viejo luchador social. La candidata tenía el pelo castaño y unas bien pronunciadas tetas relucientes como estrellas en el gracioso juego corporal, con ojos claros como un amanecer. Sus manos eran una seda bien cuidada, como su dentadura, y su boca no paraba de hablar, saludar, pronunciar amables palabras y derrochar cortesía. Ella por alguna razón del destino, le solicitó que fuera su chofer durante la campaña. Ello le supuso a él una gran rutina e infinito agotamiento.

«Aquí en tu ojo veo que ella no tiene chance de ganar, pero te va meter a ti en los carriles del amor como un manso potrillo. Será tu gobierno». La indisposición al amor le produjo a Arnaldito varios síntomas particulares. A los entorchamientos del estómago los llamó *Aminta digestión ocular*, porque por el ojo le analizaba hasta el páncreas. Un día llegó ebrio hasta el límite, y Buena miró al grande de Changó, una respetable deidad fálica, sentado dentro del alma de Arnaldito empinándose una botella de miche. También los pies se le comenzaron a pelar, y largaba pedazos de cáscaras como lajas de jaspe, aunque sin dolor ni sangramiento. En los codos le apareció un extraño musgo vegetal más propio de los andes que del trópico. Solía sentir que un caballo andaba a todo galope sobre su cabeza y se echaba uña entre la maraña de cabellos, pero nunca logró arrancarle un pelo a aquel corcel negro que según él, hasta lo podía ver en el espejo. Algunos amigos incrédulos tomaron para jodedera el existencial desvarío de aquel hombre. «La solución que hay es colgarte un gato muerto del cuello pero tienes que matarlo tú mismo».

Arnaldito presentó varios líos domésticos con las dueñas de los mininos, pues este les lanzaba piedras y palos para matarlos hasta dentro de los patios. Los animales, al verlo, salían a la carrera o se trepaban en los árboles más altos. Después de

dos semanas de intentos, Aminta lo vio entrar a la casa sudado, y más colorado que de costumbre por el sol del día, con tres gatos agarrados por las patas y signos de evidente tortura. Por otro lado, la candidata se había ido a visitar a una abuela enferma, y Buena consideró que era el momento justo para remediarle al nieto el amor indeseado.

«Vas a dormir tres días sin despertarte, mijo, mientras los gatos se encargan de alejarte ese amor que no quieres. Al despertar serás feliz y dueño de ti mismo». A los tres días la casa estaba llena de moscas y el hedor contaminaba todo. Sin embargo, Arnaldito se levantó sin otro olor en la nariz que el de los limones y albahacas que había al borde del corredor. Buena había quemado y enterrado los gatos, y limpió todo antes del despertar. Le tenía preparada una sopa de pescado que más bien parecía un planeta, mientras él parecía un niño que recién ha llegado de un viaje desconocido y tormentoso. Le había dispuesto aceite de coco en el cabello, y en las muñecas cintas rojas y negras. Los pies estaban recién lavados, metidos dentro de unas pantuflas de hilo hechas a mano. Los codos estaban limpios, sin manchas de musgo y la transmutación general era, sin duda, la de un renacer.

«Hijo, necesitamos comprar una casa nueva. Debes concentrarte otra vez en las loterías. Deja el amor a un lado». Aminta arrastraba ese anhelo hacía años: *una casa nueva*. La rutina doméstica y los alborotos mundanos del nieto la sumieron en el sueño invisible de lo cotidiano, sol a sol, noche a noche, luna a luna, lluvia a lluvia, despellejándola camino a una vejez muy pobre. Muchas veces invocó al espíritu del bueno de don Pablo Buenacaña, su difunto marido, para que la proveyera de buena suerte con las loterías, o con un golpe de gracia de ultramares, para cambiar tantos cherecheres de los rincones por corotos nuevos, por maderas frescas, por cortinas de hermosos decorados, por nuevas mesas y camas,

por una cocina de aluminio; y platos y ollas y utensilios más modernos, más acordes con su íntima satisfacción de mujer de hogar. Pero la vida le guiñaba los acertijos del azar, y hasta los amigos de don Pablo Buenacaña se fueron difuminando en las distancias del olvido, tanto como la vieja casa.

«Hijo, una termina en la vida siendo más una pendeja que otra cosa». Arnaldito andaba en otros derroteros mientras limpiaba sus botas sentado en un ture cuando aquella frase pasó por sus tímpanos como ave perseguida por gavilanes. Como todas las frases de su abuela que oía año tras año, no la sintió atada a algo concreto, excepto a ella misma. Ese día sintió que algo parecido a un nervio óptico empezaba a temblar en su ojo derecho, como un leve terremoto grado tres, por decir lo menos.

Lo asumió como algo natural, pero a las pocas semanas el temblor era más insistente, y Buena le explicó que ocurrían los infartos oculares, pero que eso no mataba a la vista. Que si la muerte había de ocurrir, no solo mataría ese ojo sino todo el cuerpo. Sin embargo, la palabra muerte no era algo capaz de estremecer ningún nervio de aquel hombre, tan lleno de experiencias vitales.

«Lo que no me gusta en cierto modo es que estoy empezando a ver una sombra como de gente reunida en este otro ojo tuyo, el izquierdo, que hasta estos días lo tenías limpiecito, impecable». Buena vislumbraba algo del más allá, pero no sintió escalofrío alguno. Morirse no era una preocupación suya. Tenía entereza para aceptarlo y esperarlo. Habían pasado algunos años a todo galope entre los vaivenes de la pobreza y los amores tuertos de Arnaldito, y ella no abrigaba ya ninguna conmiseración. Hasta las loterías le negaron la suerte de una casa nueva, un verdadero grito de felicidad terrenal. Una mañana del Día de la Candelaria, ella fue hasta el ojo del nieto —el ojo izquierdo, sin mirar un segundo el ojo derecho

de Arnaldito— y al cabo de un leve suspiro, bufó: «¡Uff! Esto está cada vez más cerca».

Ese año, empero, la Navidad fue alegre. Hubo alegría sencilla, con niños ajenos en la calle lanzando artefactos con pólvora china, comidas de modesta factoría, borrachos de rutina, lenguaradas de comadres hablanchinas, ninguna reyerta pública y un gran cargamento de esperanza en todos aquellos corazones de pobres. Como únicas novedades relevantes, la hija de fulana salió preñada del marido de sutana y se halaron los pelos por eso; el hijo de mengano compró un carrito de segunda mano para *taxiar*; doña mengana vendió su rancho y se marchó hacia otros mundos, y un par de viejos fundadores del pueblo se murieron. Tal vez pasaron grandes cosas en el resto del mundo, o quizás no, pero el ojo derecho de Arnaldito manaba y manaba su savia ocular del modo más rutinario. «Veo una parte de tu sangre que cambia de colores cuando sale del corazón». Ni ella ni él podían entenderlo. Realmente es difícil descifrar esos asuntos cromáticos. Tantas veces cambia un ser humano de colores dentro de sí, de manera tan desapercibida, que resulta improbable demostrarlo con un prisma. Otro aspecto que le cambió fue el sueño (el sueño de adentro).

Fue entonces cuando Arnaldito acentuó su afición por los amuletos, y a la distancia parecía un autobús montonero. Las muñecas y tobillos, los antebrazos y el cuello eran enormes depósitos de artefactos de cuero, aluminio, hierro, plata, acero, piedras, hilos, piezas vegetales y plásticas que hasta brillaban en la oscuridad. Sin embargo, eso no parecía espantar su destino. «Sigue llegando más gente a tu ojo izquierdo. Se te está llenando, mijito». Algo extraño advertía Aminta en aquel espejo del más allá del rostro del nieto. Entre los presentes no vislumbraba a ningún familiar suyo. En cambio, estaba el difunto Machuca, quien murió machucado por una gandola

transportadora de petróleo. También andaba por ahí la señora Leonora, vieja matrona del pueblo, asistente de partos y desventuras, muerta por un cáncer mamario imprevisto. A su lado vio a Romuliano, un bobo sin padre ni madre que llegó al pueblo un día y otro día se fue, sin nombre y sin nada, a quien llamaban Romuliano sin más ni menos.

Buena encontró varias veces un cementerio viviente dentro del ojo de Arnaldito, pero no se lo reveló. Al lado, en el ojo derecho, se acentuaban los cromatismos, los arcoíris en tercera dimensión y el ambiente difuso de una vida que parecía querer cerrar sus puertas para siempre. «¡Mijito, tenemos que hacer una fiesta, antes que sea demasiado tarde!».

Fue una sorpresa colectiva. Nadie se esperaba una fiesta en aquel hogar tan pobre en los peores tiempos de la economía doméstica general. Sopas de gallina y pescado, guisados de carnes y aves, dulces y golosinas aparecieron como por arte de magia, de manera solidaria, humilde y grandiosa. La calle se embelleció con la belleza sencilla de la alegría espontánea. Después quedó una paz pastosa, pegostosa, pasmosa tal vez, como la de los Jueves y Viernes Santos. Los siguientes meses transcurrieron con los vaivenes similares de fechas anteriores. Sin añadir o quitar detalles, del otro lado del mundo habían asesinado a dos presidentes, se hundieron dos barcos enormes repletos de pasajeros, se cayeron cinco aviones comerciales, hubo treinta terremotos, tsunamis y tormentas tropicales, además de malas noticias económicas globalizadas. Otros escándalos de corrupción, abuso a menores en Iglesias católicas o afines, muertes de celebridades de la farándula y el deporte, eran parte de esa lista de triviales eventualidades anuales de siempre. Poco que añadir, y más poco aún que ofrecer, como novedad histórica.

Buena había decidido cambiar de alguna manera sus hábitos de vida. Ante la imposibilidad de adquirir una casa nueva,

mejoró la casa pobre de su vida pobre cuanto pudo, y la pintó de un violeta suave. Rescató las plantas y plantó otras para atraer la naturaleza, las mariposas y los pájaros. También llegaron las avispas, los bachacos, las hormigas, los zancudos y las arañas, y gastó tiempo y paciencia en combatirlos. Se interesó más en Arnaldito, en prepararlo para el desenlace final. Botó las ropas más usadas de ambos, compró telas e hizo nuevas prendas y hasta se deshizo de viejas reliquias de oro que habían llegado a sus manos como amuletos de fortuna, quién sabe por qué suerte. Un retrato de don Pablo Buenacaña se embauló para siempre junto a otros cherecheres inútiles. «Yo creo, mijito, que nos queda poco tiempo, y nos iremos juntos porque así lo quieren Dios y María Santísima».

Aminta y Arnaldito estaban en puntos distantes cuando sintieron el agudo pinchazo en el pecho. Ella movía un porrón en el jardín cuando el flechazo recorrió su médula y le tumbó las piernas. Arnaldito perseguía unas iguanas en la colina cuando se le nublaron los ojos y paró un chorrito de sangre por la nariz. Aun así, pudo llegar a casa y acostarse. Cerró los ojos, los cromatismos y las páginas imprevisibles de su propia historia ocular, y se marchó hacia el arcoíris infinito y sin retorno, a todo trote hacia la calle del cielo. En el fondo de la casa, Buena también se había acostado y estaba reunida con aquel cementerio viviente que la saludaba y abrazaba como tantas veces, como metida en otra fiesta pastosa y pegostosa, solo que con más silencio del que se podía tolerar. Afuera, las hormigas, los bachacos, los zancudos y las arañas comenzaban a crear otra historia, llevando y trayendo cosas, atrapando y transportando cosas como si la vida recién comenzara o fueran a fundar un pueblo.



El Ecuador

*Para Carmen Alemany,
en Valencia, España.*

Entrar a la librería suponía para él dejar atrás sus morrales de salvaje, pasar antes por la ducha, despedirse de la madre con el consabido beso en la frente, aparcar el auto a dos cuadras, visitar el gran café de la calle González Quesada, el más antiguo de la ciudad (1953), comprar alguna fruta, por mero hábito conservacionista de sí mismo; evitar mirar las cajetillas de cigarrillos en los estantes del comercio, revisar discos nuevos en la tiendita de Pepe Riñoque, y darse un retoque en la peluquería de la ecuatoriana Yadira, que está al lado, no por necesidad de su casi calvicie, sino por el placer de oír las sílabas sureñas de aquella grata mujer ofreciéndole las historias de un mundo perdido.

Ella emigró de su país por razones de estudio. La medicina le corría en las venas, animada por la vocación de servicio que de niña percibió de su abuela Ana Amalia, curandera de almas y cuerpos, de llagas y pavas, de sarampiones y mal de ojos, de lechinas e insolaciones, de parásitos y asma. Su meta era especializarse en la cura del cáncer de estómago, tan

flagelante en las ciudades de Loja, Cuenca, Guayaquil, Machala, Portoviejo y Ambato. Los hombres como su padre, su abuelo, su tío Eduardo Ramón, y un vecino del campo, habían sucumbido por esa enfermedad en el depósito alimentario.

Era, por tanto, de pensarlo y tratar de hacer algo.

La sabiduría rústica o ancestral de Ana Amalia más que un misterio, era un folclore digno de oír. Decía que el *colestorol* (así llamaba ella al colesterol, sin que hubiera forma alguna de corregirle la vocal mal puesta) «estropea el estómago, le da patadas de mulas, lo castiga y la gente no lo sabe». Por eso tenía el patio sembrado de berenjenas, cuidándolas con esmero como a sus propios hijos. «El *colestorol* friega los huesos y los nervios, pero eso se controla con agua de berenjena». Así llamaba ella a aquel batido que preparaba de a litros para refrescarlos en la nevera del corredor y regalarlos a las gentes que acudían trastornados a visitarla, y a buscar los limones que a pesar de la demanda, se perdían en el suelo.

No fue casualidad que el primo Juan Pimiento llegara con la fiebre volteándole los labios, la palidez al tope, las piernas temblorosas y los ojos idos de este mundo. «¿Está *meao* de culebra?», preguntó ella rápidamente, sacando de las alacenas frascos de todo tamaño, color y olor (desde aguardiente hasta alcanfor), tomando hierbas secas, curtidas y aún verdes, persignándose en todo momento, pintándose cruces de la frente al pecho y de izquierda a derecha, rezandito en murmullo como un río suave. Estuvo a punto de sobarlo con la barriga de un sapo, pero le advirtieron que era alérgico a los sapos. Había un antecedente grave en el pasado. El sapo se salvó de que lo enterraran vivo y lo mandaron a soltar en la corraleja de las tortugas. De ahí no se podía salir, presto para otra emergencia.

Yadira le había recomendado a Alejandro Alberto dejar de fumar. Esa mañana le causaría cáncer y contribuía a empestar el

ambiente con el humo, ya de por sí sobrecargado de gases tóxicos, y toda suerte de porquerías provenientes de autos, motos y residuos descompuestos. Lo poco que ella había logrado avanzar en la carrera de medicina le permitía señalar esas probabilidades. Su hermana, que hacía el turno de la mañana en la peluquería estudiaba nutrición. «En mi país las comidas también complican la salud por el abuso del ají».

Ecuador era ciertamente una palabra puesta en la mitad del mundo. Llegó a saber, incluso, que cierta zona de Pichincha tiene ese nombre: La Mitad del Mundo. Él se imaginaba volando en un avión al lado de aquella lengua alegre, aterrizando en Quito, montándose el morral al hombro, saliendo al galope hacia los Andes o hacia la costa, según tomaran luego los buses en las terminales de Carcelén o Quitumbe. «No dejo de imaginarme cómo ustedes pueden comer puyes. Son como ratas», dijo una tarde a Yadira, y esta se divirtió. Le explicó en detalle cómo las preparaba la abuela en horno de barro, herencia incaica de seguro. Como lo utilizan invariablemente las comunidades indígenas secoyas, sionas, cofanes y huaorani, entre otras, «sin quitarle un pelo a la naturaleza».

Mariana preparaba bien el ceviche porque lo aprendió de una tía. Aunque no podían conseguir el camarón jumbo original de casa, los que obtuvo eran de buen tamaño y consistencia, de modo que no habría gran diferencia. «El Mediterráneo tiene excelentes gambas. Sus langostinos son un lujo», dijo la hermana. Habían conservado algo de maíz para tostarlo y hacer el plato, aunque esta vez, a falta de maderos secos, hubo que utilizar una olleta vieja, y no aquel fogón de Ana Amalia que echaba chispas luminosas en los más lejanos resquicios de sus memorias de infancia.

Amalia Teresa, la tía, vivió siempre en casa de la abuela por un problema de cojera de nacimiento. Aunque tuvo un hijo sin padre, se quedó igualmente sola cuando el hijo murió de

una extraña enfermedad. Se le secó el cuerpo hasta quedarle los huesos forrados por el cuero. Solo vivió siete años.

Otro día le prepararon guatica de vaca. Consiguieron una panza fresca y bien limpia, y la guisaron de manera deliciosa. Aquello sí fue un manjar. Tanto como el locro que solían preparar con papas, queso, aguacate y el puntico de sal que Mariana lanzaba con las yemas de los dedos «al ojo de Dios». No era difícil imaginarse el mundo en común de dos generaciones de ecuatorianas ligadas indefectiblemente por la comida y sus gustos personales. Desde la abuela Ana Amalia y la tía Amalia Teresa, hasta Yadira y Mariana, había sobrevivido el tiempo de antaño de cocinar ciertos bichos, y no pocas mezclas culinarias del país suramericano. Mantener eso en la diáspora era otra historia. Y más difícil resultaba preguntarse: ¿acaso la abuela y la tía aún viven?

Por eso Yadira y Mariana se transformaban relatando el cuento de la abuela Ana Amalia sobre los «extraños visitantes de las estrellas», que resultaba fascinante, increíble y un poco loco. No era la única abuela del Ecuador que lo contaba. «Tienen una raya dorada que les atraviesa la cara desde el centro de la frente hasta el gargüero», y que solía decir. Esto lo descubrieron sus parientes mayores cuando ellas apenas tenían la edad para sostener una fruta en sus manos. Sin embargo, solo Mariana pudo disfrutar en vivo y directo de tal asombro. Yadira, por el contrario, guardaba retratos hablados de aquellos misteriosos extraterrestres, y le resultaba innecesario haberlos visto para saber cómo eran en la realidad. Incluso su tía, su tío y su abuela les habían puesto nombres a la media docena de *nuñíñeres*, como les decían.

Alejandro Alberto hacía una vida lineal, invariable y sin altibajos, hasta la primera tarde que Yadira lo sorprendió con los *nuñíñeres* en su boca, como si se tratara de seres familiares que tenían su propia sangre. Por su crianza solitaria y en cierta

forma nómada, como único acompañante de aquella madre ausente, que no reparaba en horas libres para salir a un paseo, visitar amistades, ir a comprar flores y criar al menos un perro, sino de guardia perpetua en el hospitalucho del pueblo, más parecida a una santa que a un servidor público con derecho a descanso, horario legal de trabajo y otras menudas prerrogativas humanas, su mundo psicológico era un mundo básico. Solo la lectura y las tareas de la escuela llenaron aquel vacío. Ya de hombre asumió su libertad plena, pudo viajar y echó a andar a toda prisa para recuperar el tiempo perdido.

Ya no le quedaban gnomos, elfos y trasgos que su ojo avieso no reconociera tras las páginas antiguas, *trolls* y *banshees* que no se imaginara, silfos y genios, ondinas y espíritus voladores así como enanos de todo tipo que la literatura no le mostrara durante tantos años. Hasta llegó a imaginarse un *hathor* femenino del antiguo Egipto parteando a su madre para predecirle su destino: «Será un hombre notable, tal vez llegue a presidente. Hay bondad en su alma y sabiduría en su corazón». Cuando jugaba al solitario, siendo él mismo su contraparte, dándose y quitándose penitencias y trofeos, librando batallas contra aquellos seres que fabricaba al rellenar sus pantalones con trapos y amarrarles peroles, no había mejor página escrita en la tierra que esa de su gran historia. Un día, la madre lo encontró ensangrentado porque un duende de trapo le clavó en el pie el filo del cuchillo casero.

Yadira y Mariana lo tuvieron todo a mano en aquel paraíso lejano de la infancia de su remoto Ecuador. Según Ana Amalia los *nuñíñeres* eran seres nocturnos y pacíficos. Comían hierbas como las iguanas, y no podían beber agua porque se oxidaban. Ana Amalia y que vio caer a uno retorciéndose hasta producir una pasta calcárea que luego abrió un hueco en la tierra, y atrajo muchas moscas. De ahí surgió su teoría de que las moscas no son animales exclusivos de este

planeta, sino animales intergalácticos. «Las moscas vienen de las estrellas. Por eso son como son», dijo. Comen lo que sea. «Son más inteligentes que un ser humano». Ciertamente, la abuela Ana Amalia daba al trasto con la materia de cualquier ciencia, y la convicción de sus afirmaciones la amparaba de dudas o mofas.

Mariana solía afirmar que un *nuñíñere* la visitó en su camita de enferma cuando tenía nueve años. Acababa de sudar la fiebre y tenía frío. Sintió en los pies una caricia suave como la manita de un bebé y había un ser azul con la cara de vidrio brillante, como un ojo de mosca, con mil estrellitas dentro. Lo vio flotar y hacer piruetas como un globo que se estiraba y encogía «como un pulpo». No daba miedo sino ganas de tocarlo para jugar. Pero nadie le creyó ese disparate y lo atribuyeron a delirios de temperatura. Ella le puso un nombre: «Bombón».

Ya de adulta la mordió un perro cuando hacía los preparativos para salir del país a estudiar, gracias a la beca de la Embajada española, y cuando la pierna se le dormía en aquel callejón solitario donde no pasaba nadie, sintió la mano de angelito de Bombón que la sobaba. Apenas pudo ver el globo de estrellitas que le pasó a un lado y se alejó hacia el cielo como un soplo. El dolor y la herida desaparecieron, pero esta vez no se lo contó a nadie, hasta que Yadira y Alejandro Alberto se pusieron a hablar de aquellos seres. A ella le parecía que estaban enamorados, aunque ninguno de los dos lo reconociera. Esa vez Mariana le puso un adjetivo al extraterrestre y lo llamó «Bombón vil», vil bombón, que se marchó para siempre y no volvió.

La extraña preparación que asumió Alejandro Alberto para tomar un avión y enfilarse al otro lado del Atlántico, dejaba de ser un proyecto racional para prometer una desventura o lo más parecido a un despropósito. Tenía tres meses fugándose

los fines de semana a las montañas «para practicar la comunicación con los *nuñíñeres*». Cada viaje a la librería suponía un cargamento de obras que iban del mito a la ciencia ficción, y de claves esotéricas a estudios paranormales. Estaba convencido de que esa vida flotante de ojo de moscas no era exógena, y que andaba en la mitad del mundo por razones de temperancia. Ninguna especie sideral puede irse de este planeta en menos de cuarenta años, porque el tiempo no es algo que les concierna. Según la lengua de Yadira, alegre y tenaz, ya él había logrado «inventar aparatos de visión ultrasónica» y andaba eufórico, a la carrera «como un murciélago». Tiempo después, cuando Alejandro Alberto desapareció misteriosamente y se suponía que ya había llegado al Ecuador, y se había perdido montaña adentro tras sus bichos galácticos, ella leyó dos reportajes emanados desde la Universidad de Cantabria y la Universidad de Cornell informando que unos estudiantes habían logrado inventar un aparato de «visión háptica» o radar háptico ultrasónico semejante al sexto sentido, parecido al de Alejandro Alberto. Solo que ahora este buscaba *nuñíñeres* en la mitad del mundo y ya no podían discutirlo. «Ojalá regrese vivo», pensó ella mirando una mosca azul que del lado de la calle se había posado tras el cristal de la peluquería.



El nombre de mi primavera

Nací el 15 de mayo del año tal, a la cinco de la tarde, en un lugar tal, pero eso sí, debajo de un gran árbol. Mi madre olía una flor cuando su puente se volvió trizas, mientras mi padre se perdía en el bosque cazando cualquier cosa que no se pareciese a un hijo recién nacido. Si lloré en ese momento o me dieron nalgadas, poco importa, porque de seguro un gran pájaro que cantaba en una rama tenía más voz que yo, que apenas pude entreabrir un ojo para que algo semejante a un sol me visitara por primera vez en la retina azul de mi lado derecho. Desde entonces tengo esa mueca extraña y, muchas veces, las chicas se creyeron que les guiñaba algo para enamorarlas, cuando en realidad mi espíritu anda bien perdido del amor y de lo que ellas suponían.

Había un río al pie del valle y nuestra casa quedaba sobre una colina a la distancia cerca de donde se precipitaban al amanecer las aves a picotear cualquier grano que hubiese sobre la tierra. Mi padre ordeñaba las vacas bien temprano, mientras los tres hijos de su estirpe, incluyéndome, lamían el

dulce sueño sin otro norte que crecer. La comparación que hacía de nuestros cuerpos flacos y los retoños del bosque, e incluso del maíz recién nacido, a poco nos parecía una simple ocurrencia.

Otros trabajadores se reunían en el corredor del patio para desayunar y tomar las herramientas, el tarro del agua de beber, las tiras de tabaco y hasta alguna botella de alcohol o vino. Creo que vino, por decir algo, pero igual pudo ser licor blanco del puro, o alguna preparación casera de aguardiente. Eran sus obreros. Se marchaban a labrar la tierra y sembrar de buen humor, y regresaban por la tarde contando cosas sin sentido, y luego se iban a sus casas. Aquello me pareció siempre una procesión. Creo que toda jornada laboral lo es.

El árbol donde nací tenía un nombre. Le decían El Tajo. No sé de dónde sacaron aquellas gentes de provincia ese cognomento. También servía de sitio de reunión los domingos. Se hacían comidas y se celebraban fiestas de natalicio. Siempre asumí a El Tajo como mi árbol. Como mi cuna. Como la parte íntima de mi llegada a este mundo. Nunca le vi una fruta comestible, sino pequeñas pepas de color marrón que la brisa tumbaba. Tampoco había otra especie de su misma familia. Los demás eran muy conocidos: robles, acacias, abeyes, pinos, etcétera. Este árbol mío no. Era un ejemplar extraño. ¿Quién lo sembró ahí para mí? Mis padres decían que nació durante una primavera, y que hasta soportó un incendio brutal durante un verano tal. Eso explicaba su costado quemado y una gran cicatriz en su rama derecha, debajo de la axila, como si algo como una navaja hubiese intentarlo amputarle ese miembro.

Sus hojas tenían las formas de pequeños paraguas y se tupían para la gran sombra. Incluso, durante la lluvia, nos podíamos guarecer bastante tiempo si no arreciaba el viento y nos estrujaba el agua en la cara. Sin embargo, su mejor rostro,

su mejor verdor, su lozanía plena la mostraba en primavera. Quizás por eso decidí llamarlo Mi Árbol de Primavera. También le decía José, José del Carmen, como me llamó mi madre ese día que nací al pie de sus raíces. Por eso me dolió mucho dejarlo solo cuando decidí estudiar lejos de casa, porque ya la provincia no permitía otro camino. La escuela pobre era siempre una escuela pobre. Todos se iban de allí al salir de la primaria. Una tía me recibió en la ciudad de Tórnilos, donde fabricaban trenes y aviones. Había mucho ruido en esa ciudad. Mis tímpanos sufrían a toda hora del día.

Una mañana de sábado fui hasta el parque porque había empezado mi primera primavera fuera de casa y necesitaba a El Tajo para pensar en algo. Vi un árbol grande y anciano que no se le parecía en nada, y sentí muchas ganas de correr. Por eso corrí mucho, y al final, jadeante, me senté en algún lugar a llorar. Frente a mí se puso un ave de colores muy intensos: rojo y amarillo, con algo negro en su pecho y sus alas. Supe que ese pájaro venía de mi casa lejana. Nunca entendí cómo los pájaros pueden hacer esas cosas: volar tan lejos, adivinar nuestros ánimos, parecerse a nuestras tristezas. Y ni siquiera los advertimos.

Supe así que tenía que pintar. Esta primavera triste sería la más feliz de mi vida. Me puse a pintar a El Tajo. No lo pinté triste como él se ponía en verano resistiendo el calor, sino orgulloso de su pecho de hojas nuevas, de flores amapolas, de verdor feliz. Tardé tres días en darle los detalles que mi memoria dictaba. Un señor que pasó cuando casi lo terminaba me preguntó que si yo le podía vender esa obra. ¿Cuál obra señor? Esto no es una obra, es mi árbol de primavera, porque yo nací en este árbol. Desde entonces creyeron que estaba loco.

Decidí traer mi árbol de El Tajo a casa y lo monté en la sala del comedor. Quienes visitaban a mamá comparaban la realidad con el arte. Parece una fotografía, decían. Pasé seis años

estudiando en Tórnilos y hasta me casé allá con una linda muchacha de Rámpalis. Cuando quiso parir a nuestro primer hijo le pedí el favor de que lo pariera sobre el césped que dejaban las hojas de El Tajo. Ella no lo entendió nunca. Le parecía una bobada. Tuve tres intentos y ninguno fue posible. Hoy la casa de mi madre ya no está ni mi padre está ni están los obreros ni está el maíz, y el río se hizo más pequeño. Las colinas son otras casas y los pájaros son otras gentes. También mi cuadro se perdió o alguien lo tomó prestado. Todo cambió, pero El Tajo permanece ahí, nos mira y los mira, creo que sintiéndose mayor, aunque en cada primavera se viste de juventud y espera el sol. También yo me siento como él porque en cada nueva primavera nos vemos nacer.

El catedrático

I

La desaparición del catedrático por el síndrome de Pancho no parecía tener coherencia. La periodista había hecho carrera con la noticia y hasta la sociedad de la prensa mostraba fatiga por el asunto. No tenía nada que ver con el verano azul de Pancho de Nerja ni Pancho López ni Pancho Villa, o ningún otro parecido como lo habían visto en internet.

Acaso sí con el Pancho de El Quijote, el Panza de la poca sal en la mollera.

Ya habían pasado tres semanas y el interés del público en los reportajes cogía matices de novela pública. Al amanecer desaparecían los diarios locales porque se habían puesto de acuerdo en imprimir el mismo texto más allá de la competencia editorial, alimentando así la paranoia colectiva.

Rosa Mosqueda Taberna contaba que en la noche de ayer la policía atendió una llamada telefónica que realizaron desde la universidad para denunciar que habían visto una prenda de vestir del catedrático frente a un basurero en la Avenida Sur. Llegaron al lugar y, en efecto, ahí estaba la evidencia. Se

procedió de inmediato al estudio de huellas dactilares, rastros de sangre y otras menudas cosas más que llegarían hasta la mismísima cadena del a-de-ene.

En otro reportaje anterior relató el tipo de gafas sombreadas bifocales aparecidas junto a la puerta del acompañante del vehículo del catedrático con manchas de sangre y deterioro, señal de que al menos había sido golpeado y obligado a entrar en su propio automóvil quizás para secuestrarlo y asesinarlo, o al menos para robarle el auto.

Un poco antes, el segundo día de la noticia, Rosa Mosqueda Taberna dio la primicia del hecho señalando que dentro del portafolio del catedrático había elementos diversos que comprometían seriamente el estatus moral de la víctima, como pastillas de estimulación sexual de cincuenta miligramos de variadas marcas, un vibrador eréctil que se preció en describir al detalle, revelando hasta el fabricante con absoluto morbo; una prenda íntima juvenil femenina conocida como hilo dental de color rojo, bordado de huecos y maya transparente en su ángulo frontal; preservativos extragrandes olORIZADOS con sabores vegetales, suficiente cantidad de dinero como para alquilar un yate, un novela erótica ganadora de la Semana Negra de Gijón de un año tal, unas llaves doradas y otras menudencias igualmente estimulantes del imaginario, la incordura y la sinrazón.

Sin embargo, fue aquella frase del *estatus moral* lo que pinchó el subconsciente del pueblo y le sacó de la mirada focal de la crisis y las angustias materiales, para encasillarlo en la secuencia ficcional de un episodio callejero.

II

El catedrático era un experto en la emigración española hacia Cuba y Brasil de antes y después de la Primera Guerra

Mundial. Viajaba a menudo a esas regiones para realizar estudios. Su vida era lineal como es la vida de un catedrático. Según uno de los reportajes de la periodista, hasta bailaba ridículo, contorsionaba el cuerpo más de la cuenta, daba patadas locas, se retorció como si lo flagelaran calambres, y eso ocurría solo cuando se sobrepasaba de embriaguez. Muy poco frecuentaba la vida social, ni diurna ni nocturna, por lo que el reportaje ocho parecía realmente descabellado:

A la mañana de ese jueves el catedrático anduvo cerca de la finca de sus parientes montado en un asno que le proporcionaron unos jovencitos del lugar a cambio de dinero para unos helados. Al parecer les dijo que él era Sancho y se marchaba a servirle a su muy distinguido Caballero andante. Dicen que no le vieron regresar hasta por la noche, pero la familia niega rotundamente que les haya visitado en la campiña. Muy por el contrario, desde su juventud solo volvió a esos lugares muy eventualmente, pero la descripción física de los jóvenes coincide plenamente con las fotografías del catedrático mostradas por la policía, así como insisten en señalar que era el auto de su propiedad, y que ciertamente andaba con otro sujeto, muy flaco, bastante delgado para su edad, de rostro chupado y algo de descuido en el atuendo.

Rosa Mosqueda Taberna narra incluso, en otro de sus textos, que han ocurrido casos de posesión paranormales por obsesiones personales reales y de ficción, y que es de suponer que el catedrático pueda tener una de esas tantas anomalías sicopatológicas.

Publicó una entrevista realizada en la unidad de psiquiatría del hospital, y el argumento científico parece tener sustento. Coincidió, además, con unos pelos de burro aparecidos en unos zapatos viejos que obtuvieron las autoridades, después de allanar la morada del personaje. De los detalles del allanamiento extrajo la periodista material para tres reportajes seguidos, pero ninguna evidencia pornográfica hubo en esa casa, sino los signos de sedentarismo de un adulto mayor que

vivía solo, como abandonado y con abundantes despensas de café y vino. Nada extraño en un catedrático, conociendo los hábitos previsibles de su profesión.

Un crítico literario de oficio asoció la patraña publicitaria de la desaparición de su amigo, el catedrático, con los viejos relatos del naufrago del Gabo, aduciendo que ese tipo de periodismo es aberrante, sonso y contracultural. Desde otro bando le respondieron que se abstuviera de opinar sobre lo que desconocía, y que no relacionara la literatura con los asuntos de criminalística. Por esta vía se comenzó a formar un entramado de decires y pareceres que trascendieron los hechos reales del crimen, el secuestro, la desaparición o lo que le haya pasado realmente al personaje.

Los estudiantes iniciaron un foro de inmediato para debatir el periodismo de ideas, así llamado, y los efectos inmediatos de la información globalizada. Los de derecho tuvieron de invitados a un par de jueces para disertar sobre el papel de la justicia en el orden moral de la sociedad actual, y los intercambios de roles, pues, uno de los artículos de la periodista Rosa Mosqueda Taberna dejó entrever la posibilidad de que el catedrático fuera gay.

Cada nota de prensa complicaba más aquel asunto.

La alcaldesa local convocó una junta de gobierno y ofreció recompensa por la captura de pistas verídicas y castigo para hechos, denuncias o situaciones que alteraran la paz social, la tranquilidad de la gente y la salud mental colectivas. Emitió una resolución al respecto.

La idea del crimen era cada vez más hipotética.

Se determinó que el catedrático había tenido un lío de faldas hacía algún tiempo con la mujer de un bombero, pero nadie sabía a ciencia cierta si se lograron apagar los fuegos de tales circunstancias. Eso echó por tierra la presuposición de que fuera gay. A medida que pasaban los días, la historia

se reinventaba y cambiaban los patrones de la ficción y de la realidad con increíble alternancia.

En un puente situado a cuarenta y cinco kilómetros encontraron la billetera durante una competencia de ciclismo del Tour nacional. Pero no contenía el documento de identidad, sino un par de números telefónicos que rastrearon de inmediato. Uno conducía a una cafetería del centro donde, efectivamente, lo vieron galantear a una joven treintañera muy seductora y se marcharon sobre las seis de la tarde, de modo que se presume una cita íntima; y el segundo número correspondió a una agencia de alquiler de autos. No obstante, la empresa manifestó no haber tenido tratos con ese señor, y al cotejar las fotografías tuvieron la absoluta certeza de ignorarlo.

Las puertas del misterio seguían, por tanto, abiertas de par en par.

Los cuerpos de inteligencia tenían suficientes evidencias del catedrático disgregadas por toda la ciudad, pero el elemento esencial, el cuerpo, no aparecía. La periodista sumó una nueva idea: investigó en las agencias de viajes, aerolíneas y aduanas del país, si había emigrado hacia Cuba o Brasil partiendo de una pista central: un fragmento de carta que parecía reprocharle que no se hizo cargo del hijo que tuvo con la hermana de alguien. El papel roto no permitía armar fielmente la demanda del documento. Aquello podía explicarlo todo. Estudiaron el fragmento aparecido en la papelería de su despacho. Era papel extranjero, se supo por fotoquímica. Tal vez había embarazado a alguien y vinieron a por él, pero no había salido por ningún aeropuerto. Quedaba aún la opción marítima, pero parecía realmente descabellada.

Rosa Mosqueda Taberna sorprendió a sus lectores cuando informó en los periódicos que había logrado tener acceso a las cuentas bancarias y operaciones de caja y tarjetas del catedrático. Sus fondos, previsiblemente conservados como para

la solvencia anual de todos los gastos básicos, se mantenían intactos, y no mostraban movimiento alguno desde tres días antes de la desaparición. Además, habían encontrado suficiente efectivo entre las experticias. Tampoco los reportes de hoteles ni los alquileres inmobiliarios le mostraron a ella mayores pistas. Aquella novela periodística estaba, por tanto, inédita, en sus primeros capítulos.

Hasta la Cumbre Mundial para el Ambiente, que se desarrollaba en la capital, pasó desapercibida para aquellos lectores que, de momento, se habían convertido en detectives públicos. Cualquier paquete abandonado, cualquier ruido, prenda u objeto diverso era tenido en cuenta y revisado a prisa pensando en la recompensa de la alcaldesa. Y nada, no aparecía nada en ningún lugar.

El editorial de los diarios también sumó su clamor para que se abstuvieran de hacer llamadas en falso y acusaciones sin sentido. La línea de emergencias de la policía sucumbió. La periodista Rosa Mosqueda Taberna tenía ya problemas legales. Eso lo complicó todo. Había excedido sus funciones. Se le había pasado la mano, realmente.

Cuando el catedrático apareció al mes, ciertamente montado sobre un burro pardo en un pueblucho situado a más de ochenta kilómetros, con signos de demencia ficcional, con un perro flaco de compañero al que llamaba «galgo corredor», diciendo que gobernaría la ínsula Barataria con buen tino y honradez, «que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones» como se lo había dicho ya antes su señor el Caballero andante, y que había un principio básico que era «conócete a ti mismo», la periodista Rosa Mosqueda Taberna había sido internada en el hospital, bajo prescripción de la unidad de Psicopatología Clínica, con una fuerte crisis de nervios, prohibidas las visitas y toda acción de agotamiento.

La segunda voz del ventrilocuo

El catarro severo que le selló los labios y comprimió sus frágiles pulmones fue el milagro que hizo descubrir a Ernesto Patricio esa voz oculta de ventrilocuo y la más extraña aún capacidad de hablar por los muertos.

—Este barrigón, además de careto, es griposo— mascullaba a menudo la madre, mientras la abuela atizaba las flamas temblorosas de las velas y los velones en el altar, con la menueta tos de los tabacos y el olor de los inciensos.

—Ya te dije que eso no son los parásitos, sino el desarrollo. Tú también fuiste así.

La abuela era redonda y firme, pero su hija tenía las varas de las piernas y los garabatos de los brazos en el último estado de la piel, como si los estragos de la solitaria hubiesen convertido su estómago en una fruta seca, en una uva pasa, por ejemplo. Durante los tres partos que tuvo apenas si logró subir unas libras, y los tres renacuajitos que dio a luz parecían criaturas de plástico como las que venden los chinos para juguete de los pobres.

—Hasta la placenta te vino enferma, y no sé cómo estás viva. De vaina te sobrevivió esa pobre criaturita de Ernesto Patricio.

La abuela era certera para herir, para increpar y lanzar latigazos sin piedad cuando se enojaba. Amaba a aquel cuerpo lánguido del nieto como una extensión de sus manos, como el dedo meñique, por ejemplo. Los viernes antes de oscurecer lo santiguaba con esmero, lo ponía desnudo en el piso, boca abajo y boca arriba, lanzándole flores y rezos, agua bendita y palmas verdes, y le hacía cruces al derecho y al revés, mientras Ernesto Patricio roncaba como un lechón de tigre, o un minino de mascota.

A veces, mientras permanecía en ese estado del coma ficticio, parecía muerto en verdad. Ella lo dejaba reposar tranquilo contemplándole sus costillitas marcadas como paréntesis repetidos, y las bolsas de los pulmones eran fáciles de predecir detrás del entramado de las rejas laterales del costillar.

Su cara, sin embargo, era la de un dios griego. Sus mejillas parecían las de un santo. Sus labios no estaban secos y áridos, sino finos y de buen color. Sus pestañitas semejaban motas de flores de algodón y la nariz no tenía ningún defecto, aunque era como si no funcionara, como si no succionara aire ni expulsara dióxido de carbono, si no el mismo aliento de Dios.

Igual podían hacerle la autopsia en vida que esperar su muerte real, porque el cuerpo ya estaba en las condiciones de facilitar el trabajo del deshuesador de la morgue, o de los alumnos de la Escuela de Medicina, en la cual había logrado inscribirse con notas sobresalientes en el examen de admisión, y ya le tenían el ojo puesto como futura donación voluntaria para los ejercicios de disección.

—La vocación de médico la lleva en la sangre —dijo su madre en la facultad cuando asistieron a consignar los documentos, y la secretaria los quedó mirando incrédula mientras

pensaba que al tocar el primer cadáver para una disección caería desmayado o en trauma.

—Abuela, ¿tú has oído hablar de los bronquiolos y alvéolos?

La abuela abrió aquella boca grande y negra por los tufos del tabaco, el chimó y las güimas, mientras un par de caries extremas se percibieron nítidas como, una mosca sobre una nata de leche.

—¿Cómo es la cosa, muchacho? ¿Qué lavativa es esa?

El interés primario de Ernesto Patricio en las clases de anatomía lo dirigió hacia sus propios pulmones y al modo de respirar. Le costó enseñar a la abuela a pronunciar bronquios en lugar de batracios, porque ella confundía ambas palabras. Y las siguió confundiendo cuando, a manera de práctica, le explicaba que dentro de los pulmones los gases van como los autos en una autopista, en direcciones contrarias, mientras el oxígeno pasa de los alvéolos a los capilares pulmonares, el dióxido de carbono se traslada en sentido opuesto, de los capilares pulmonares al interior de los alvéolos.

—Ahora sí es verdad que te volviste loco, criatura. ¿Quién te va a entender hablando así?

Por mucho que habló de hematosis y difusión de gases y presiones internas dentro de las células, «igual que cuando va llover y llegan los vientos», las analogías del nieto empeoraban la cabeza de la vidente. Su costumbre era lidiar con almas enfermas, no enfrentarse a las marañas intrincadas del cuerpo, «porque eso no se puede siquiera imaginar». Para ella, los médicos siempre están locos.

Al cabo de dos años, el corredor de la casa vieja tenía dos modos de ser percibido. En la mirada de la abuela, curandera y santera, los pacientes descargaban sus penas, sus muertos recostados, sus envidias empalmadas al cuerpo, los hogares, bienes y negocios; los niños con mal de ojo, las esposas atormentadas por las infidelidades del hombre, las malsanas

hechicerías de las quitamaríos, las asaduras de las culebrillas y los estragos de la ruina; y por el otro lado, eran entrevistados por Ernesto Patricio, quien trataba de estudiar casos clínicos precisos para sustentar sus intervenciones en clase.

Siempre que los profesores tocaban los temas de hematología, los virales, las lepras, lechinas y sarampiones, aquel enjuto remedo de médico prematuro sacaba ventaja y mantenía el respeto entre quienes presumían de sus buenos cuerpos y la holgura social de la buena vida económica, pero escasa pericia para los aprendizajes. No pocas veces logró curar a los pacientes de la abuela con una fórmula recién aprendida en las clases, pero era la santera de su abuela quien se quedaba con los créditos.

—En vez de entrometerte en las curas de tu abuela, deberías hacerte un examen en la universidad a ver si tienes las defensas bajas —dijo la madre de Ernesto Patricio, aunque él la ignoró por completo, sin dejar de asociar lo de los exámenes de las defensas bajas con la universidad.

—Los exámenes que hacen en la universidad son de otro tipo, mamá. No confundas las cosas.

Tal vez la exposición a los químicos del laboratorio y la mezcla de tufos del altar doméstico añadieron trabajo extra a los bronquiolos y alvéolos de Ernesto Patricio, porque fue acentuando los problemas de respiración a medida que avanzaba en la carrera de Medicina y se internaba más tiempo entre el río de pacientes de la vidente. De hecho, a veces la santera tenía que hacerle trabajo a toda una familia entera, desde el pariente más remoto hasta criaturas recién nacidas, «porque los daños de ustedes vienen desde atrás», les confesaba. «Están vivos de milagro». Testigo silente y sumiso, Ernesto Patricio también permanecía vivo de milagro, aunque nadie se diera cuenta de ello.

—El mal está regado en el mundo desde hace mucho tiempo, y algunas gentes no lo saben —decía la abuela bruja al auditorio de todas las edades.

En un aparador de barro que se extendía hasta el antiguo lavadero que todavía sostenía a medio caer una batea enorme de cemento, signo de la familia numerosa de otrora, había tantos frascos de colores, cajas de velas y velones, cremas, sahumerios y collares que apenas se podía pasar para recoger hojas de yerbabuena, albahaca, llantén y fregosa para preparar los tés, hacer infusiones, los baños limpiadores y adobar la carne de chivo de los sábados, cuando se reunía toda la prole en la quinta principal —la casa nueva, porque se dejó el rancho de la abuela al fondo del patio para que realizara en plena libertad su trabajo espiritual.

—Ernesto Patricio no come chivo, porque dice que ese animal seca a la gente.

—Pero si nunca lo ha comido y ve lo seco que está.

La madre y la abuela hechicera tenían a menudo ese contrapunteo por el enteco personaje. No solo no comía chivo, sino que esquivaba comer huevos, leche fresca de res, queso blanco y ciertas frutas —guayabas, por ejemplo—, «porque el queso y la guayaba se cunden de gusanos fácilmente», decía Ernesto Patricio. Sin embargo, la flacura era genética y hereditaria.

Las células ancestrales adoptaron la delgadez de la carne como estampa, y ya en cuarta generación de cuerpos jorros, no había manera de combatir la figura chupada, si no sobrellevarla hasta el último día con la gracia de los ingenios, los talentos particulares, las destrezas más significativas y la paciencia contra las críticas (incluso las propias, de la familia).

«Mamá dame un vaso de agua», dijo el ventrílocuo a la mamá de Ernesto Patricio sin pedirle permiso a su lengua. La señora trajo el agua y él se la tomó. Tuvo la duda de si en realidad había pronunciado esa oración, o si fue un acto autónomo de su pensamiento, capaz de llegar al pensamiento de la madre y concretar el mensaje.

—Hijo, ¿te quieres comer una avena cocida? —preguntó ella en la noche.

«Sí. Que no esté caliente».

—¿La quieres con pan y polvo de canela o así sencillita?

«Sin pan. No puedo tragar».

La madre lo miró fijamente a la boca, luego a los ojos, extrañada de que aquellos labios del enfermo no se movieran para nada, pero en cambio le salía una voz aguda de hombre que nunca le había conocido.

Ernesto Patricio temblaba por dentro de miedo. Se había dado cuenta primero que la madre de que algo ocurría dentro de su boca cuando decía las cosas solo con pensarlas, mientras una extraña cosquilla recorría su garganta y algo temblaba en su guargüero.

La abuela pensó que lo tenía poseído un espíritu e inició el trámite azaroso de la limpieza con tabacos, yerbas, inciensos, oraciones e invocaciones al más allá. Al final tuvo la tranquilidad de saber que todo estaba en orden.

—Él no tiene ningún daño. Sanará pronto. Pero es posible que alguien hable por él. Una nunca sabe, mana.

La curiosidad terminó por invadir hasta a los tíos y los primos que llegaban al cuarto no por su estado de salud, sino por su voz oculta, para oír al otro. Insistía en hacerles creer que no había nadie distinto a él mismo dentro de su propio cuerpo, pero la palabra «v-e-n-t-r-í-l-o-c-u-o» no salía correctamente, menos su significado para poderles explicar lo que pasaba. La abuela creyó que se refería a una aventazón o empacho de arca, y le preparó un brebaje cerrero para la purga, que casi lo mata con una diarrea de tres días, además del empache que le hizo con pomada de pan puerco.

Ernesto Patricio era un aprendiz de ventrílocuo y a la vez un aprendiz de médico con un destino incierto, como suelen ser todos los destinos, y en eso no había nada raro.

Cuando estuvo repuesto de las dolencias del catarro y los empeoramientos domésticos, volvió a su rutina diaria de inspeccionar a los pacientes del santuario. Por suerte, estaba de vacaciones en la facultad. Su segundo año de Medicina era un éxito. Tenía liderazgo y era notable. Los asuntos más difíciles los resolvía con rapidez. Asombraba su prodigio aunque las chicas no le veían el sexo porque aquel cuerpo endeble no daba para esos asomos. Todos los estudiantes tenían novias y se mofaban de sus conquistas, pero Ernesto Patricio era enciclopedia y saber, nada más. No atraía a las damas, tan exigentes con eso del físico.

Durante una práctica de anatomía fueron hasta el laboratorio para realizar exposiciones teóricas individuales sobre el cadáver de un albañil de piel áspera y musculatura endemoniada, y un payaso de circo quiso burlarse de nuestro personaje. La profesora le llamó la atención, pero el payaso insistió.

—¿A que yo puedo hablar con los muertos y tú no? —lo retó Ernesto Patricio en público ante los ojos avizorados de sus compañeros.

—Está bien, apostamos.

Una de las muchachas metió en los bolsillos de su bata los dineros de la apuesta. Un grupo apostó por Ernesto Patricio, y el otro por el retador. La profesora alarmada se quedó en un rincón con un apuntador en la mano.

—A ver, muerto, dime, ¿de qué moriste, cómo y cuándo? —dijo el retador ante las risotadas y burlas del grupo.

«Morí el 23 de marzo de 1979, a las tres de la tarde, de una embolia arterial después de una insolación. Después de la autopsia se dieron cuenta que tenía también un carcinoma pancreático. La falta de diagnóstico y tratamiento nutricional a tiempo de la alteración de la función exocrina del páncreas complicó mi salud sin darme cuenta», respondió el muerto,

cuando todos salían en tropel del aula de laboratorio, pálidos por el terror, sin esperar que el muerto se identificara:

«Olvidé decirles que me llamo Ramón Darío Jiménez Basoalto».

La profesora miraba en la hoja de fichas de sus apuntes los datos dados por Ramón Darío al auditorio inexistente con una clara extrañeza, puesto que hasta donde ella sabía, ningún alumno tenía acceso a esa información hasta el día que bajo su responsabilidad se les permitía el trato personal con el cadáver.

—¿Cómo hizo usted todo eso, bachiller? —inquirió mirándolo de medio lado la profesora mientras se le acercaba.

Así vacío, el laboratorio parecía más grande y ancho que cuando entraron. Todos se habían ido despavoridos. Al día siguiente, la compañera de Ernesto Patricio le entregó el dinero de la apuesta.

Eso de hablar doble tenía al menos un lado lucrativo oculto, pensó por un momento, sin maquinarse ningún otro uso comercial de aquel talento propio.

—Soy ventrilocuo, profesora, pero no se lo diga a nadie, por favor.

—Ajá, ¿y los datos del cadáver, cómo los supo?

—Eso sí no lo sé, profesora.

El finado Ramón Darío Jiménez Basoalto abrió la puerta que faltaba en el cuerpo endeble de Ernesto Patricio, porque, en lo sucesivo, otros muertos vinieron a hablar por él, aunque la abuela no lograba entender el misterio de esa segunda voz del ventrilocuo cuando invocaba a los espíritus más soterrados del más allá para que revelaran congojas indescifrables, curaciones imposibles y alivios a los tormentos pesarosos de sus clientes, porque el nieto enjuto se quedaba dormido mientras de su diezmado organismo salían aquellas voces ajenas.

En la Escuela de Medicina infundía respeto, temeridad y asombro. Los *correvediles* y *hablanchines* lengüeteaban en los pasillos:

—Ahí va el doctor que habla con los muertos.

—Aunque él todavía no lo es —aclaraba otro.

—Pero igual va ser doctor estando vivo o estando muerto.

«No deberían perder su tiempo hablando bobadas», dijo una voz desde el techo o desde el más allá, que estremeció el piso mientras Ernesto Patricio, como en el aire, no sabía si era su propia voz, la del ventrílocuo, la de Ramón Darío Jiménez Basoalto o la de un nuevo espíritu.



La mamabuela Teresa y sus rutinas²

*En homenaje a
Gabriel García Márquez.*

I

Una manía más apareció esa mañana en los hábitos inverosímiles de la mamabuela Teresa, esta vez dispuesta a sentarse sobre el lomo del pollino que Ernesto Ramón, su nieto, amarraba y aseaba con un trapo húmedo debajo de un enorme árbol del caro, como los que ya no se ven en este mundo. Nadie se explicaba en casa cómo logró la anciana trepar a pelo al dócil animal, que por suerte se quedó estático, a pesar de los pinchazos de los huesos de los talones de su monta, quizás pensando en llevarse su carga directamente al cementerio, dejarla caer por un barranco, o salir a todo galope para medirle las fuerzas. Sin embargo, más allá del alboroto y los escándalos domésticos, ni el pollino ni la anciana tomaron decisiones propias que extremaran algunas consecuencias.

² Seleccionado para la edición de finalistas del III Certamen Literario de Monserrat 2018 (España).

La mamabuela Teresa realizó tres intentos de galope, *in situ*, hasta que se le pidió a Ernesto Ramón que sacrificara al burrito. Él propuso amarrarlo al fondo de la casa, pero aun así la mamabuela deambuló una noche y amaneció dormida sobre el animal, semidesnuda y resfriada. Nadie entendía aquella aberración hípica suya, sus ansias de escapar hacia ninguna parte, la persistencia de su conducta evasiva, a pesar de su flaqueza de fuerzas y la flacidez de las pieles. «La voluntad lo puede todo. Ella se quiere ir de este mundo». Tales palabras fueron de su criado, don Justino Pérez. Irse de este mundo a lomo de recuas no era una apuesta fácil. Mucho menos en un hipódromo doméstico, completamente estático.

Todos sabían en casa de su destreza de antaño para montar los caballos y hasta para pelear en la guerra civil. Sus 104 años daban para suponerlo todo. Esa elasticidad ósea advenía del talento natural incrustado en sus piernas, en sus templados fémures y en el temple de su carácter. Aún a su edad su mandíbula era sólida, pero sus labios no resistieron con el mismo vigor, y se le abrían solos, como dos puertas al final de un rancho vencido por el moho y la soledad. «Si esta doña tuviera 30, comandaría un imperio, don Justino». Pero las verdaderas maravillas de la mamabuela correspondían a otra época.

Cuando muchacha solía bailar toda la noche, alegre, altiva y apuesta, pero muy controlada de carácter. Acostumbraba a vestir siempre con pantalones de tela gruesa que ella misma cosía, y fue pionera en la moda rudimentaria al usar por primera vez, entre hembras y varones, los pantalones con bolsillos externos, tanto atrás como adelante, desde la corva hasta los tobillos. De hecho, aquella prenda más parecía una tienda por departamentos que otra cosa. En cada bolsillo metía cosas diversas, desde navajas hasta mangos goteados, tazas de café y pocillos de peltre, ganchos para el cabello y ganchos de tender ropa lavada, cajas de fósforo, dinero sencillo y alicates;

yervas secas de curar enfermos y medicinas para matarles los gusanos a los becerros, semillas de sembrar y jojotos tiernos, en fin, era un depósito ambulante como no había otro en este mundo.

La vez que vio las fotografías de unos soldados en una revista cosmopolita, usando pantalones similares, sintió su orgullo herido, y descargó su rabia instantánea con una queja en alta voz: «Estos carajos me espieron. Se copiaron mis ideas». También confeccionó un paraguas con hebras de cogollo de palma moriche, mientras afirmaba: «Esto es para que el sol no me joda la cabeza».

Don Justino conocía más que nadie la afición de la mamabuela Teresa de subirse sobre las copas de los árboles, semejante a un personaje de Ítalo Calvino, aunque ni Ítalo Calvino ni sus personajes aparecieron nunca ante las narices de la mamabuela ni de don Justino. Los libros de Ítalo Calvino andaban muy lejos de estos parajes condenados a otras historias menos ficcionales, tal vez menos portentosas pero agraciadas como aquellas. El escándalo de bajar a la mamabuela desde las alturas de aquellas frágiles ramas solo se podía medir por la liviandad del cuerpo, apenas un ala de mariposa, una pelusa etérea, que rememoraba su época de espía de cuando las guerras civiles, de vigía diurna y nocturna, de mochuelo de escuadrón de la resistencia, y de búho militar hasta de las guerrillas.

A ciencia cierta no se supo nunca si la mamabuela formó parte de las guerrillas, pero en la época más difícil, de los enfrentamientos con el gobierno y sus fuerzas armadas, solía escaparse a «visitar a unas amigas lejanas», sin ton ni son, portando un simple morral de transeúnte desamparado, parecido al que usaron los hippies en los años sesenta. Ante la insistencia de que no se moviera de las ramas, que ya usted no está para el juego de los espías, que nos tiene a todos de cabeza y hasta nos va dar un infarto; la mamabuela Teresa, mirando el

horizonte claro en medio del sol, parecía montada sobre un corcel brioso de la guerra civil, balanceándose rítmicamente, el pelo añoso, suelto como una margarita, diciéndose más para sí que para la nerviosa audiencia familiar, que trataba de ver dónde carajo estaba Dios metido a esta hora.

La drástica solución de cortar al noble árbol de acacia para evitar nuevos episodios de espionaje al horizonte celestial, significó un acto tan cruel como el sacrificio del pollino de Ernesto Ramón. Ella les hizo saber que hacían mal cometiendo estas crueldades. «Ese pobre animal era hijo de Dios», refunfuñó entre sus labios arrugados, y tal vez se imaginó que ese era el burro de Belén o algo así. Respecto a la acacia, se le vio llorar cuando empezaron a botar las ramas, alarmada como estuvo por el chirrido de la sierra, y como pensando en una vana excusa añadió: «Esa era una escalera perfecta para ver a Dios».

La mamabuela odiaba que la compararan con el personaje de la Mamá Grande, de Gabriel García Márquez. «Por lo que se entiende al leer ese cuento, a esa señora le sobraban nalgas y le faltaba cerebro». Contraria a la suerte del analfabetismo crónico de un siglo de atraso cultural del país, la mamabuela Teresa sí aprendió a leer y a escribir, con aceptable calidad. Por eso se supo siempre que ella pudo leerse buena literatura, y era una aficionada a las historias románticas, y a las recetas de cocina que nunca puso en práctica.

Se alimentaba imaginariamente de aquellos platos. Los caldos culinarios, esas ensaladas coloridas, las tentativas carnes y cuanto aderezo pueda crear el arte humano de la cocina, estimularon sus sentidos, pero su paladar respetó los hábitos básicos y sencillos —aunque no menos apetitosos—, de una comida campesina heredada de la tradición, sobrellevada con ligeros cambios y algunas variantes menores. Como si relacionara las recetas culinarias con las recetas morales, echó

para afuera una frase tajante respecto a la odiosa comparación que le hacían, por divertimento, con la Mamá Grande del Gabo: «Esa señora era una descarada y una amoral. Casó a toda su familia con su misma familia para mantener su ambición». Después, como si se refiriera a una persona común y corriente, y no a un ente de ficción, sentenció, para aliviarse, su descargo definitivo: «Esa doña debe estar ardiendo en la quinta paila del infierno».

Cuando le tocaban el tema de la Mamá Blanca de la novela de Teresa de la Parra de 1929, cambiaba la perspectiva aguda de sus objeciones y asumía una postura más beligerante. «Esa historia tiene un poco de lo que fuimos, y de lo que somos como patria». Entre uno y otro personaje extraído de la literatura, y los demás personajes que extrajo también del cine, de ver tantas películas seguidas, la mamabuela Teresa adquirió un hábito de niños que se tradujo igualmente en una nueva manía: se comenzó a mear sentada.

Al comienzo lo tomaron a risas, sin reproches, como pequeñas travesuras de la edad, pero el cuerpo no estaba jugando en vano. En pocos días casi todas las silletas de cuero aparecieron mojadas de orina, luego los chinchorros de descansar que estaban colgados en los corredores y las salas, y después la cama de su dormitorio. «Mamabuela, meas como una vaca. Tienes que controlarte». Su respuesta fue sincera o indiferente, pero dijo que ella no sentía nada allá abajo, y que si esa lavativa se salía por algún hueco, no era su culpa. El cuerpo siempre bota hacia afuera lo que le molesta, lo que no sirve. Desde la agudización de la senectud se había acentuado su búsqueda frenética del cuerpo y la carne de Dios, y bien que se lo imaginara como un soldado o un arriero, preocupaba sobremanera que lo encontrara precisamente desafiando los caminos más vulnerables hacia la muerte.

II

La manía del exceso de orina de la mamabuela Teresa devino en crónica y no tan pasajera sordera. Si bien no había una relación directa, digamos que intrauterina a falta de otro término, entre la vejiga y los oídos, entre los líquidos y las ondas sonoras, se sabe de los estragos en el cuerpo producidos por la física cuántica. Las primeras impresiones aparecieron cuando todavía transitaba los 93 años. Se quejaba al amanecer de que las gallinas no hacían ruidos, que los pollitos estaban enfermos porque no escuchaba sus pio píos; que los gallos eran unos flojos que ya no cantaban, que las vacas no llamaban a sus becerros, ni relinchaba el caballo del tío Justino, ni los pájaros hacían fiestas en las ramas del patio antes de bajar a beber agua, etcétera.

Aquellas extrañezas sonoras no causaron ninguna alarma hasta el día en que agarró la escopeta del tío Justino y se disparó al oído. Cuando la vieron tendida e inconsciente sobre el chinchorro de las siestas, surgieron dos primeras hipótesis. Una, que se había suicidado. La otra, que no tenía sangre en el cuerpo, que era una mujer de acero, pues el cuerpo no presentaba los agujeros del plomo. Sin embargo, el boquete del techo echó por tierra esta premisa, porque justo al lado del caballete vieron el hueco de los guáimaras, y estaba la lora Sinfonía mirando hacia adentro, con aquel ojo verde rojizo y la cabeza en posición horizontal, pensando si aquello era un frustrado acto de cacería doméstica, o un cónclave espiritual en torno a la doña mayor de la casa. Solo cuando Sinfonía emitió su graznido característico de las mañanas para saludar a la mamabuela, esta despertó de un salto y casi los tumbó a todos.

—¿Qué día es hoy, por qué tanto ruido en la casa?

Sinfonía había logrado el milagro que las balas no pudieron. Le retribuyó los sonidos a aquellos tímpanos casi centenarios,

que ahora pecaban de lo contrario: eran el imán de cosas ruidosas que estaban muy lejos de la casa. Nadie sabía siquiera cómo graduarle los decibeles auditivos, ni dónde estaban esos ruidos que ella advertía con tanta precisión. Eso la convertía, de momento, en un ser capaz de dar con la ubicación remota de una persona y un objeto, mucho antes de que se hablara de manera tan común y corriente de los satélites de posicionamiento global y otros tipos de rastreadores electrónicos.

Ruidos de hojas más allá del río, pandillas de loros comiéndose los jojotos del conuco a más de dos mil metros de la casa, peleas entre monos avarientos que acababan con la siembra del tío Justino, murmullos del agua de la laguna cuando las culebras de agua llegaban a cazar a los becerros que bebían por las tardes, nidos de pichones devorados por gavilanes y hasta el pedaleo de la bicicleta de Fucho cuando subía los cerros para ir a comprar fósforos y tabaco, se presentaron en las cuencas de sus orejas con una altísima fidelidad sonora. Ese radar intempestivo le permitió a la mamabuela advertir con tiempo que se acercaba una visita a la casa, a caballo, en moto, a pie o en automóvil, y hasta podía reconocer la identidad del peregrino, según ella, «por el resuello». Esto la ayudaba a anticiparse a poner la olleta del café o calentar algún bocado de comida, si ella le escuchaba el hambre a la visita.

La utilidad práctica más inmediata de este atributo le permitió detectar los catarros de los muchachos vecinos. Al oír sus pulmones en la alta noche, separando los bronquios ruidosos de los estertores de grillos y chiripas crujientes, ella sabía al día siguiente que fulano, sutano o mengano tenía gripe en ciernes, o se le avecinaba una bronquitis y hasta una pulmonía. Cuando crujía el techo de zinc bajo los aguaceros copiosos preñados de relámpagos, centellas y truenos, tuvo aciertos auditivos impresionantes, como la vez que atinó diciendo que al bueno de don Rosalino Medina se le había quedado atascada

la camioneta en el lodo del río Bogarín, viniendo de Paria-
guán, casi a la media noche de ese sábado, cuando le traía unas
provisiones a escondidas de los soldados del gobierno, que las
confiscaban porque suponían que era contrabando para abas-
tecer los últimos reductos de las guerrillas.

—Gracias por salvarme el pellejo —le dijo don Rosali-
no—. Si no hubiera sido por sus orejas, me comen los tigres
en el paso del río.

—Aquí no hay tigres. Se acabaron. El último que escuché
hace unos meses está del otro lado del mundo, en Brasil.

La hipótesis resultaba cojonuda. Escuchar tigres más allá
de una frontera ubicada a mil kilómetros de distancia, desa-
fiaba no solo la física cuántica auditiva, sino la credibilidad
bíblica.

—¿Cómo hace usted para escuchar algo así, tan lejos?

—Fácil, Rosalino. Del mismo modo que Dios escucha
nuestros corazones. Todo está en el aire. No lo vemos, no lo
podemos ver, pero lo podemos oír, si dejamos de oír al mundo.

Una noche bailó de todo, oyendo música a distancias im-
pensables. Una hora más tarde, cansada y fatigada, se puso a
oír el *Réquiem* de Mozart que estaban tocando en la Catedral
de Roma. Después escuchó un tedeum y un motete hasta
quedarse dormida oyendo las galaxias alejarse hasta el fin del
más allá, mientras el tío Justino miraba su sonrisa inocente
como si fuera de otro mundo. Al fondo del patio, un gallo
empezó a cantar y el tío Justino sintió un estremecimiento en
el cuerpo ante el augurio de la muerte.

La historia de maíz de mi padre

Durante mi infancia intenté vanamente escribir una historia sobre mi padre, a pesar de hurgar en muchas novelas (Thomas Mann, William Faulkner, Ernest Hemingway, García Márquez, Cortázar, Carlos Fuentes, entre otros) que leíamos como fieras, alocados por la moda del *boom* y adictos a las colecciones de obras maestras que encartaban los sábados en los periódicos nacionales, como parte de las colecciones de literatura universal que mes a mes salían al mercado, compitiendo entre sí por una u otra editorial de *marketing* de España, de Colombia, de México y Argentina. Después descubrí que era un mismo grupo de empresas que manejaban idéntica estrategia de posicionamiento en América Latina, aunque en España ha sido tradición el libro puesto al alcance de la mano junto a las despreciables noticias diarias de la economía, el desempleo, la política siempre bribona y la sangre de los accidentes humanos.

Mientras leía maravillado el lenguaje portentoso de los autores, su manejo de los personajes, el uso del guion de los

diálogos, el ocultamiento y diferimiento de los hechos relevantes, los usos de símiles y metáforas, las frases de tipo filosófico que apuntaba en un cuaderno, junto al empleo de palabras raras, cuyo significado precisaba de inmediato en un viejo diccionario Larousse de tapa azul que me regaló un periodista de apellido Camacho; mi padre enterraba sus ojos en un cuaderno hípico que aparecía encartado los jueves en el diario *Últimas Noticias*, para anticipar las estadísticas de los potros más dotados de ancas, de músculos invencibles en sus patas traseras, de los jinetes de fustes eléctricos capaces de atravesar las brisas tibias de las tardes del domingo eterno en el que nunca mi padre ganaría por sí mismo un clásico, una buena carrera ni mucho menos un cuadrito del llamado 5 y 6 con la polla más abultada, el monto más célebre, el premio gordo de mandar la pobreza al carajo, de ganarse una buena plata para la definitiva felicidad.

El señor Bedoya, o simplemente Octavio, como solían decirle los de su círculo de confianza, había cazado una fortuna con un cuadro de caballos un domingo bendito de los años setenta. Por eso fue el fundador del barrio, se hizo la mejor casa, compraba autos del año, viajaba mucho, traía regalos a los vecinos, regalaba cosas a los niños, ancianos y a los pobres que se le acercaban. Ciertamente tenía una generosidad sin límites. Con la plata del premio montó una buena tienda en el centro del pueblo y estableció sociedades financieras con algunos árabes que le propinaban buenos dividendos anuales.

Mi padre solía acompañarlo al juego de los caballos. Sin embargo, el señor Bedoya se apartaba a la sección de las grandes apuestas, atendido por mesoneras graciosas y los propietarios del local, mientras mi padre rellenaba la esquina más bullera, la de los fracasados, y alguno que otro jugador iluso que gritaba a más no poder cuando su yegua encaraba la última curva, con cinco cuerpos de ventaja, pero empezaban

a flaquearle las fuerzas, arrebatándole al húmedo arenal los hilos de una victoria que no sería posible, pues otro alazán de músculos de acero empujaba su pecho grueso contra la brisa, apartaba la resistencia del viento, se impulsaba como un cohete, en tramos de hasta cuarenta centímetros, y a los pocos metros aquella potra solo se la podía ver por el retrovisor.

La gritería se acallaba y muchas manos terminaban posadas sobre esas calvicies de la esperanza y la resignación, con la única alternativa de esperar a la media hora, la última carrera. El señor Bedoya, satisfecho y triunfante por aquel caballo veloz, comía algo, tomaba una cerveza más, hacía gracias a las chicas y se recostaba ufano, sin ninguna preocupación. De regreso a casa, mi padre le hacía el favor de contarle el fajo de billetes en voz alta, como quien acaricia una liebre.

El asesinato del señor Bedoya fue un crimen premeditado. Mi padre escuchó los gritos de auxilio de su esposa y luego el par de disparos de gracia. Eran apenas las nueve de la mañana. Había llovido toda la noche y ese domingo el amanecer prometía paz, sosiego, relajo. Durante la breve escampada de las ocho mi padre fue hasta la esquina a buscar los periódicos. Apenas la gruñona señora Fina desempacaba los rollos de la prensa que le acababa de dejar el repartidor, con otro paquete de revistas. Siempre fue su rutina sentarse a desayunar y mirar los titulares. Se caía la Unión Soviética. El comunismo tambaleaba y mi padre no se lo podía creer. Él tan comunista, tan de batalla, tan afebrado en su posición política caribeña, justo donde el comunismo fue una utopía, un sueño mal vendido, un campo de batalla desigual frente a los gobiernos de derecha que masacraron guerrillas urbanas y de montaña, torturaron líderes de izquierda y desaparecieron a intelectuales progresistas.

Los corceles del comunismo caribeño tenían perdida la carrera de antemano. Los cuerpos de inteligencia del Estado

los habían fichado, y allanaban cuanto tarantín presumieran un taller clandestino de linotipo, de propaganda subversiva, lugar de reuniones, escondite de armas o refugio de prófugos. El señor Bedoya financiaba parte de las acciones de los comunistas del oriente, pero él no se involucraba en nada de manera directa. No hablaba de política, no guardaba en su casa material comprometedor, esquivaba los pasquines artesanales que promovían la toma de poder por las armas y era un ciudadano más, dedicado al comercio, al trabajo y a los caballos.

Mi padre tenía una buena siembra de aguacates en el amplio patio de su casa. Los frutos compensaban, con su generosa abundancia y fácil venta, las derrotas del comunismo y el fracaso de los caballos. Los vecinos acudían constantemente a comprarle a mi padre los pomposos aguacates y los dulces de coco que hacía su mujer, una negra blindada de amor y generosidad, cariño y amplia sonrisa. Durante los más de veinte años de separación entre mi padre y mi madre, ella asumía un rol materno cuando yo los visitaba acompañado de mi hermana, o nos quedábamos a dormir con ellos un par de días. Toda la artillería política del viejo pasaba por mis orejas, fundamentalmente porque sabía que yo estudiaba Letras en la universidad, y que tenía algún vínculo con los movimientos estudiantiles de izquierda. Por eso no vaciló en vaciar en mis narices sus angustias y férreas reflexiones sobre lo que él llamaba «la plasta de la perestroika» y el «bodrio del glásnost». Caso aparte era su ateísmo, pues, lo picaba una abeja en el glante si nos oía decir «Si Dios quiere» o «Gracias a Dios», que eran frases del común, del día a día de todo el mundo, en todo el mundo.

El señor Bedoya oía en silencio las disertaciones de mi padre dentro de su camioneta antes de llegar al centro hípico. Era un monólogo sin pausas. La lectura de una sola voz. Mi

padre abarcaba por igual los vaivenes internos de Estonia y Letonia, como de Paquistán y Afganistán; la victoria de Boris Yeltsin con el 57% de los votos aquel 12 de junio de 1991 o el nuevo Tratado de la Unión del 20 de agosto. Cuatro años antes, durante la firma del tratado de eliminación de Fuerzas Nucleares Intermedias entre Mijaíl Gorbachov y Ronald Reagan dijo, de manera tajante, «Ahora la pulga y el piojo están haciendo fiestas. Esto es el colmo». También la caída del muro de Berlín en 1989 le había dado dolores de cabeza por mucho tiempo. Por eso Bedoya no interfería en su radicalidad, su postura de una sola costura, su cejo entrecerrado por una sola vía: la extremista. En cualquier otro asunto mi padre era ecuánime, excepto en esa cuerda de dos puntas: la política comunista y el ateísmo o la religión. Al fin y al cabo, son una misma cosa, decía.

Quizás para aliviarlo un poco de esa presión y las angustias del fracaso hípico-político, el señor Bedoya le quiso hacer una generosa compensación: «Señor Jaime, tome estos cobritos y júéguelo todo esta tarde al caballo Catire Bello, porque va a ganar el Clásico y la Triple Corona. Eso sí, no le diga a nadie que va a hacer esa jugada. Usted me devuelve nada más los cobritos que le estoy dando, y la ganancia es para usted». Mi padre aceptó el capital, entre dudoso y resignado. Pero aquella tarde sus ojos brillaron, su frente fue un sol, su sonrisa un manantial de oro y su rostro tuvo por fin el color de la alegría. El entrenador Iván Calixto se convirtió en un Dios y su jinete Douglas Valiente una estrella. El milagro había ocurrido, y por un momento la mirada de mi padre se cruzó con la del señor Bedoya, apenas el potro remató la línea final en medio de la gritería del público. En la esquina de Bedoya saltaron por los aires las cervezas, como mariposas de licor, y en la esquina de pobres de mi padre saltaron los efímeros sueños de una tarde gloriosa.

Mi padre no tenía teléfono pero el señor Bedoya sí, en su tienda y en su casa. Los cuerpos de inteligencia se los habían intervenido desde poco más de dos años. Mi padre ignoraba que un grupo de árabes y el señor Bedoya utilizaban un depósito de mercancías de sus negocios para reuniones clandestinas de alto nivel, fundamentalmente con extranjeros de izquierda que entraban encubiertos al país. Dos de ellos eran rusos de apellidos comunes, ИВАНОВ (Ivanov) y ПОПОВ (Popov). Un vasco de apellido Itbarrexta y un grupo de árabes de nombres Abdel Fattâh, Husayn Hud, Saïd Salâh y Wazîr o Wakîl, entre otros. Unos chilenos, unos cubanos y otros colombianos, completaban aquellas tertulias anónimas. Mi padre ignoró tales cosas hasta el día del homicidio de su incomparable vecino.

Al parecer, dos sujetos con equipamiento militar ingresaron a la quinta del señor Bedoya entre las 2:00 am y las 3:00 am, durante el copioso aguacero del frío amanecer, y mataron a sus dos dóberman sin hacer ruido. Quizás utilizaron dardos o gases venenosos. Los canes murieron por envenenamiento instantáneo. Sorprendió que la policía haya desaparecido a los perros sin que antes se practicara un examen profesional, por un veterinario o algo así. Los sujetos sometieron a su esposa, la amordazaron y le dieron fuertes golpes en la cara. Requisaron todo y hasta lanzaron al suelo algunos fajos de dólares que el señor Bedoya utilizaba para sus viajes al exterior. También las joyas de oro, de inútil adorno que su esposa relucía en los encuentros sociales, quedaron esparcidos y terminaron como botín de trabajo en los bolsillos de los policías e inspectores que acudieron al levantamiento del cadáver, a la misma hora que empezaban sus carreras matutinas los corceles de ese domingo. «Deme los documentos, comunista del carajo», según inquirían los invasores. «Aquí no hay nada. No me hagan daño», según, suplicó el sorprendido señor Bedoya.

Pero de nada valieron esos testimonios de su esposa, ni ningún otro testimonio.

Mi padre vio salir aquel cuerpo horizontal dentro de una furgoneta fingiendo tumbar aguacates, mojado por una mala garúa, con la mente puesta al mando de un tanque de guerra, de un avión supersónico, de una ametralladora potente capaz de echar por tierra a este sistema podrido y corrupto, según decía, que merma las dignidades humanas. «Las falsas democracias son el peor engaño que existe para someter a la humanidad», decía. Sus reflexiones en torno al capitalismo y las invasiones territoriales de las potencias del mundo enrojecían su rostro blanco, exacerbaban su facundia hilarante y templada, le transformaban en el soldado de una batalla solitaria que deambulaba como un fantasma por la historia, arrojando lanzas, esgrimiendo sus espadas, dándolo todo por una causa que presumía perdida.

De igual modo desenterraba las guerras de independencia y los mártires de ultramar, prefigurándose un cabo en la batalla de las guerras civiles. En sus células se anidó un soldado irreal, que no existió, pero que anduvo ahí, en su sangre, como un gen decidido a vencer o morir por la verdadera humanidad. Tal era su virtud de la justicia y tal era la dignidad de su credo. Por ello quitó libros prestados, guardó en unos cajones viejos recortes de prensa de unos hechos políticos y sociales que la internet redujo a escombros virtuales. Su hemeroteca de pobre sucumbió a la polilla y al fuego, una vez que vendió la casa y se alejó hacia el lago de Maracaibo.

El cáncer uterino que diezmo la salud de la mujer de mi padre consumió su interior de un modo voraz. Apenas rondaba los sesenta años. Su cuerpo no daba síntomas del mal. El diagnóstico ocurrió a destiempo, o tal vez ella acalló el dolor físico para no sumar desesperanza a los avatares del infortunio y las carencias de mi padre. Sin la compañía del

señor Bedoya, la vida en común se les tornó ácida y lejana. Los caballos no llenaban ya el saco de los sueños, no tenían la ilusión del fortuito golpe de gracia para alcanzar la vida tranquila, la vida justa de los mínimos placeres consumados para el bienestar y la solvencia. Solo aquellos árboles derrochaban flores y extendían sus frutos, y dentro de la casa, en una esquina, la nevera de antaño medio pelada y amarillenta permitía conservar en frío los helados de coco, los de mango y los de parchita para esperar cada tarde a los muchachos que bajaban de la escuela con un único propósito: canjear sus golosinas por la fantasía de una edad que también se volvió polvo como el cuerpo de mi padre: «Señor Jaime, señor Jaime, un helado de coco, un helado de mango y otro de colita».

Al atardecer venían a su casa las señoras de la vecindad a comprar los dulces y las tortas, o a dejar un fajo de ropa para planchar. Hacia la media noche terminaba la mujer de mi padre la tarea del planchado, y apenas amanecía entregaba los trapos metidos en ganchos. Luego se dirigía al mercado municipal, preguntando precios y escogiendo las menudas y económicas verduras, las cebollas del remate, los ajos menos costosos, los aliños que casi se iban al cesto de la basura. Era un ritual piadoso entre ella y los comerciantes. «Llévele estos huesitos al señor Jaime para una sopa». «Estos plátanos maduros se los envío yo al señor Jaime y me lo saluda». Con el sencillo restante le compraba la revista hípica de la semana y el diario nacional que más contenido ofrecía de tipo político. Con suerte alcanzaba para los panes o el chimó. Los huevos del desayuno los proporcionaban tres gallinas de engorde que estaban enjauladas al lado de la letrina y la cepa de caña de azúcar. Las demás cosas de la manutención advenían casi siempre por azar.

Mi padre, el señor Jaime, limpiaba con las manos las yerbas del patio. Una a una arrancaba las malezas y daba forma

circular a las ramas tendidas de las batatas. Igual cortaba los bajeros de los plátanos y los bananos, mientras le encargaban de antemano los racimos que se vislumbraban desde el borde de la calle, entre el alambrado y las espinas de las trinitarias. De menudo, alguien llegaba a entregarle un periódico comunista titulado *El Gallo Rojo*, o esporádicas cartas que el correo nacional traía hasta el destinatario con varios meses de olvido. Nunca se supo nada de los remitentes, y quizás fueron cartas perdidas de otros mundos que llegaron a sus manos por insólitas aventuras.

Mi hermana y yo solíamos visitarlo con más frecuencia durante las vacaciones escolares. Notábamos su impresionante esfuerzo más darnos de comer y que sintiéramos que cumplía con el patrón de un deber paternal que sabía perdido o trágado por las rémoras de los fracasos existenciales. Tanto como sus carreras de veloces corceles y sus añoranzas de un sistema político herido de muerte a miles de kilómetros de distancia. Por nuestra parte, tratábamos de comportarnos entre los linderos del cariño y el delgado hilo de esa veta abierta a la paternidad por azares de la vida, pues, sabíamos que ese fue el padre que nos tocó para venir a este mundo, y era el que teníamos frente a nuestros ojos. Su rostro de anciano, de pensante, de ser dolido por los golpes de la pobreza y de la ira de Dios, semejantes a los golpes de César Vallejo en su hora más oscura, nos fue dibujando un mártir, un guerrero vencido por sus propias batallas imaginarias, por la infortuna de su lúdica desesperanza, y por la historia también.

La viudez de mi padre mermó sus últimas fuerzas vitales y precipitó sus derrotas postreras. No quiso venirse a vivir con mi hermana en Anaco, ni conmigo en la isla de Margarita. La tristeza hizo que su cuerpo asomara un bulto de huesos pronunciados en cada articulación y sus venas a reventar cruzaran su frente. También la ceguera lo acogotó. Tenía un par de

operaciones oculares y grandes lentes culo de botella. Visto de frente, sus ojos eran inmensos y vacíos. En secreto jugué las loterías con la ilusión de entregarle algún día una parte considerable del gran premio para aliviarle la vejez. Nunca he dejado de jugarlas.

Un doctor amigo suyo le compró la casa y no supo decirnos para dónde se había marchado el señor Jaime. Alguien oyó decir que se iba hasta Maracaibo, y enteró a mi madre, porque suponía que tenía un familiar lejano en esas tierras. Inútilmente recorrió los 1.142 kilómetros en autobús para volver a los dos meses a internarse de anónimo en el asilo de ancianos del pueblo. De ahí se lo llevó la muerte para sembrar sueños y utopías más allá de la historia, como un grano de maíz perdido en el desierto. Los blancos corceles de las altas noches sin luna le animan, junto al señor Bedoya, a levantar las cervezas más heladas ante el gran clásico hípico de las estrellas, al fondo de una constelación oscura e infinita.

Lo parió la abuela y nació triste

La historia de Bernardo Enríquez no tiene las glorias ni las bonanzas tan dulces que siempre disfrutaron sus primos David Alejandro y Benigno Andrés. La venta de coches de sus padres se les presentó como la más envidiable suerte cuando tenían ya los dieciocho años de la adolescencia y obtuvieron la licencia para conducir. Por el contrario, el viejo taller de herrería de don Girófano abundaba en peroles arrumados y equipos de cortar, bombonas de gas etileno, mangueras y tubos, con un ruido infernal y la calor por las nubes. Aunque eran miembros de una misma familia, los Quesada Alonso, la balanza de la fortuna guiñó más hacia un lado las verdes y dejó del otro lado las maduras.

La historia dentro del colegio común, que siempre compartieron estos primos, estuvo igualmente abarrotada de desproporciones. David Alejandro y Benigno Andrés se hicieron reyes de los deportes, del fútbol local principalmente, y también de las bicicletas. Demás está suponer que el cuerpo débil y casi que enjuto de Bernardo Enríquez deslucía ante las

piernas sólidas y los brazos templados de sus primos David Alejandro y Benigno Andrés por el bulto de los bíceps y los tríceps devenidos del rigor del gimnasio y las pesas. A cambio del arrollador esfuerzo físico de esa compostura, se ganaban las risas, los mimos y los besos de las chicas más guapas del colegio. Los profesores y las profesoras los consentían con inusual ventaja. También el director aceptaba sus donaciones tan generosas para contribuir con el mantenimiento de la infraestructura de la institución. Además, estos primos eran brillantes en sus estudios, cantaban y dominaban el inglés con una destreza increíble. Hacían un dúo con la guitarra eléctrica y la batería que les abría las piernas a las chicas y las derretía con solo mirarlas. Ellos solos eran un *show*.

Vistos así, cada mañana y cada tarde, los primos de Bernardo Enríquez eran lo más parecido a una película juvenil salida de los estudios de la Universal Pictures, de la Columbia Pictures, de la Metro-Goldwyn-Mayer, de la Paramount Pictures, de la Warner Bros o de la 20th Century Fox. Pero detrás de estos nombres tan famosos y notables estaba su sueño de ser un guionista prestigioso y ganar el Premio Oscar al Mejor Guion Original para codearse con los grandes de la industria. Sin embargo, la realidad era cruel, y sus primos ya estaban viviendo su propia película dentro de Hollywood. Eran las estrellas. Se parecían a Vinicio del Toro y a Antonio Banderas. ¿Podía convertirse él en un Javier Bardem o acaso en Eduardo Noriega? ¡Sin dudas que no!

El coche de don Girófano daba pena por las calles. Tenía abolladuras en todas partes y lucía pelado. Era un viejo perol de trabajo, de cargar cosas, de vivir el sacrificio diario. Cierta día quiso que su hijo lo condujera para ir al colegio, pero Bernardo Enríquez se ahorró esa auto-humillación. De menudo le cambiaba el aceite y trataba de reparar las luces porque sentía una gran motivación por el mundo de los autos,

producto quizás de su grande pasión por las carreras de la Fórmula Uno. Se había constituido en un fanático cinco estrellas en su completa soledad interior.

Su madre había muerto durante el parto y se tuvo que conformar con retratos de época que mostraban a una mujer guapa, de rostro limpio e impecable, feliz en sus expresiones, bien peinada y sonriente como una actriz de Hollywood. Por eso quería alcanzarla precisamente allí, donde suponía que estaba brillando como una estrella. Por cuentos de consolación o por atributos impuestos escuchó decir que era una mujer muy, pero muy inteligente. Solo que no estudió nunca, no desarrolló sus capacidades ni tuvo oportunidades de nada, debido a la excusa existencial de siempre, de que «los tiempos de antes eran otros, hijo». Cada vez que escuchó esa frase tuvo ganas de escupir y correr, alejarse y no volver nunca, convertirse en una bala, en un bolido, en ave migratoria. En viento.

La abuela de Bernardo Enríquez venía de otra galaxia. Tenía, sí, toda la dulzura del mundo, todo el amor, toda la inocencia. Era sobreprotectora. Esto pesó mucho en su carácter de niño, de cuando debió jugar a los guerreros y aprender a pelear en la calle, y trepar árboles y darse una buena matada; conducir bicicletas a todo galope colina abajo hasta pelarse los codos, y deambular por los montes como un explorador que desafía el peligro y vence el miedo, pero no tuvo permiso para hacer nada de eso. La falda de la abuela fue muy corta mientras lo arropó en un manto de protección que contribuyó a su aislamiento.

La abuela debió vivir lejos como viven otras abuelas del mundo, para tener la excusa de ir a visitar y poder viajar largos trechos como en una aventura. Don Girófano se convirtió en el miembro rebelde y pobre de todos los Quesada Alonso, hasta que los Quesada Alonso terminaron por olvidarse de él, o peor aún, lo ignoraron. Su carácter arisco y

cimarrón le impedía aceptar préstamos, y «dádivas económicas» de nadie para montar empresas o crear grandes negocios. «Prefiero comer con lo que me dan mis propias manos», dijo un día, mientras la rueda de la fortuna giraba lentamente en reversa en derredor suyo.

La comarca se pobló y llegaron nuevas gentes, la campiña embelleció y su casa quedó mustia y apagada, los autos nuevos aparecieron y el suyo murió de antigüedad. Los Quesada Alonso se hicieron poderoso consorcio del ramo inmobiliario, y hasta de las ventas de coches nuevos, del lujo. Compraron yate y viajaron. En menos de siete años sus primos David Alejandro y Benigno Andrés se conocieron a los Estados Unidos, a Venezuela, a México, a Panamá, la República Dominicana, a la Argentina, París, Londres, Roma, Beijín, Sídney y Abu Dhabi, entre otros rumbos. Eran lo más parecido a unos *playboys*. En cambio, él se tuvo que conformar con complacer a su padre, y recién terminó un máster en Ingeniería Industrial sin fines a la vista, pues, su corazón y su mente andaban muy lejos de cualquier desempeño empresarial en la metalurgia y afines.

Ese viejo taller de su padre, don Girófano no se convertiría nunca en el lastre de su alma, en el martirio de su existencia ni en la herencia de sus desventuras. Ya había logrado terminar un curso *on line* de guion de cine con la empresa Guion-TV-Cinema Corp., logrando un completo dominio de las técnicas de elaboración de la historia, la estructura del guion y sus aspectos formales, las fases de la escritura, los personajes y el *software*, así como el análisis y algunos procedimientos básicos para la venta o ubicación en el mercado de este trabajo de producción.

En el cofre de los fracasos guardaba, con absoluto secreto, tres intentos fallidos de películas de acción. Las había escrito en las noches, en el alto silencio de la campiña, completamente

dominado por el insomnio vital que lo oprimía noche a noche a pesar de las pastillas y las terapias de su sicólogo. Por otra parte, la ruptura con su novia Andrea Patricia fue inevitable, puesto que no soportaba «el mundo tan solitario, tan intelectual» del pobre de Bernardo Enríquez. Ella prefirió unirse a un futbolista muy guapo de la segunda división, virtualmente un prospecto del mediocampo, que de seguro ficharía para un gran equipo de la primera liga muy pronto. Por eso, en la cuenta de las batallas perdidas de la vida —del día a día de la vida—, él había asumido con mucha madurez y templanza que no tenía sentido resistírsele al destino ni perder las fuerzas tratando de contenerlo. Cuando las cartas de la vida están echadas no hay otra posibilidad distinta a la de aceptarla tal cual viene y tal cual va.

La cuarta película de Bernardo Enríquez sería, sin dudas, un éxito consumado. Así lo esperaba con ansiedad y puso tanto empeño en escribirla, en inventarla, en suponer tramas y planos, en vencer sus frustraciones y soledades para acceder a la fama y al glamour que sus primos tenían gracias al dinero y la facilidad de fortuna, que sus nervios se crisparon, su aparato biológico colapsó, estallaron sus neuronas y se lo consumió una anorexia restrictiva que lo sedujo hasta el ostracismo más radical, «sin probar bocado», según dijo el médico. Don Girófano parecía no entender nada de la salud de su joven hijo.

La abuela ya estaba tan mayor que tampoco tenía conciencia de su propio estado de salud. Apenas alcanzó a decir que lo de Bernardo Enríquez era una gripa sin cuidado, que ya se le pasará. Días después amaneció dormida y no despertó jamás. Meses después, el aviso de venta frente al taller de don Girófano se cayó por acción del viento, y también fue olvidado en medio de aquel rincón de la gran ciudad, tan expandida, tan luminosa, tan avanzada y moderna, que si algún triste quedó

enterrado en un manuscrito de cine poco sabían los vecinos ni aquellas gentes tan sumidas en sus rutinas domésticas.

En la mesita de noche de maderas peladas de aquel humilde cuarto de Bernardo Enríquez estaba el gran mazo de papel del volumen original de su guion cinematográfico con un curioso título: *Lo parió la abuela y nació triste*. Los detalles de la escritura eran impecables. Sobre el texto destacaba una lista a mano de guionistas famosos de Hollywood como Mario Puzo, Howard Koch, Francis Ford Coppolla, Orson Welles, Herman y Joseph Mankiewicz, Marshall Brickman, Billy Wilder, Paddy Chayesfsky y Charles Brackett, entre otros. Un sobrecito azul decía en letra manuscrita de oro: Para Woody Allen.

La rúbrica contenía una sinopsis de la historia:

La madre de Alejandro Steimberger padecía un cáncer terminal y murió durante el parto. Los maltratos de su padre hacia él y su progenitora, por efecto del consumo de drogas y alcohol, convirtieron sus vidas en una pesadilla. Su padre era un obrero de herrería bonachón, corpulento y eficiente, que perdía los estribos en los bares, y tenía perdida la cuenta de las veces que estuvo preso por alterar el orden público y afectar las buenas costumbres. Su abuela paterna vivía con ellos y fue quien lo cuidó desde chico sumiéndolo en su peor desamparo: el de la soledad. Sin embargo, lo crio como si lo hubiera parido. La historia contrasta los cambios que experimenta el mundo allá afuera mientras internamente su vida se consume en la inanición, la locura y los sueños. Dos veces intentó suicidarse. Después mató a su padre por venganza e hizo parecer los hechos como un accidente. La abuela también murió al caerse accidentalmente por una escalera mientras intentaba alcanzar una botella de vino. En fin, una historia de cine digna de filmar y desarrollar de acuerdo con aquel guion que nadie vio nunca, que ningún director tomó en cuenta jamás

para probar una escena, que ningún utilero ni asistente de producción, ni camarógrafo ni artista de los efectos especiales pudo poner en órbita para que la gran película de Bernardo Enríquez se exhibía en todos los cines del mundo a sala llena, y ganara el Oscar, el Cannes, los Globos de Oro, los Critic's Choice, los Goya, los Lumiére, etcétera. Hasta la portentosa escena en la que dos jóvenes de vacaciones, de lo más divertidos y de lo más parecidos a sus primos David Alejandro y Benigno Andrés, se estrellaban contra el guardarriel de una autopista alemana en sentido Dortmund Bad Nenndorf a bordo de un Lamborghini Aventador, se quedó en el tintero de aquella humilde mesa de guionista anónimo, a la espera de su gloria definitiva.

El posterior hallazgo y el casual descubrimiento de esta obra maestra de Bernardo Enríquez se debe a un colector del aseo público; quien tiempo después encontró el bulto de la copia del guion debajo de la estatua de Woddy Allen en Oviedo, Asturias, con la dirección postal de este director en Los Ángeles, y decidió enviárselo por el correo postal más económico de España.

Cuando Woddy Allen lo leyó, decidió tomar de inmediato un avión para pasar el Atlántico y firmar el contrato con el pobre de Bernardo Enríquez, pero quizás iba a llegar un poco tarde, pues, ya este estaba en la fase final de los preparativos de su definitivo intento de suicidio. También su padre, don Girófano, había muerto semanas atrás en lo que aparentó ser un accidente doméstico, según el informe de la policía.



Niños en el recuerdo

*Para Gonzalo Sánchez Chávez,
hijo de Ramón Palomares.*

Los niños comían jabón y masticaban hierbas como las vacas mucho antes que la abuela Fe María se diera cuenta y los castigara a palos. Pasaban las noches con vómitos y un caldo azul espumoso subía por sus tráqueas antes de caer inconscientes en los brazos de la anciana. Ochenta y seis vueltas existenciales de trescientos sesenta y cinco días más las ñapas de los bisiestos que nadie recuerda ya, le confieren ese grado de senectud. Su cuerpo, sin embargo, guarda escondidos al menos veinte pasos de sol y luna entre lo más dócil de la piel. Su rostro es encantador, sus ojos cristalinos un pastel recién cortado, sus manos una flor de lirio al amanecer y su voz es cosa de otro mundo. Provoca desmayarse en sus brazos infinitamente. Toda su vida, desde que dio los primeros pasos, comió cebollas. No ha parado de comerlas ni un solo día y las mantuvo como equipaje donde quiera que fuera.

—La cebolla tiene el único secreto posible de la eterna juventud.

—Pero cargas encima ese olor a azufre que te espanta los hombres —le dijo en algún momento su hermana Yolanda,

cuando Yolanda aún era virgen y soñaba con ser poseída por los fuegos varoniles. Toda su cabeza giraba en torno a ese deseo desconocido.

Los hombres no se espantaban por el olor a cebolla de la hermosa Fe María. Era su rostro lo que les causaba mucha impresión. La veían como un ángel. Sus brazos delgados y largos, sus piernas tan blancas y débiles, su cintura tan estrecha y su tronco largo creaban la ilusión de la fragilidad. Nada más incierto.

Su hermana ya había cumplido los dieciocho y luchaba consigo misma para deshacerse de la virginidad por amor, y no por capricho, pero le resultaba afanoso enamorarse de quien en verdad se enamorase de ella. Era necesaria la correspondencia para evitar sucumbir al simple contacto carnal, al mero fragor físico momentáneo para fraguar aquel trofeo tan íntimo. Soñaba que hubiera besos furtivos y flores, poesías y canciones, que las manos se ataran entre sí en una carrera loca como en las películas sobre el descampado de las praderas, y que aquel ser varonil tuviera una sonrisa de oro, de diamante, como de alguien caído de los cielos.

Sus mundos tuvieron dos matices, al menos, desemejantes y fértiles.

Yolanda parió siete muchachos de cinco machos distintos, y su hermana Fe María, otrora frágil y escurridiza, se tornó rellena, espigada, voluptuosa y atractiva como la que más; madre también de cinco cachorros comejabones, hijos del mismo padre, que Dios lo tenga en la gloria.

La diversidad que probó Yolanda al aparejarse con el género opuesto se debió a la cacería inicial de un veterano de mil mañas que fue perspicaz y zorro en la primera seducción de aquella adolescente abatida por las premuras del cuerpo y el espigamiento de la vulva juvenil.

Se trató de don Casimiro Cienpelos.

Su cabeza enorme le ganó destellos de humor colectivo, distrajo a unos cuantos chicos zagaletones y asustó a los más caprichosos y débiles porque la enorme cabeza de don Casimiro asustaba de solo verla. Su pronunciada calvicie evitaba el daño total con unas gamuzas blancuzcas que nunca se cortaba y que se habían torcido detrás de las orejas como cachos de búfalos africanos.

Un borracho del pueblo de lo más ocioso aprovechó que don Casimiro estaba concentrado en rematar una partida de dominó y le contó los entortijos de la cabellera y dio exactamente cien pelos. De este modo don Casimiro Buenavides pasó a ser don Casimiro Cienpelos, un hombre casado con una señora gorda que nunca salió de su casa y de quien se dice que parió hasta que perdió la cuenta.

La casa de ellos queda —aún queda, porque a lo lejos, en la montaña, se divisa gente que entra y sale de la casa— bastante alejada. Al viejo se le veía la cara porque traía verduras y flores para vender, también unas gallinas que debieron ser hijas suyas, no solo por el volumen del cuerpo, sino por las enormes cabezas de los animales; los huevos que ponían nada le envidiaban a los de las avestruces, pues pesaban hasta un kilogramo y la gente de familia numerosa comía toda de una sola ñema gigante. Solo que la gente del pueblo no sabe aún qué es un avestruz, porque nunca han visto esa ave, ni se la imaginan.

—Te traje estas flores para que te calmen esas calenteras que sientes en las noches en tu cuerpo, por ahí, entre las piernas.

—¿Y cómo usted sabe eso, don Casimiro?

—Dime Casimiro nada más, mi linda. Yo sé muchas cosas y también te las puedo curar. Mira, esta noche sancocha estas flores en un poquito de agua y cuando se enfríe te las tomas y después me cuentas.

La primera noche que Yolanda probó el bebedizo la arropó un sueño dulce y plácido y vio por primera vez los destellos de

oro de un palacio real. Estaba vestida de princesa y hasta podía volar como las hadas. Las flores la cobijaban en un mundo feliz tendido a sus pies. El cielo era policromático y había pasteles en todas las paredes. Al despertar no pudo contener las ganas de llorar, ni pudo reprimir el deseo de salir corriendo para buscar a don Casimiro Cienpelos y contárselo todo. Pero su hermana Fe María le dio alcance cuando se enfilaba cuesta arriba en busca del viejo, y la detuvo lanzándosele a los pies.

—¿Por qué sales corriendo como perro envenenado?

—Porque pude soñar que era feliz por primera vez en mi vida. Y todo gracias a don Casimiro.

—Déjate de espavientos que ese viejo tiene malicia y tú no sabes qué intenciones se trae contigo.

Tres días tardó Yolanda en saber de esas intenciones y no le puso freno sino que se dejó llevar hacia ese castillo soñado sin poner peros, dócil y gozosa como la que más, cuando el viejo le cambió las flores por unas ramitas que quitaban el sueño y daban insomnio libidinoso.

Primero sintió el calor general en el cuerpo, después pequeñas punzadas en los senos, luego se masturbó por primera vez frotándose el clítoris hasta la hinchazón y finalmente experimentó un orgasmo desconocido y pletórico que la dejó muerta de risa hasta el amanecer. La segunda noche el bebedizo fue más artero y el dedo anduvo entre la vagina como un pececillo en un riachuelo. La tercera noche cumplió con la recomendación de don Casimiro Cienpelos:

—Déjeme la ventana entrecerrada, ajuste bien la puerta, tienda las sábanas en el suelo y aleje de ahí los corotos que pueden hacer ruido si se caen. Se baña bien después que se tome el guarapo y me espera desnudita. Hoy va a conocer la gloria.

La gloria le tocó la puerta esa noche tres veces.

Ya al amanecer, bajo una lluvia torrencial que se trajo medio cielo a tierra de un golpe a la vez, don Casimiro se enfiló

hacia su casa empapado en sudor y lluvia, feliz con aquella felicidad de Yolanda que se comportó a la altura de la descomunal carga de los embates de aquel órgano desproporcionado como la cabeza de su dueño.

—Un hombre así era justo lo que yo había soñado —le dijo Yolanda a don Casimiro en la despedida—, denostando arrojo y valor.

Esa única vez le dejó un hijo, el mayor, Arturo, quien se hizo llamar luego El Rey, de modo que lo motearon como El Rey Arturo.

Aquel semental tan discreto y misterioso no pudo negar el hijo tan parecido suyo como un retrato hablado. Sin embargo, nadie le complicó la vida con las diatribas de la paternidad y, en lo sucesivo, Yolanda parió cuatro hijos más, tres de ellos de hombres ajenos y sangres y razas diversas. Hasta un inglés de paso en una constructora cercana arrojó en sus entrañas aquellos genes trasatlánticos que distinguió a la familia con un catire robusto y bonachón al que pusieron por nombre Richard. El otro hijo de don Casimiro Cienpelos fue el tercero a la cuenta de Yolanda. Por extraño que parezca, ella empezó a tener pesadillas orgiásticas con el anciano y sentía que este la poseía como un demonio, y cuando se lo consultó en persona, don Casimiro fue lineal y preciso:

—Esta noche espérame en tu cuarto para curarte eso. Si no lo hacemos así, vivirás el resto de tu vida con esas pesadillas, aunque yo me haya muerto.

Un mes después don Casimiro Cienpelos murió. Amaneció estirado en su catrecito, y su nuevo hijo nunca pudo conocer a aquel padre de quien heredó una cabeza singular. Al detalle de las desproporciones craneanas, el niño Alfredo Rafael Casimiro tuvo una singularidad congénita, por decirlo así, a falta de otro término. La platabanda de su cabeza era un planchón blando como un caparazón de tortuga recién

nacida. Es decir, su mollera gigante, dada la falta de endurecimiento de la fontanela anterior y posterior, creó una placa solar semejante a un cristal refractario.

Esta anomalía —a falta de otro término— estuvo ligada a otro detalle: el niño se asoleaba la cabeza como los zamuros cada mañana y se regaba agua sobre la mollera y se ponía nuevamente al sol cada vez que lo requería. Esto ligado al mal hábito alimenticio y las buenas condiciones de salud que exhibía desde el primer año de nacido cuando empezó a caminar y a buscar el sol, hicieron deducir a la familia que Alfredo Rafael Casimiro vivía de fotosíntesis como las hojas de los árboles. Sin embargo, ese misterio desapareció del mapa de la tierra sin que diera tiempo realizarle un estudio serio, porque a los once años atrajo el rayo de una tormenta eléctrica de invierno que impactó sobre su testa solar, y del cráneo solo quedaron fragmentos esparcidos. Realmente fue una lástima.

Un vendedor de verduras, frutas y hortalizas que eventualmente pasaba por el pueblo conquistó el corazón de mujer de Fe María y le prodigó una vida tranquila, con hijos consecutivos y comejabones, que por suerte no heredaron en la dermis ni en la epidermis el olor a cebolla de la madre.

A pesar de tener la misma edad cuando decidieron vivir en pareja, es decir, 24 años, el finado Leoncio Palomocho del Santísimo Rosario, a quien por gracia divina le decían Leo a secas, envejeció prematuramente y murió de infarto al miocardio cuando apenas había trasvasado los cincuenta y dos años. Su mujer seguía siendo, a esa edad, la reina viva más atractiva en muchos kilómetros a la redonda, y lucía los atributos prodigados por la magia rejuvenecedora de las cebollas, como una simple treintañera. La viudez, en lugar de pasmarle el rostro junto a los rigores de la edad, la cinceló y adornó como una reina de tercera edad escapada hacia a la adolescencia.

Por suerte, el hijo mayor continuó el trabajo de su padre Leo y en casa no faltaron nunca las cebollas. Tres nietos destrozaban a su paso cuanto se les cruzara por delante y era común percibirlos echando espumas por sus bocas, como los sapos, después de comerse los jabones de baño y los de lavar los trapos diarios. La abuela les preparaba purgantes cerreros para obligarlos a abandonar el mal hábito, pero los muchachitos tenían un estómago de hierro, y ningún propósito de higiene a mandobles les cambiaba la maña.

Leoncio Palomocho del Santísimo Rosario o Leo a secas era conocido también como el huérfano de la Galera. En sus tiempos de niño, su padre y unos tíos suyos se masacraron a machetazos por el dominio y la posesión de unas tierras baldías con una familia numerosa, violenta y nada educada: Los Semprunes. Estos decapitaron sin piedad a su familia directa incluyendo a su madre, a quien cercenaron frente al fogón del hogar, y Leo se salvó porque andaba paseando en burro con su padrino Tiburcio en busca de unas vituallas. Tenía seis años. Nunca olvidó el efecto macabro del reguero de órganos de la matanza familiar, y hasta el día de su muerte nunca se le conoció un acto de violencia en público quizás porque ya la había visto toda, tan drástica y prematuramente.

Su espíritu dócil y su vida dedicada al trabajo y a la juventud encebollada de su amada solo se interrumpieron por un mal brinco de su corazón. Eso sí, dejó aquella casa grande rodeada de árboles y buenas sombras para el beneplácito de su prole que nunca abandonó ese nido, sino que se sumó en casas conexas a ese espacio germinal, de modo que las buenas y malas costumbres de unos se empataban con las de los otros. Cinco hijos varones, dos esposas de estos y tres nietos acompañaban a aquella joven anciana que veía sin control a aquellos sapitos humanos derrochando espuma por los corredores haciéndoles maldades inenarrables a los animales domésticos.

—Estas criaturas no son de este mundo —se dijo para sí, resignada.

Ciertamente las criaturas removían cielo y tierra para darle rienda suelta a su ocio, y una tarde se pusieron a jugar bolas criollas con los huevos de avestruz de las gallinas del finado don Casimiro Cienpelos. Los golpeaban con fuerza y no se rompían. Traban de adivinar si dentro de esas conchas de acero blanco estaban metidos unos pollitos enormes como los perros de su casa. Al final de la tarde desistieron, cansados por el peso de las bolas calcáreas y decidieron enterrarlas. Una semana después intentaron desenterrarlas, pero notaron que se las había tragado la tierra. Nunca aparecieron y hasta el recuerdo de esos huevos enormes se les terminó borrando cuando el tiempo se llevó todo al olvido y se convirtieron en leyenda, en historia, en cuentos de camino, como terminan siendo casi siempre las historias personales.

La placita abandonada y cubierta de monte de la entrada del pueblo tiene aún una estatua de yeso de don Casimiro Cienpelos, con sus mechones contados, curvados como cachos de búfalo africano, y la gente que dejó viviendo en lo alto de la colina es como de otro mundo. Es su familia porque no se supone otra cosa, pero algunos hasta piensan que son un recuerdo de ayer que se quedó latente ahí, en lo alto, como una ilusión óptica, y que tal vez no son gente de verdad-verdad.

Los cuerpos pequeñitos que entran y salen de la casa ya deberían ser adultos o mayores, a menos que el tiempo no les haya pasado por encima. A la juventud de la abuela Fe María y los misterios de la juventud de sus cebollas se suma la incógnita de aquella prole oculta en lo alto y distante, mientras el resto de las criaturas que son y no son de este mundo van pasando sus días hacia el recuerdo como si se tratara de otra vida. Y Yolanda no para de probar batallas, aunque ya tenga el cuerpo marcado por tantos trofeos de guerra y algunos pellejos colgantes donde no deben estar.

Para no aburrir la noche

I

Carmen Carolina no logró entender nunca la manía de su pie izquierdo de zigzaguear como un limpiaparabrisas cada vez que aquella mano artera y suave, de melosos dedos finos, tocaba su cuerpo en cualquier lugar. La recorría un leve temblor hasta la rodilla que le hacía vibrar el fémur, y le producía en la cadera un pinchazo eléctrico como picada de avispa, y le convertía el sexo en una fiesta. Luego experimentó lo mismo cuando la voz de ruiseñor de aquel sujeto le anunciaba el «Hola», y le ponía besos sonoros a través del teléfono móvil, en medio de frases gelatinosas como «besitos ricos para ti», «me muero por darte besitos», y otras de esa especie. La oficina del banco, de por sí solitaria, se le hacía ancha como un lago, mientras el pie loco no paraba de sacudirse de un lado a otro, esperando a diario aquella voz.

Cristina Margarita experimentaba un mundo inverso. Ninguna mano, ningún pie, ni los tentáculos del mismísimo pulpo Paúl, tan famoso durante el pasado mundial de fútbol,

le movían un pelo del cuerpo para encender el hollín del horno del deseo. Había sido infiel en cuatro oportunidades para alborotar las neuronas más nerviosas y despertar las apetencias dormidas por la moral, y no obtuvo resultado favorable para que sus endorfinas salieran del marasmo invencible. Aplicó además cada uno de los ocho pasos señalados en internet como exitosos para no aburrir al hombre, y hasta aportó métodos propios adicionales, y su sangre helada, a lo sumo, sintió esos cuerpos desgajados de pesadez por las fragorosas sesiones de las pasiones inútiles. En la Secretaría de la Junta Electoral Provincial le sobraba tiempo para descargar archivos eróticos que estremecieran su dinosaurio hormonal más recóndito, pero aquellas escenas repetidas y monótonas de los videos le parecían absurdas y bobas.

Cecilia Coromoto tenía, en cambio, un amante voraz en sus sueños. Lo tipificaba como árabe. Lo reconocía apenas cerraba los ojos y estiraba el cuerpo debajo de las sábanas. Después de consultarlo con el psicólogo, y someterse a rutinas de psicoanálisis, decidió tomar somníferos dos horas antes de lo habitual para disfrutar más aquel desvarío que extremaba los límites de la seducción y la dejaba satisfecha hasta más no poder. Tenían, además, el aditamento de la inusitada libertad de moverse sin costo alguno. Igual podían cenar una noche en París que pasársela caminando por los parques de Madrid, o visitar Los Ángeles y tenderse en pelotas en una playa del Caribe. Solo el despertador fiel al amanecer truncaba el éxtasis, pero su cuerpo deambulaba las calles hasta la oficina, y viceversa, como venido del paraíso. Su labor de recepcionista del Royal Country Hotel II se convertía en un pasatiempo desabrido, hasta que el sueño le traía su verdadera aventura, mientras el mundo daba la siguiente vuelta.

María Inmaculada no solo era la santidad en persona, sino un calvario viviente. Una experiencia de campo a los trece

años le cercenó su estado de pureza aunque no la virginidad. Dormía en su carpa individual con la entereza de su paz interior, los senitos rojizos completamente brotados a los cielos, una pierna en ángulo hacia la derecha formando el cuatro con la otra pierna estirada, y tan solo un borde de cobija sobre el pubis juvenil, cuando una mano firme tapó su boca mientras la otra mano pinchaba sus senitos de garbanzos, y tallaba sus piernas frágiles hasta apretar suavemente su vulva. Después de unos pocos minutos, aquel cuerpo malvado, de pesadilla, salió hacia la oscuridad y se perdió. No la violó, pero sintió el síndrome de los lobos malditos el resto de sus días, y hasta los veintiséis años de edad no había permitido una mano sobre su cuerpo esbelto, dorado por los soles de la piscina, moldeado por el gimnasio. Poco le importaba que la llamaran hombruna, machorra o caballa, porque además practicaba el kárate en grado de cinta negra, tal vez como precaución postergada. Su dedicación era absoluta al posgrado en ingeniería genética.

Virginia Liliana tenía un repertorio mixto que ameritaba un análisis. Había probado sus desvaríos terrenales con orientales, italianos, franceses, africanos, malayos, madrileños en par de ocasiones, un guatemalteco, un brasilero, un hindú de menor tamaño y malas proporciones, un exjugador de la NBA de los Estados Unidos, un indígena peruano, un pescador de Venezuela, un acróbata ruso, dos alemanes de Bavaria al mismo tiempo, un alpinista canadiense, y había olvidado otras peripecias de aficionados calientes por la bragueta, pero de menor cuantía porque no añadieron nada relevante a su palmarés. Su obsesión eran las posiciones del *Kamasutra*. Había logrado probar casi todo el repertorio en más de sesenta intentos. Desde la flor de loto hasta las aspas del viento su cuerpo adquiría proporciones elásticas. Desde la cruz elemental hasta la cruz noruega, pasando por la catapulta,

la tarántula y el barco de vela, su clítoris era una marioneta lanzada en un estanque de placer. La sirena voladora, la cascada y la carretilla eran juegos imposibles de evitar. Hasta que se sentó a pensarlo, profundamente, una noche lúgubre a su paso loco por Berlín. Se buscaría un enano. Conoció a varios. Pero uno en particular le dio la sorpresa mayúscula. Se había mandado a operar en Madrid. Era un burro en cuerpo de gato. La desproporción del ser y la sorpresiva holgura viril del enano, dotado además de buen humor y toques de elegancia masculina, le señalaron a ella una ruta inexplorada de grato final. Su trabajo de aeromoza había sido sin dudas su mejor cómplice vital.

II

El vuelo aéreo entre Barajas y Buenos Aires fue un paseo divino sobre los cielos en las butacas de primera clase. Así se cruza incluso el tiempo, y algunos destinos tienen la misma suerte. El concurso de la Penismap.org a través de internet tenía un propósito didáctico cuando no científico. Se trataba de estudiar las morfologías fálicas modernas, actuales, en el contexto de la globalización y las crisis de los mercados. También determinar patrones de conductas y motivación sexual previas, durante o posteriores al contacto físico. El ingrediente subconsciente u onírico tenía un capítulo de interés. Además, la organización ofrecería en detalle el Mapa Mundial de Penes avalado por la Asociación Mundial de Sexología y el World Institute of Sexology de Inglaterra, con especial énfasis en Latinoamérica, aunque ya los datos de medidas fálicas eran de dominio público. Ecuatorianos, colombianos, venezolanos, peruanos y argentinos tenían las mejores proporciones de penes. Las ganadoras del concurso, previa una rigurosa selección basada en análisis y estudios, variables

y comprobaciones científicas de diversas índoles, harían el mencionado viaje para una experiencia única. Carmen Carolina no se lo podía creer. Cristina Margarita nunca lo tomó en serio. Cecilia Coromoto tendría la oportunidad de amarse con su galán onírico después de bailar un tango de la Guardia Vieja. María Inmaculada estuvo a punto de rechazar la aventura por fobia a los aviones, y Virginia Liliana no se imaginó nunca estar ahí para vivirlo.

«El principal daño psicosocial a la mujer deriva de las prácticas y los complejos sexuales instaurados tradicional e históricamente dentro de las sociedades». Así empezó su discurso el presidente de la Asamblea de Estudios de Sexología y Experiencias de Género. «Se deslegitima el principio de la libertad y el libre albedrío en detrimento de la propia salud física y mental, instituyendo perfiles contrarios al ser. Como subespecie nos asiste el derecho de conocer, racionalmente, nuestro campo de experiencias íntimas en sintonía con la naturaleza de nuestros cuerpos, sus sensaciones más particulares y sus implicaciones emotivas más hondas, aunque sin crear vicios contrarios a los estados legales y reglamentarios que imponen las leyes y buenas costumbres». Este fue el tipo de ideas que aquel sujeto vestido todo de blanco, con gafas minúsculas redondas a medio caer, expresaba bajo un círculo de luz que abarcaba su figura y la del estrado.

El ambiente expresaba elegancia y, quizás, pecaba de solemnidad. Las ganadoras del concurso lucían elegantes, acompañadas de sus respectivas guías. Parecía un evento de quirófano abierto. Quizás operarían glándulas o senos, destaparían úteros y aplicarían cesáreas en vivo. Todo podía pasar, aunque realmente no pasaba nada. La tercera expositora sí añadió un poco más de sal al guiso. «Lo que nos interesa es estudiar los niveles de respuesta que la mujer manifiesta ante eventos inminentes de tipo sexual o psicosexual, sin que

ocurra el sexo expreso, y qué incidencias psico-emotivas tiene en las féminas la consumación del acto carnal, si este llegase a ocurrir. Ninguna de nuestras participantes tiene compromiso ni presión alguna de consumir una relación no deseada. A partir de mañana serán destinadas por separado hacia distintos puntos de la ciudad, durante el día y la noche, para estudiar sus vivencias. Traten de vivir su día a día a plenitud, a sus anchas. Y para no aburrir la noche tienen todos sus sueños por delante».

Carmen Carolina estuvo bailando el pie más de una hora desde que la invitó su asistente a tomar un trago en un bar cercano al hotel. No entendía aquella reacción fisiológica a destiempo, pues, su novio se había quedado muy lejos. No tenía en mente aventurar con nadie más. Su lealtad emocional bajaba hasta sus pantaletas, y no habría quien flaqueara esa determinación. Tampoco era ese el propósito del certamen, más dado a los estudios científicos que a los orgiásticos. Al menos eso pensó. Observó a su lado y precisó acciones eróticas que le parecían fuera de lugar, y fue al baño para un retoque. Sentía un olor en el ambiente que no le era común. Había un extraño gas estimulante añadido a la atmósfera de luces de pub, seguramente para provocar la libido, pero su olfato tenía un nivel superior de suspicacia. Le argumentó a su compañera que sufría de mareos extremos y que se fueran a caminar por ahí cerca.

Cristina Margarita prefirió disfrutar la piscina helada del hotel y unas copas mezcladas que le asentarían bien. Su asistente decidió introducirse al agua después de hacer un par de llamadas. Dos chicos de mediana edad y cuerpos galácticos entraron en escena. Saludaron sonrientes, con acentos del Norte, en perfecto inglés. Eran los señuelos del evento. Jugaron a diestra y siniestra seduciendo a nuestro personaje, mientras la asistente daba clases magistrales de coquetería,

risoterapia y bonachonería. Los caballeros intentaban tocar aquella piel inexplicablemente incómoda, que no mostraba un poro abierto al galanteo ni se dejaba abatir por las artes seductoras más agresivas. A cierta distancia, tendida sobre una silla plegable de aluminio blanco, una dama cincuentona parecía leer y tomar notas, testigo discreta y evaluadora del desarrollo de los acontecimientos. Cerca de las once de la noche la asistente pareció sucumbir ante su galán galáctico, se despidió y aparentemente se dirigió a la habitación del sujeto. Era el último paso de la escena. En realidad fue a cambiarse para tomar el taxi hasta su casa, lo mismo que el supuesto huésped de USA. El resto del drama no fue alentador para la dama voyerista. La piscina apagó sus luces y al cabo de media hora todo quedó borrado. Ni un pelo de aquella figura estilizada y atractiva pudo ser rozado por un dedo del caballero galáctico.

Cecilia Coromoto experimentó un sueño *in positio* esa noche. La asistente la llevó a un breve paseo en auto, y luego cenaron en un restaurante árabe de impecable ornamento y esmerada atención, con la intención de conocer y reconocer la cara de su amante onírico. Había muchas barbas, muchas patillas largas y muchos bigotes como el copstash estándar, el ducktail, el francés tenedor, el perilla, el manillar y el hollywoodiano, entre otros, pero ninguno como el klingon de su sujeto amado, con aquel labio superior despoblado y carnoso. A pesar de los señuelos que la cortejaron con elegancia y refinamiento, nuestro personaje se mantuvo fiel a aquella pasión detrás de los párpados. Nada lograba conmoverla ni estremecía su cuerpo vivo, sino el recuerdo latente de aquel hombre soñado. Insistentemente veía la hora, y antes de las once de la noche pidió la llevaran al hotel. Sin embargo, el trabajo logístico había estado activo. Durante la cena, un dibujante de rostros creaba perfiles en una computadora portátil, a

partir de las facciones de búsquedas que advertía en la cara de Cecilia Coromoto, y enviaba los retratos (no hablados pero parecidos a los policíacos) por internet al banco de datos del evento. Desde allá buscaban un perfil árabe que se le pareciera al amante onírico hasta que uno dio luz verde. Lo ubicaron, lo peinaron con sumo cuidado, lo vistieron bien, con sobriedad y corbata vino tinto, reloj dorado, manos impecables, y risueño. Cuando ella llegó a la recepción del hotel, un caballero de espaldas giró y la miró fijamente a los ojos. No se lo podía creer. Era imposible. Lo había encontrado. Era perfecto. Sintió ganas de orinar, tomó la tarjeta de la habitación y salió a toda carrera hacia el ascensor.

María Inmaculada estuvo reacia a salir del hotel esa noche. Al llegar pidió el gimnasio y estuvo casi dos horas pedaleando, caminando aprisa sobre la goma móvil, halando el aparato de abdominales y alzando pesas, entre otras rutinas. Su guía parecía dormir sobre un taburete. Otras señoras entradas en arrugas y cueros flácidos trataban de hacer sus mejores esfuerzos con pesadez. Era extraño, pero no había jóvenes de ningún sexo en los ejercicios. Al parecer, las dolencias y prevenciones cardíacas animaban a aquellas almas solitarias que intentaban desahogar en las máquinas las volteretas de la vida. Se escuchó el ruido de un helicóptero sobre el hotel y por los pasillos que dejaban ver los cristales corría personal de seguridad. De seguro llegó una celebridad a hospedarse. Alguien importante. Después de la ducha, la guía acompañó a nuestro personaje al salón VIP del restaurante. Había una mesa al fondo decorada de manera exquisita en tonos lila y pastel, con toda suerte de cubiertos y un ramo de flores espléndidas. Flores del trópico que creaban un dulce contraste. Había un hombre sentado de espaldas mirando la bahía y las luces titilantes del puerto a la distancia. Incómoda, María Inmaculada no entendía qué hacían caminando hacia esa

mesa enigmática. Casi pega un grito cuando aquel caballero misterioso vestido de gris suave se levantó, le sonrió y le tendió la mano en gesto de invitarla a la mesa. Era Brad Pitt en persona. Su ídolo escondido, su amor platónico. No se lo podía creer. Esa sería la cena de su vida.

Virginia Liliana se negó rotundamente a aceptar de acompañante una guía con anteojos que recordaba la telenovela colombiana *Betty, la fea*. La muchacha era brillante y hablaba seis idiomas, a pesar de su apariencia de troglodita. Su dicción perfecta y su voz dulce contrastaban con el atuendo y ciertos modales clásicos y atildados que incomodaban, en lugar de agradar. La idea era que pudiera servir de intérprete en la salida hacia Palermo Hollywood, donde de seguro se tropezarían con todo tipo de extranjeros. Recorrerían varios escenarios desde la calle Reconquista hasta la avenida 25 de Mayo, pasando igualmente, aunque sin detenerse, frente a los bares de San Telmo y Puerto Madero. Todo era espectacular. Ahí adentro había emoción, sin dudas. Virginia Liliana cedió a la compañía de la guía cuando esta le confesó, casi sobre el hombro, que le gustaban los chicos guapos y que le encantaba bailar. Aquello abrió una puerta entre ambas. La noche sería su mejor prueba. El departamento de logística trabajó a todo dar para dirigir hasta el bar a parte del grupo de chicos que tenían preparados para que entrasen en escena. Cuatro se harían pasar por investigadores del servicio internacional de inteligencia de los Estados Unidos y Francia, en una misión conjunta, con lo cual, la traductora haría gala de sus habilidades y demostraría ocultas artes de seducción que sorprenderían a nuestro personaje por aquello de que las apariencias engañan. Dos chicos vestirían uniformes de pilotos comerciales, junto a otro con porte militar y excombatiente de la fuerza aérea inglesa. Lo más difícil fue conseguir un enano a tiempo, a quien ubicaron en el ángulo más cercano

al baño de damas, con camisa floreada semiabierta y el pectoral cubierto con pelos postizos. El ambiente no podía ser de otro modo. Alegre, exquisito, movido y con una atención de primera. El enano no tuvo suerte. Fue ignorado de plano aunque hizo esfuerzos por llamar la atención. Hizo un show de baile en solitario, aunque invitaba a la mesa para que le acompañaran. La idea de la guía de aceptarle bailar terminó por arruinar las esperanzas del pequeño. La gente se lo tomó como un gesto de buen humor de ambos. Los galanes aéreos, aunque cercanos en sus intenciones pasionales, también se marcharon con las manos vacías. De regreso a la habitación, Virginia Liliana le pidió a la guía que durmieran juntas en la misma cama porque ella quería descubrir qué había oculto detrás de aquellas gafas enormes, y esta sin mediar palabra le asintió favorablemente con una sonrisa que parecía una playa.

III

La sesión de trabajo de la Asamblea al día siguiente fue muy concurrida. Había invitados internacionales, académicos, periodistas de revistas especializadas, de la farándula, blogs de internet y televisión, así como cineastas de toda índole. Había médicos psiquiatras, psicólogos, sociólogos, sexólogos, peditras, ginecólogos y laboratoristas. Parecía el personal de extras de una película de ciencia ficción sobre virus mortales, epidemias e invasiones extraterrestres. Desde un ángulo del presídium que formaba el lateral derecho de la ele decorada con flores y telas de seda y franjas violetas y rosadas, Carmen Carolina, Cristina Margarita, Cecilia Coromoto, María Inmaculada y Virginia Liliana llenaban planillas e impresos que parecían un cuestionario policial. Se les solicitaba un registro minucioso de sus primeras experiencias sexuales, sus desarrollos hormonales, sus atractivos masculinos, sus íconos y

fantasías eróticas, usos o no de estimulantes y medicamentos, sus prohibiciones y limitaciones, sus abstinencias y malas experiencias, sus idealizaciones y juegos preferidos, y toda suerte de locura conexas. Un científico alemán de voz grave que se anunció como proveniente de Göttingen explicaba casi para sí mismo, de qué manera el baile y los niveles de ovulación femenina se interconectan y expresan de manera involuntaria, dado que «las variaciones de estrógenos en la mujer producen la afectación en los músculos, ligamentos y tendones por la tensión y la fuerza del baile», generando mayores estímulos sexuales advertidos de inmediato por los varones. Después de tres horas de conferencias, discursos y contradiscursos, aquella sesión parecía un pretexto para desplumar pollos en laboratorio, y no un encuentro humano para develar estudios reales y creíbles. Tal era el tecnicismo y la parafernalia que se respiraba.

María Inmaculada lucía esa mañana un vestido blanco de fiesta fabricado en satén de seda y tela de *charmeuse*, con escote ondulado, pedido a su medida a la tienda de lujo del hotel por el actor famoso con quien amaneció en la suite presidencial. Ahí no solo dejó un sueño, sino una parte oxidada de su cuerpo que se resistió a las salitrosas tentaciones varoniles, pero no se pudo contener ante las ardientes flechas de un amor platónico. No bajó a almorzar porque cuando regresó a su habitación, ya sonaban sobre el hotel las aspas del helicóptero, y quiso estar sola para saborear por última vez aquel olor a hombre que la perseguiría por el resto de su vida. El remedio terminó siendo peor que la enfermedad porque a su regreso, y por el resto de sus días, no permitió que ningún otro hombre comiera de su carne, porque ya no tendría aliento para resistir a traicionarse a sí misma después de aquella única vivencia en el cielo con un imposible.

La guía de Virginia Lilita no apareció más en escena. Juntas vivieron una locura de damas alimentada por los videos de

la TV. Hicieron todo tipo de ruidos y no tiene caso explicar detalles. Después de eso su actitud fue siempre la misma. La nueva guía era alta y blanca, de piel firme y senos casi inexistentes. Parecía un agente encubierto. No tenía gracia aunque sí buenos modales y refinamiento. Terminaron juntas los tres días del evento, fueron a un paseo en bote pero no pasó nada trascendente ni antes ni durante el día. Solo cuando fue a despedirla en el aeropuerto la guía se sorprendió del presente que le regaló Virginia Liliana en una cajita dorada con un lazo fucsia. Esta lo agradeció con una sonrisa y un leve abrazo, pero sintió de pronto un arrebato firme en los brazos y un beso en los labios que la dejó perpleja. Así, sin más ni menos, la vio alejarse hacia la sala de espera.

Cecilia Coromoto no se atrevía a abrir la puerta de la habitación aquella noche cuando la mirilla le mostró aquel rostro conocido por el placer, quien aguardaba ahí, a un palmo de su respiración alborotada y sus pechos florecidos, con una rosa blanca envuelta en papel de cristal. Las manos le temblaban y una corriente fría la conmovió toda. No tuvo tiempo para hablar y se dejó llevar por un torrente de besos y caricias hasta el amanecer cuando el sueño verdadero la venció. Solo el repique del teléfono la sacó de aquel mundo infinito para que bajara a desayunar y se integrara a la Asamblea. En vano buscó aquella figura y esa piel de ensueño. No lo halló allí ese día ni lo vio nunca más. Tiempo después tuvo que resignarse a parir un hijo sin padre, y ser madre gracias a un anónimo. La gerencia del hotel dijo no tener conocimiento de alguien con esas características, y en el evento lo ignoraban igual. Para Cecilia Coromoto algo había cambiado en su realidad de manera ineluctable, y los viajes invisibles a los que asistió con su hombre de fuego onírico también desaparecieron para siempre. Sus sueños y su realidad terminaron siendo incompatibles.

Carmen Carolina había logrado por fin controlar su pie. Al menos eso creía después de las caminatas nocturnas. Buenos Aires era, sin dudas, una gran ciudad y su pie lo entendió así. Si bien ella no tuvo claro los fines y propósitos del concurso ni la presencia de aquella gente extraña que las tomó como conejillos de indias, también es cierto que no las incomodaron ni acosaron con nada que no respondiera a su libre albedrío. De seguro sus nombres y experiencias quedarían registrados en la historia y al menos en sus cabezas había nuevas historias que contar en el otro lado del mundo. Lo racional e irracional había logrado un punto de encuentro en los dispares y complejos entramados femeninos de nuestros personajes, con la suerte feliz de poder cruzar el cielo ancho y alto de vuelta a Barajas para que cada una cogiera su rumbo particular. Hacia Burdeos Carmen Carolina, para Génova Cristina Margarita, para Róterdam y su inmenso y agitado puerto, Cecilia Coromoto; y tenían como destinos finales Granada y Almería, María Inmaculada y Virginia Liliana, respectivamente. Sin embargo, en Madrid debían permanecer un par de noches para firmar contratos publicitarios y pagos de honorarios, y otros menudos trámites de rigor. Y estaban pendientes aquellas copas prometidas apenas aterrizaran, en algún bar donde la conciencia, libre de penas y gloria, les ratificara esa extraña sensación a flor de piel de que aquel era de seguro el viaje de regreso de sus vidas.



De película con Margot Robbie

Margot Robbie viajó hasta Buenos Aires en mi mismo avión, o al revés, viajé en su vuelo desde Ámsterdam porque ambos veníamos desde Australia, y no hubo la posibilidad de un vuelo directo desde Sídney. Yo vestí de piloto durante toda la travesía. Me serví algunas copas y caminé por los pasillos para despejar la mente. Ella, en cambio, lucía serena y en paz, como un ángel. Vestía como una aeromoza. Ya en tierra, el barrio San Telmo la recibió como a una diosa, con los ojos azules más bellos del mundo.

En mi vida de actor feliz jamás conocí una mujer más bella que Margot Robbie. Y en mi vida de espía infeliz, pues, mucho menos.

Desde París he seguido a una señora banquera que lava capital proveniente del narcotráfico suramericano, bajo la apariencia de una diseñadora de modas de alta gama. Su porte y su donaire lanzaban por la borda a cualquier incauto. Durante dos años mi sueño, mi comida y mis heces no han tenido otro norte que la vida de Madame Luciënne Lacolie o de la

guapa Ruperta María Calatrava de Sánchez —su verdadero nombre—, esposa de un mafioso capo de la cocaína.

Margot Robbie es un poema viviente. Le vi lo ojos por primera vez frente a frente a más de once mil pies de altura sobre el Atlántico. No sé si le envié una mirada del actor que he sido, o del espía que soy, pero igual hizo una mueca sencilla y respetuosa, a manera de saludo, cuando le dije: «Adelante», cediéndole el paso en el pasillo del avión.

Luciënne Lacolie o Ruperta María Calatrava de Sánchez era una empleada de bancos que aprendió toda suerte de operaciones en comercio internacional y financiación encubierta de empresas de maletín, y colocación de fondos mixtos de corruptos, cuando trabajó de empleada bancaria. Empezó su productiva hazaña mercantil personal en Panamá a mediados de 2007.

Un viaje suyo a Sídney, con una breve estancia en Nueva York, le abrió los ojos de inmediato. Su suerte apuntaba al pretexto del diseño de modas, aprovechando el talento natural de su hermano Jesús José, un joven gay, quien era mal visto como tal en estos países del Caribe, pero que representaba oro en polvo en París, Roma o Miami, por decirlo de algún modo.

Jesús José era capaz de confeccionar vestidos de hasta tres mil perlas con un virtuosismo impresionante, o armar de pedrería exótica y sedas la armadura exacta de un ave, o una flor sobre el cuerpo de una doncella.

Los labios de Margot Robbie parecían dos pétalos sobre la cresta de una ola cuando la mar duerme. Durante el vuelo, su pequeña cartera negra y el teléfono móvil estaban a un costado de su cintura.

Sus finos lentes negros de montura impecable lucieron innecesarios el rato que los usó. Eso parecía no tener sentido. Por un instante pensé en sus desnudos de internet, siempre

asociados al buen cine, a las escenas atrevidas de gran valor y a la sensualidad artística, sentada en un gran sillón de hotel, entre buqués de flores. Entonces me dije que no solo la espía-ría, como era mi misión principal, sino que la invitaría a cenar al llegar a Buenos Aires.

Madame Luciënne Lacolie se había instalado en la ciudad desde un día antes del rodaje de la película *Focus*, de Margot Robbie con Will Smith, en el hotel Costa Galana y en el Casino Carlos V. Incluso, asistió a algunas tomas del film, amparada en la figura ingenua y dócil de su hermano gay.

Su interés en Margot Robbie podía ser meramente económico, de promoción de su moda engañosa, o de alguna conveniencia publicitaria. Sin embargo, el detective Leopoldo Jeanmarie sostenía la tesis más probable de que se planificaba el secuestro de Margot Robbie, alguna amenaza letal o su muerte física. Pero no cabía duda de que Margot Robbie era un objetivo inminente en el mundo perverso y oscuro de Ruperta María Calatrava de Sánchez o la falsa modista Madame Luciënne Lacolie.

La cena con Margot Robbie se desarrolló de manera sencilla, quizás perturbada por la diferencia de idiomas, y mi casi absoluta torpeza para entrarle al inglés con fluidez. Yo no podía salirme de sus ojos azules. Le dije desde el comienzo que era actor en situación de retiro, y que en el presente me dedicaba al espionaje internacional. Que desde París y desde el Caribe se planificaba un atentado sobre su vida.

No solo no me creyó ni una palabra, sino que fue sincera al comentarme que accedió a cenar conmigo porque yo le recordaba a un guionista de cine amigo suyo desde la infancia, nacido en Gold Coast, en su Queensland natal de Australia.

Durante tres horas traté de persuadirla de que me permitiera protegerla del atentado, pero después de la última copa de vino que vi pasar sobre sus labios rosa entendí que la

palabra muerte no estaba remotamente en su visión existencial. Con delicadeza me despedí de ella.

Ruperta María Calatrava de Sánchez amaneció en medio de un gran charco de sangre cerca de la plaza de Dorrego, también en San Telmo, más exactamente en el Puente de la Mujer de Puerto Madero, con el pecho atravesado por una certera puñalada. A su lado estaba igualmente apuñalado su hermano Jesús José con una bolsa de compras.

Se descartó el hampa común y solo dos meses después, en Madrid, pude dar con los asesinos. Un falso piloto de una aerolínea panameña ejecutó el encargo con dos cómplices pagados por su exmarido.

El asesino se hizo pasar en Argentina como falso piloto, igual que yo, quizás para inculparme en el asesinato y perjudicar mi carrera. Pero ahora Madame Luciënne Lacolie estaba muerta, y aún se ignora qué la llevó a perseguir a la bella actriz Margot Robbie. Tampoco he podido tener una nueva oportunidad de saludarla y pedirle que me preste un segundo sus ojos azules para mirar el mar tan bello que hay ellos.

Lo más delgado de la sogá³

No hay paz que dure cien años. Eso dijo mi padre aquel día y sus pasos se perdieron antes que el sol los borrara. En la sala quedó su sombrero azul, una larga peinilla, una correa ancha con muchos agujeros, un diminuto bolso de lona, una agenda con broche, un sobre hermético curtido por la antigüedad con dos iniciales en letras góticas hechas a mano en el ángulo izquierdo, una sudadera que le cubría el setenta y cinco por ciento del cuerpo, un reloj extraño, detenido en el tiempo, que camuflaba una filmadora de videos, una grabadora de voces, un sistema GPS y gas paralizante. Dejó también sus credenciales de falso geógrafo, el anillo de bodas propio y el de mi madre —él usaba ambos desde el asesinato de mamá—, la afeitadora de barba, los guantes de paño para calmar los calambres, un juego de llaves que nunca le había visto y, por último, la ráfaga de su mirada, como relámpago de una hoguera, que me hizo comprender que aquella era una despedida sin retorno.

3 Seleccionado para su publicación en el certamen La Paz es lo que Cuenta (Caracas, Fundarte 2013).

Los atentados y ejecuciones programadas habían merma-
do toda suerte de vida en el país. La práctica del matrimonio
feliz había desaparecido y muy pocos cumpleaños trasvasa-
ban los solares al son de alguna música. La gente no cele-
braba el estar vivo por temor a morir. Una mordaza invisible,
un luto tácito, oprimía el sentido de los días. Pocos niños se
avistaban en los parques y solo un rastrillo oxidado en manos
de un desnutrido empleado del ayuntamiento hacía ruido a
ratos entre las hojas secas de estos vacíos públicos. Durante la
procesión de la virgen, apenas quince feligreses entumecidos
y silenciosos, el padre Ernesto Carnevali y unos pocos mona-
guillos de algodón recorrieron la manzana central con velas
de cebo, letanías ensombrecidas y espasmos de miedo. A dos
calles de la iglesia retumbó un tiroteo sonoro, breve, intenso,
seguido de cuarenta segundos de silencio profundo y un esta-
llido de llantos apaciguados al cabo de dos horas. A las nueve
de la mañana del siguiente día, Pedro Simón (41), Ana Luisa
(39), Sebastián José (16), Cristina Margarita (12) y Rosa Vir-
ginia (8) salen por el portal descolorido de la iglesia, en fosas
comunes, rumbo al cementerio. Los acribillaron sin piedad.

En este país nunca habrá paz. Eso dijo mi padre mirando
el periódico amarillento. Se fijaba con éxtasis en la foto del
abuelo. Veía su bigote denso, sus ojos profundos, sus pómulos
firmes y el cabello ralo impecable que daban a su tempera-
mento un aire vitalicio, solo desmembrado por el horrible ti-
tular de esa fatídica noticia: **ASESINADO EL GENERAL
PÉREZ CARABALLO**. Su auto explotó cuando se dirigía
a un acto público con motivo del Día de la Independencia.
El Presidente condena este hecho y lo califica de cobarde y
miserable. Se activa de inmediato un amplio despliegue de
fuerzas de seguridad en toda la ciudad, creando temor y zo-
zobra en la población. En el atentado murieron tres escoltas
y el subsecretario de Estado para la Defensa, quien deja dos

niñas huérfanas, de cinco y tres años de edad. El general había asumido el cargo de ministro el pasado mes de febrero, siendo objeto de amenazas mortales y duras críticas por parte de partidos opositores por el empleo de medios persuasivos en lugar de la violencia, contra los grupos más radicales en armas. Por eso este atentado tiene la indudable factura de una acción criminal de la extrema derecha.

Ninguna organización asumió aquel hecho como acción propia. Por eso se cree con firmeza que el mismo fue urdido, programado y ejecutado desde Miami, con la intervención directa de la CIA. El abuelo tenía el carácter moderado y era exacto en sus expresiones. Amaba a los caballos y a los niños. Le gustaban las fiestas populares y vivía para leer y analizar el mundo. Lo recuerdo bajándome mangos con una vara, pelándolos con navaja y lavándome las manos con agua limpia como sus pupilas. Siempre tuve la convicción de que era un hombre con muchos secretos a cuestas. Expresiones como Guerra de Vietnam, Guerra Irán-Irak, Guerra del Golfo, golpes de Estado a tal o cual país hermano, invasión yanqui acá o allá, suscitaban sus más duras críticas, su absoluto rechazo, su acérrimo antiimperialismo. En fin, su defensa de la dignidad de los pueblos —débiles o no— y de sus legítimos derechos a la autodeterminación eran parte de su bandera ideológica. En armas o de civil, su conducta era serena y su vocación de servicio era para las causas nobles y justas.

La paz del alma se nutre de muchas fuentes. La de los pueblos, de mucha sangre. Mal que bien, la nostalgia, un cajón de recuerdos, la gracia doméstica de nuestros congéneres, las ilusiones pasajeras, los logros y metas satisfechas y hasta el síntoma de una esperanza contribuyen a la paz interior. Pero cuando se veja, se mutila, se despachan a los infiernos familias sin que se oigan los dolidos clamores de las víctimas, los pueblos sucumben, se desmoronan, se hacen cenizas en la incertidumbre.

Con ráfagas o explosivos, tiros de gracia o degollamientos, salvajes torturas y ensañamientos hemos perdido en el mundo a millones de humanos semejantes. Hace poco una nota de prensa señaló un ataque aéreo que voló una escuela a las nueve de la mañana. Sesenta y tres niños, ocho docentes y tres directivos murieron cercenados por una confusión del objetivo al momento de dar en el blanco. Quedó un cráter de dos metros ochenta de profundidad y un ancho de seis. Con estas desgracias, el alma nuestra no concilia el llanto ni de noche ni de día. Es la crispación de toda conmiseración.

El sol que alumbra cada mañana este país tiene del triste remedo de una normal realidad. Mi madre había salido al jardín al amanecer cuando un francotirador le perforó los pulmones de manera arterial. Cayó de rodillas, en actitud de plegaria, lanzando por la boca un torrente de viva sangre. Mi hermana estaba a su lado, y al verla caer apenas tuvo tiempo para un grito leve, un quejido desgarrado antes que el impacto en la frente le abriera el pequeño cráneo en dos. El día anterior mi padre había dado declaraciones acerca del tráfico de armas en la frontera por parte de funcionarios del mismo gobierno y de efectivos del ejército. Mencionó también la corrupción existente en altas esferas del poder nacional para facilitar el tráfico de drogas, el contrabando, la inmigración ilegal, la prostitución y el hampa organizada. De alguna manera, los procesos electorales se nutren de estas técnicas, dijo. Estos viejos vicios se han enquistado y vulneran controles, dijo. Además diezman la acción efectiva del Estado a favor del bien común y hay que corregirlo cueste lo que nos cueste, dijo. Y vaya lo que nos costó.

Que la paz reine en la tierra, es palabra de Dios. También las leyes la contemplan. La claman las almas oprimidas, los miserables de Víctor Hugo. La desea el padre de familia ante el hijo desquiciado por las drogas. La sueña la madre que

perdió un niño en manos de pandillas de barrio. La reclaman los gobiernos oprimidos, vejados, vetados, bloqueados, invadidos y cercenados por las botas imperialistas y las multinacionales que desgarran materias primas, contaminan impunemente, vulneran fronteras y logran sus apetencias más ruines. Dirigen y protegen mafias depredadoras que extraen oro y diamante con el empleo de mercurio. Utilizan satélites que producen inundaciones y catástrofes. Sabotean acuerdos energéticos de impacto social, de integración y solidaridad. Hasta aspiran a adueñarse de las reservas de agua dulce del planeta como principal fuente energética del futuro. Por eso asesinan desde hace más de cien años a nuestros líderes políticos, sociales, intelectuales, religiosos, deportivos, científicos y revolucionarios. A manifestantes y protestantes, a socialistas y progresistas. Todo vestigio de amor, de fraternidad, de armonía y convivencia pacífica huele mal a sus intereses imperiales porque reduce sus letales estrategias dominadoras, saboteadoras, asesinas, manipuladoras y despreciables. Esto lo escribió mi padre.

La misma sociedad no parece sostenerse con el trabajo honrado, honesto, decente. Los corruptos negocian, sin escrúpulos, sus tajadas. Los efectivos de inteligencia, de policía pública y de seguridad nacional se prestan al pago de mesadas y protegen a criminales, hampones, contrabandistas, distribuidores de droga y políticos bribones. El tráfico de influencias, la complicidad y el descaro de quienes ostentan algún poder en las masas o de manejo de capitales resulta tan nefasto como los peores crímenes y facilitan artilugios destructores nada fortuitos. Por eso nuestros dramas, por aislados que parezcan, por pequeños que resulten al ojo ajeno, son consecuencia o resultado de estos complejos entramados. Bien que perdamos a madres e hijos, a padres y hermanos, a niños y ancianos, a soldados y compañeras no hay sangre que valga

para celebrar el amor, para vivir la paz. El desamparo ha dado lugar a la desesperanza. El desasosiego a la incredulidad. La diplomacia de papel acuerda lo que el común padece a punta de metralla, a filo acerado de cuchillo. Visto así el mundo, la vida se nos presenta como cuestión de sobrevivencia. Resistencia al morir. Como lo dijo mi padre.

Quien muere por la paz gana la gloria. Él debe haber muerto. El gobierno lo da por desaparecido y yo lo doy por secuestrado, por torturado y peor aún —no lo afirmo en serio— asesinado por brigadas élites. Como agente de contra inteligencia descubrió a generales apátridas, a lacayos de burgueses y a testaferros de mafiosos infiltrados en los altos niveles de nuestra administración de justicia para bloquear juicios, comprar jueces, chantajear, amenazar, asesinar, crear atentados y colocar dinero sucio para financiar el terror. Descubrió así una red articulada entre varios países para pasar por turistas —en naciones determinadas como objetivos políticos de cuidado—, a militares retirados y personal con formación técnica en reservas minerales estratégicas, en materia prima y energía, para ser debilitadas progresivamente hasta obtener su total control. Ardua tarea esta, la de mi padre. Como científico, como periodista, como intelectual, como experto en telecomunicaciones y las cuarenta otras cosas que supo hacer en su vida, representaba demasiado riesgo para un mundo tan podrido por la paranoia del poder, del usufructo y de las apetencias más ruines, repito. Y en este punto de la sogá, la familia es el lado más delgado. Por la muerte del abuelo se capacitó al máximo y se hizo al servicio. Y traspasó todos los límites de su destino. Pero ¿hasta dónde habrá llegado?

Cocoro el asesino

*En Mapire,
sur de Anzoátegui.*

I

Rita Virginia había soñado con ser una santa desde que tuvo noción de los sueños, cuando aún se orinaba dormida, chupaba dedo, se embadurnaba toda la cara con la crema dental e imitaba a su mamá orinando dentro de la bacinilla que guardaba detrás de la puerta de la cocina para aliviar los menesteres de la vejiga urgida.

—Mamá, ¿esta ponchera es para echar las sopas? —preguntó en cierta ocasión a doña Ramona, mientras esta removía un caldero grande y chamuscado de hacer las sopas de costilla para los peones.

—Esa perola es para yo echar el meao, hija. Déjela en su sitio. Es que a veces no tengo tiempo de salir de la cocina para mear porque se me quema la comida.

De Rita Virginia al sueño de ser santa quedó un trecho muy grande, y esa pequeña porción de su vida concedida a las ingenuidades duró quizás hasta los diez años, porque le correspondió asumir la tarea de adulta precoz antes de los

doce de edad, cuando su madre, doña Ramona, murió de un infarto mientras planchaba en el corredor y oía la radionovela de la época en un aparato marca Sanyo.

La tía Cletulia, hija de don Cleto y doña Julia, sus abuelos que apenas conoció, le completó la crianza entre empellones y regaños, arideces de carácter y frustraciones de todo tipo, curtiéndole el resto de infancia y toda su adolescencia, de una amarga sensación de impotencia y de dolor en el alma. Al menos su madre la oía, la atendía, le permitía las travesuras. En cambio, la tía gobernaba, mandaba y castigaba, exigiendo en todo momento los platos, las ollas, los cuchillos, las presas, los aliños, en fin.

Su padre, Betulio, se desentendía de las necesidades de afecto de la niña Rita, *quien soñaba con ser santa algún día*. Llegaba de trabajar al caer el sol y se ponía a conversar con sus obreros, mientras afilaban los machetes uno a uno para limpiar callejones, escupiendo el guarapo negro del chimó, tomando café o preparando la semilla para sembrar al día siguiente, si era época de siembra, o las hachas, si era época de cortar los árboles para la tala y la quema. Dentro de ese montón de hombres estaba su hermano Coromoto Andrés, ensimismado y retaco, como hecho el loco, casi sin decir palabras, perdido en otro mundo.

—Cocoro, échele el maíz a los gallos y póngales agua. Mu-chacho flojo —Así recriminaba su papá a Coromoto Andrés, quien por alguna razón tenía ese mote.

Aunque obedecía, su rostro era severo y destemplado, sus ademanes de porfiado y su voluntad desafiante. A menudo lo fustigaban con un cuero de res bien tallado, y ni se inmutaba. Parecía de acero. Rita Virginia, la santa, nunca quiso jugar con él, porque no tenía la sangre dulce que toda hermana sueña de un hermano, sino la sangre ácida de los rencorosos.

—¡Doña Cletulia, le tengo una mala noticia! ¡Es muy mala la noticia, doña Cletulia!

El mayordomo de confianza de don Betulio no paraba de mover los pies y las manos, con el rostro grave y pálido.

—Tranquilícese, don Perdomo. Tome algo de agua y cuénteme.

—¡No quiero agua, doña Cletulia, es una tragedia! ¡Es muy grande la tragedia, doña Cletulia!

Perdomo no se tranquilizó de un momento a otro, y fue necesario llamar a varios peones para entenderle la urgencia. Don Betulio había sido decapitado en la loma del río San Isidro, de un machetazo artero propinado desde la espalda por Cocoro, su hijo. Ahí vació el muchacho todo el rencor contenido, toda la furia de los gallos y todo el veneno de las serpientes más graves.

—¿Usted está seguro que fue Cocoro?

—Sí. ¡Él mismo me lo dijo! Yo le vi el machete ensangrentado en las manos.

Desde entonces Cocoro fue monte y travesía, escapatoria y cuentos raros. Se hizo invisible y se hizo hombre de maldades. Se alejó de los llanos de Apure para siempre y se internó en las selvas. Habitó serranías colombianas y perfeccionó la maldad. Trituró cráneos y cortó pieles de hombres a su antojo. Ultrajó damas y niñas, las descuartizó y sació sus instintos más crueles. Tales fueron las cosas que de él se contaron con el tiempo.

En una oportunidad se hizo una cacería para batirlo. Durante tres días lo persiguieron con perros y armas, pero logró huir de un pueblo fronterizo llamado Borbutaro. Cuando regresó al país, ya Rita Virginia había dejado de ser humana y andaba en el cielo, más parecida a un ángel que a una santa. Una mala enfermedad la diezmó antes de los cuarenta años y la consumió en pocos días, sola y abandonada en aquellas

tierras de sus padres y sus abuelos, que ya nadie trabajaba en medio de la ruina y el desamparo. Nadie se enteró nunca que su hermano Cocoro la había violado varias veces desde la muerte de su madre, doña Ramona. También la amenazó con matarla si hablaba. Por su parte, la tía Cletulia se aparejó con un ganadero del Guárico y se le perdió el rastro para siempre.

II

Los algodoneros de Mapire eran una mezcla de peones de hato, pescadores de río y agricultores curtidos. Fáciles para el trato pero no ingenuos para la malicia ni débiles en las fuerzas del cuerpo. Si bien no costaba nada ganarse su confianza, se les temía igualmente por el temperamento y el carácter. De menudo trabajaban con intensidad, con gran algarabía, sin quejarse del sol picoso ni del clima. El humor y las chácharas se juntaban al anecdótico particular de las galleras, las parrandas, los bailes y las conquistas amorosas. De este modo, se fajaban saco a saco desmotando el algodón, apiñándolos para cargarlos hasta la curiara de llevarlos al puerto. Ahí aguardaban los camiones. De mañana a tarde se faenaba, sin embargo, las cervezas frías del puerto y la luz dorada del ocaso sobre los barrancos del Orinoco, se volvían necesaria consolación. Fábula de vida también. De Musinacio a Las Majadas y de Santa Cruz a las bocas del río Caura. estos hombres conocían todos los recodos del Orinoco, cada ensenada y cada playa de sembrar.

Andrés Coromoto fue el nombre inverso que Cocoro se inventó cuando llegó a Mapire diciendo que venía de Calabozo, y otros llanos, de domar caballos y bregar duro. Ciertamente tenía aspecto musculoso y decidido, y remató afirmando que a nada le tenía miedo. A la semana de entrar en la compañía algodонера dejó constancia de su arrojo. Se fajó a luchar con un caimán de orilla, y aunque el animal lo batió varias veces

contra el barro y le dio las vueltas que pudo para fracturarle algún hueso o morderlo mortalmente, finalmente, Cocoro le clavó el cuchillo debajo de las mandíbulas. Después le destazó el buche y se guindó las tripas en el cuello, como una corona. Los algodoneros se reían de la hazaña y la celebraron con cierta cautela.

—Algo tiene ese Cocoro en la mirada que no me gusta —le dijo Ernesto a Pelón, rayando un papelón para la limonada después del almuerzo. A la distancia, Cocoro se comía una patilla y blandía su cuchillo filoso bajo los rayos inclementes del sol, como si el acero le perteneciera al cuerpo. Casi nunca veía a los demás a la cara. Siempre andaba encorvado.

—Parece un cachicamo —dijo otro obrero.

—Dicen que era matador de reses —añadió un tercero, fijándose en la destreza que mostraba Cocoro con el filo del arma.

—¿Por qué el compadre Ignacio Lara le habrá dado albergue en su casa, si apenas lo conoce?

—Lo conoció en el bar el día que llegó, le brindó unos tragos y le dijo que le alquilara una pieza. Entonces, Ignacio se lo llevó a su casa y le dio un cuarto.

El rancho de Ignacio Lara se distinguía a la distancia por la algarabía de los gallos. Como gallero tenía una buena colección de animales de pelea y un patio surtido de gallinas y pavos. Su mujer, Calmatriz, rastrillaba las hojas, tendía la ropa, cocinaba desde temprano y bailaba sola con la música de la radio. Cocoro sintió a menudo que estaba de regreso a aquella finca familiar, junto a los gallos de su padre que tanto le ocasionaron escozor y rabia. Sintió también que algo dentro de sus instintos más salvajes le dictaba una cacería sexual con esta mujer de cuerpo relleno y voluptuoso, aunque desarreglado y sin holgura, una noche cualquiera que su marido Ignacio Lara se fuera a jugar a los gallos y se emborrachara.

En un cuarto pequeño, dotado de una cama cuna y un chinchorro de nylon trenzado, dormían las dos niñas de la familia: Patricia Beatriz, de apenas dos años, y la más grandecita, Leticia Coromoto, de siete. Dos morenitas graciosas que jugaban a jugar con todo y de todo, apenas salía el sol.

Dos meses después de su llegada al puerto de Mapire, Cocoro era ya popular. Sin embargo, no enamoraba a las mujeres, ni les decía piropos. Apenas si bailaba un raspacanillas cuando los tragos se le subían a la cabeza. Ignacio Lara le había abierto las puertas del corazón, y para nada entorpecía la amistad tan íntima entre su mujer y el asesino. Pero Cocoro era astuto y receloso. Por eso dio muestras de sumisión. Ayudaba a limpiar la casa y arreglar los corotos. Jugaba con las niñas y las cargaba en sus brazos. Hasta las besaba con una ternura postiza. Un par de noches que no quiso salir a tomar ron ni disfrutar de los fragores del bar, se quedó solo en el rancho con las bebés.

—Quedas encargado de la casa, hermano —le dijo Ignacio Lara, tomando de la mano a Calmatriz, vestida para la ocasión con una falda larga de flores y un moño entorchado sobre su cuello que parecía exagerado para su cabellera.

—Váyanse tranquilos y disfruten felices —Tales fueron las palabras de Cocoro.

III

Veinte lancheros peinaron las riberas del río por ambos flancos, y entre las islas sembradas que hacían blancos planchones de arena que los algodonereros aprovechaban para sembrar, igual que otros productores para el frijol, la yuca y el maíz, entre otras especias. Esas aguas del río venían del Apure y el Amazonas, del Vichada y El Meta, y cientos de afluentes más. Eran las aguas de siempre del majestuoso Orinoco, pero

Cocoro no aparecía ni dentro del río ni fuera, después de nueve días de angustias. La cacería no cesaba de noche ni de día.

Algunos agentes de policía se habían incorporado. Cargaban pistolas, escopetas y revólveres. Machetes, cuchillos, sogas, alambres, cabuyas y cuanto trasto fuera posible formaba parte de la logística. Se estableció un puente intermedio a mitad del río para proveer gasolina para los motores, y baterías para las linternas. Una cuadrilla azuzaba a los perros dentro del monte, a lo largo de cuarenta kilómetros de costas, de espinas, de cuevas, de plagas y animales venenosos, y ni siquiera una huella de Cocoro aparecía.

Solo un anciano de un rancho lejano en Musinacio dio pistas de que ese hombre estuvo ahí dos días antes, con rastros de sangre en su cuerpo. «Dijo que lo habían atracado y que le mataron su caballo». Se llevó su curiara de pescar, sin motor porque no tenía motor, y llevó agua y bastimento. Parecía un hombre bueno, dijo el anciano. «Hasta me regaló un cuchillo». Aquel era, sin dudas, el arma criminal.

Cocoro nunca había sido un hombre bueno. Ignacio Lara lo quería conseguir primero que nadie para cobrarle cada herida, cada desgarradura, y cada dolor de su hija Leticia Coromoto. La pobre niña apareció semienterrada a pocos metros de la casa. La había violado de la manera más cruel, y luego la degolló. La desmembró y le causó heridas con el cuchillo. Debió hacerlo durante muchos minutos. Seguro esperó que estuviera dormida. Antes sacó del cuarto a la otra niña y la asfixió con un trapo para que no llorara ni hiciera ruido. Luego la tiró al suelo. Tenía un gran golpe en la cabeza.

Dos días le tomó al pueblo encontrar el cuerpo de Leticia Coromoto. Vaciaron el séptico, presuponiendo que la había lanzado ahí. La noche del crimen llovió fuerte hasta la medianoche, mientras el pueblo bailaba y disfrutaba los alcoholés y el desvarío de los sábados. Los trabajadores cobraban

ese día y gastaban, brindaban y caían en los excesos. Era una costumbre del puerto.

La casa tenía mucha sangre de la niña. No había dudas de la violación, pero había la esperanza de que viviera. La gente entró en pánico, en cólera, en desesperación. La cacería no se detendría hasta que Cocoro, el asesino, fuera traído a pagar sus culpas. Por eso, después de nueve días de intensa refriega y peligros, las mujeres, los niños y los ancianos vieron a la gran comitiva que se acercaba al pueblo, cubriendo casi toda la franja izquierda del río Orinoco. Ahí comenzó la gritería. Se lanzaron tiros al aire. Su buscó gasolina y aparecieron las cajetillas de los fósforos. También los llantos y los clamores enardecían al público hambriento. El linchamiento sería una jornada inevitable, masiva e incontrolable.

El cura de la parroquia y el alcalde hacían esfuerzos desesperados para contener lo incontenible. Los periodistas de la prensa seguían los hechos avenidos desde el centro del estado, pero tenían prohibido por la comunidad tomar fotos y grabar videos. Cocoro sería descuartizado, ahorcado o quemado vivo, pero se haría justicia y habría un gran escarmiento.

Calmatriz se mantenía dopada por recomendación de la enfermera del dispensario. Los nervios la estaban matando. Había perdido sus dos hijas. La aterraba el sentimiento de culpa. Su marido andaba como loco. Le habían rogado que no saliera a la cacería, que confiara en sus compañeros. El asesino sería atrapado hasta en el mismo fondo del infierno, que se estuviera tranquilo, que cuidara a su mujer.

—¡Amigo Ing! —así le decían los de más confianza a Ignacio Lara, porque daba igual pronunciar Innacio que Ignacio— ¡Prepárese que ya el monstruo apareció! ¡Lo traen los lancheros!

El hombre no escuchó las frases finales. De un salto abandonó la silla de cuero de res blandiendo su machete afilado,

y en la carrera tumbaba cuanto aparecía a su paso. Algunas mujeres tuvieron que contenerlo para que no se lanzara al agua hasta llegar a la comitiva naviera a nado, por el peligro del río que arrastra todo tipo de cosas. Ya había una larga lista de ahogados en el pueblo por ese motivo, y hoy no era el día de ahogarse, sino de vengarse y hacer justicia.

—¡Vengan! ¡Vengan! ¡Vengan! —gritaba Ignacio Lara mirando el pausado navegar de las lanchas y las curiaras para evitar los remolinos del agua.

Era una acción cautelosa que no se podía descuidar. Al centro traían al hombre tapado con un saco. Le daban garrotazos y hasta con los pies. Los cazadores alzaban los brazos y gritaban hacia la población del muelle. Fueron veinte minutos de angustia. Pero ya Cocoro venía a tierra. Ya su alma estaba condenada a los infiernos.

IV

Una mujer llamada Antonella fue quien le quitó el saco de la cara a Cocoro, el asesino, y lo escupió. Con sorna y evidente burla este trató de sonreírle, pero los moretones del rostro y las fracturas en los pómulos apenas dejaron entrever su gesto despiadado. La nariz le manaba una sangre oscura como de búfalo o de bestia brutal. Le habían desgarrado la camisa y tenía heridas de machete en el pecho y la espalda. También las manos estaban machacadas. Algunos dedos colgaban del cuero. Todo su ser estaba hinchado pero aun así se erigía como un toro, y se mantuvo en pie amarrado de los tobillos con el lazo de las maneas de amansar los caballos. Si daba algún paso, sería muy corto. También sus manos estaban atadas a la altura de los genitales.

Alguien pidió que lo desnudaran mientras una navaja artera cortaba su pantalón corto y lo dejaba en los cueros. Su

órgano miserable se perdía entre una madeja de pelos negros ensangrentados. Ignacio Lara no dejaba de saltar y maldecir para acercársele, pero otros hombres con más arrojo que músculos lo contenían.

—Échenle gasolina. Vamos a prenderlo —gritó un muchacho de Uverito, y no fue necesario repetirlo porque al instante Cocoro ya ardía en llamas.

La piel se le chamuscaba aceleradamente y su rostro se ennegreció. Su pelo árido desapareció entre el olor a cacho quemado. Las cuerdas que lo ataban también se quemaron rápidamente, y Cocoro se lanzó al río y se apagó. Hasta logró sujetarse con los codos de una curiara de madera. «Yo no puedo morir. Soy el diablo. Los voy a matar a todos», dicen que gritaba, o creyeron que decía.

Cuando lograron sacarlo del agua, ya Ignacio Lara lo esperaba con el filoso machete en el aire, y le voló el brazo izquierdo de un golpe artero. El brazo chamuscado cayó entre la gente, y a pesar de los ruegos del cura nada pudo evitar que el otro brazo también saliera por los aires desprendido de un solo cuerazo del acero filoso de Ignacio Lara.

Los gritos de Cocoro eran de fiera moribunda mientras trataba de abalanzarse contra el público: «¡Eeerrr! ¡Eeerrr!». Una pedrada en la frente, de las tantas que le propinaron desde su desembarco, logró derribarlo y a ciencia cierta nadie supo quién le destazó los testículos y el pene, y los lanzó al río para que las pirañas que había aguas abajo se los comieran. La sangre le salía a cántaros de todas partes del cuerpo, pero aun así se resistía a morir. Parecía un ser de otro mundo. «¡Eeerrr! ¡Eeerrr!».

La refriega había logrado trasponer las sombras del atardecer tras los árboles del muelle violento y bullicioso, mientras duraba el linchamiento. El manto de la noche tendía ya sus penumbras y matices. Sonaban disparos, la mayoría al aire,

pero Ignacio Lara logró quitarle la escopeta a alguien y apuntó directo al pecho de Cocoro, vaciándole las municiones a quemarropa.

El cuerpo cayó finalmente entre las piedras de los muros de contención, pero seguía vivo, llameante la mirada como si fuera el mismo diablo. Otro hombre del grupo logró decapitarlo de un solo machetazo, y sin pausas ni acuerdos otro empezó a atarlo a una piedra grande para lanzarlo al río para siempre.

—¡No lo tiren en la orilla! ¡Vamos a lanzarlo en el centro del río, donde pasa la corriente!

Así lo hicieron, cerca de las boyas de paso de las gabarras de la bauxita que suben y bajan de las minas del Pijiguao.

Meses después, Cocoro empezó a salir en llamas durante las noches, en el muelle y en medio del río. La gente del pueblo presenciaba el espectáculo sin poderlo creer, o aparecía en los patios oscuros de las casas asustando a quienes lo lincharon, pero se convertía en pájaro rapaz o en gatos negros y zorros, escapándose hacia el monte. Por eso muchas familias se tuvieron que ir de Mapire, abandonando sus casas o vendiéndolas a otros pobres. Sin embargo, en el pueblo nunca jamás se logró olvidar a aquel asesino violador que no era un ser de este mundo, sino un diablo suelto que andaba por ahí.



Índice

| | |
|-----------------------------------|-----|
| El oro de Yumbimbá | 7 |
| Sobre Augusto Monterroso | 17 |
| De vinos y una pena | 27 |
| Mal de ojo | 33 |
| El Ecuador | 45 |
| El nombre de mi primavera | 53 |
| El catedrático | 57 |
| La segunda voz del ventrílocuo | 63 |
| La mamabuela Teresa y sus rutinas | 73 |
| La historia de maíz de mi padre | 81 |
| Lo parió la abuela y nació triste | 91 |
| Niños en el recuerdo | 99 |
| Para no aburrir la noche | 107 |
| De película con Margot Robbie | 121 |
| Lo más delgado de la sogá | 125 |
| Cocoro el asesino | 131 |





Cuentos de lejanía
se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guatire, Edo. Miranda, Venezuela.
Son 2.000 ejemplares.

• Colección CONTINENTES •

Las vertientes narrativas de José Pérez abarcan dos polaridades discursivas claramente definidas y complementarias: la del cuento o relato llano en el lenguaje y la búsqueda temática inteligente, cuidada y portentosa en imágenes y situaciones de ficción que fraguan un dominio pleno del género, como ocurre en *Cuentos de lejanía* y en los anticuentos o paracuentos de sus primeros libros —ya estudiados por Lubio Cardozo y Teodoro Pérez Peralta, miembros de la revista *En Haa*, de los años 60—, en los cuales el autor desborda toda suerte de disparates, burlas, caricaturas, juegos fabularios, intertextualidades, matices del llamado teatro del absurdo, parodias, pastiches y anacronismos; recurriendo en su narrativa a situaciones de lo real, lo anecdótico y biográfico, lo geográfico reconocible, el tono social, lo caótico y visceral para entretejer (y entretener) su discurso en una frontera nada incierta entre lo verdadero y lo falso, entre la ficción y la realidad. Desde esta doble vertiente —o más exactamente, vórtice— se nos muestra un narrador maduro, cuya voz se inicia en los comienzos de la década del 90 y ha sostenido su trabajo narrativo renovando constantemente sus códigos expresivos dentro de esos tonos complementarios y disímiles: el cuento y el paracuento; la doble cara de la moneda.

JOSÉ PÉREZ (Anzoátegui, Venezuela 1966). Licenciado en Letras (ULA, Mérida), doctor en filología hispánica por la Universidad de Oviedo (España) y profesor jubilado de la Universidad de Oriente. Entre sus publicaciones podemos mencionar, en cuentos: *Jardín del tiempo* (1991), *Callejón con salida* (1994), *De par en par* (1998), *No lisis, no listesis* (2000), *Pájaro de mar por tierra* (2003); ensayos: *Por la mar de Luis Castro* (1995), *Cosmovisión del somari* (2011); en poesía: *Como ojo de pez* (2006), *En canto de Guanipa* (2007), *Páginas de abordaje* (2008) y *La casa de los poetas* (2021); y en novela: *Fombona, rugido de tigre* (2007); además de numerosos trabajos en obras colectivas. Ha obtenido diversos premios literarios dentro y fuera de Venezuela. Reside en Pariaguán, Mesa de Guanipa.

